

ZETA EDITORES

LA FUERZA
DE LOS MONTERREY
LA LEGENDA DE QUINEROS

ELIANA EDITH ABDALA

LA FUERZA
DE LOS MONTERREY

Mendoza
2010

Primera edición: agosto de 1996
Decima edición: febrero de 2008

© Eliana Edith Abdala 2003
Hecho el depósito que determina la ley 11.723
Impreso en Mendoza – República Argentina
I.S.B.N. Nº 978 - 987 - 9126 - 30 - 1

PRESENTACIÓN

Sin demoras, sin rodeos y sin ambages, corresponde informar que el lector tiene entre sus manos una novela de excepcional calidad; me atrevo a ver en ella una auténtica rareza del ámbito literario mendocinero. También corresponde precisar que esta declaración no implica intento alguno de convencerlo a priori sobre los méritos de la novela —valoración que corre por su exclusiva cuenta después de haberla leído—. Solo expresa la sensación y la convicción que nos dejó a quienes tuvimos el privilegio de leer los originales, y la razón que nos llevó a aconsejar y decidir su publicación.

Habiendo emitido juicios de valor —“excepcional calidad”, “auténtica rareza” — resulta pertinente fundamentarlos. No se trata de adelantar la trama argumental ni aún en sus lineamientos generales, sino de señalar algunos elementos relevantes de su contenido y las características literarias más destacadas.

La autora nos introduce en un ámbito familiar profundamente humano, donde campean los valores positivos tales como la bondad, el amor, la fidelidad, el esfuerzo, la lealtad, la comprensión, la responsa-

bilidad. Pero muy lejos está de constituir un panorama ingenuo, ya que tales valores se entretajan en una trama realista donde tienen fuerte presencia los condicionamientos adversos—pasiones, sufrimientos—y los antivalores: debilidades, engaños, traiciones. Por lo demás, no se trata de antinomias pseudoéticas—los buenos y los malos, por ejemplo—sino de un gradiente a través del cual las actitudes y las conductas expresan variados matices psicológicos. No estamos, pues, ante un panorama pasatista eventualmente ajeno a nuestra realidad signada por el estilo "light" o, en palabras de Lipovetsky, por una "moral indolora": lo que hay es un significativo rescate de valor es humanos en un contexto adverso; la reindividuación de una ética social y familiar que no es impuesta compulsivamente por las tradiciones, sino que es elegida en cada momento por los actores como instrumento válido para la construcción de un clima de convivencia con vocación de armonía.

En su trasfondo, lo que destaca la novela es la importancia de vivir: "la muerte llega... la vida hay que buscarla" reflexiona uno de los protagonistas, esa singular mujer que como "no murió en los días del horror, debía vivir con todo su ser". Porque allí está la clave de esta obra: en la vida. La sociedad actual—lo sabemos—esta caracterizada por una flexibilidad normativa que susstrae los comportamientos de los rigores del control colectivo, para consolidar el ámbito de la autonomía y de la responsabilidad individuales: "los progresivos desmoronamientos de lo social", como agudamente observó el ya mencionado pensador francés. Esta tendencia aumenta el margen de permisividad, de tolerancia y de coexistencia de éticas distintas, incluso contradictorias, hasta llegar con frecuencia a altos grados de escepticismo y de agnosticismo éticos. Y en la medida en que todo ello implica ampliar el ámbito de desarrollo de la libertad, lo vemos con razón como un aporte valioso para el ser humano, como potencial de transformación, pero ocurre que se puede ser esceptico y agnóstico frente a cualquier cosa—ideas, normas, costumbres, regímenes—pero no se puede serlo, salvo que medie predisposición suicida, frente a la vida. Y reitero que este es el núcleo de la novela: la vida vivida con plenitud.

Sospecho que en el actual contexto posmoderno, no pocos rechazarán este mensaje bajo la acusación de idealista o, como ya quedó descartado, de ingenuidad. A título de comparación, se me ocurre evocar

esas décadas todavía recientes en que la exaceración del nacionalismo invitaba a rechazar el "universalismo apátrida" de la obra de Borges —hoy rescatada con justicia como el máximo exponente de la literatura nacional—. De forma similar, la actual difusión y consagración del individualismo irresponsable puede invitar a rechazar un supuesto "moralismo" de esta novela: cuando se comprende que la libertad individual no es lo mismo que el "todo vale", esos eventuales críticos comprenderán que lo que aquí se postula no es la imposición autoritaria de conductas sino la búsqueda de la vida y de sus valores, precisamente a través de la libertad responsable.

*

El desarrollo argumental se presenta como una auténtica saga: "la leyenda de los Monterrey había comenzado", se señala en un momento relevante del relato. En efecto, a partir de un dramático hecho inicial que oficia de disparador, se van concatenando —no arbitrariamente sino a través de un bien trabajado tejido de relaciones causales y funcionales— los hechos y las situaciones que "in crescendo" culminarán en el cierre argumental. Cada tanto la autora desliza con sutileza fugaces adelantos de situaciones ulteriores; con ello, lejos de romper el suspense, logra consolidar las expectativas del lector: éste queda así atrapado desde la primera página hasta el último renglón. No hay posibilidad de desaliento ni de pérdida de interés: la habilidad narrativa hace que la lectura de cada párrafo exija la inmediata lectura del siguiente.

Habida cuenta de ciertos prejuicios reinantes, me adelanto a una eventual objeción: quizás algunos perciban en estas páginas un cierto sabor a novela por entregas. Como aquellas que bajo la "Galaxia Gutenberg" grandes escritores volcaban en diarios o revistas, o las actuales que, con el predominio de la televisión, ocupan hoy espacios cotidianos en la pantalla chica. Puede que así sea, pero no lo veo como objeción: todo depende de la calidad de la obra, no de la categoría en la que se la quiera encuadrar. Quizás resulte pertinente recordar que Shakespeare fue, para su época, lo que se denominaba un "cómicopular": productor de teatro destinado al entretenimiento popular, pero cuyo genio hizo que tales obras resultaran cumbres de la literatura universal. O que en el género conocido como *historieta*, en-

contramos obras de elevadísima calidad, como ocurrió entre nosotros con la recordada y siempre vigente "El Eternauta". O, en fin, que entre los dibujos animados haya obras de gran talento como "El Rey León". Es que no hay encasillamiento de género que pueda disminuir el valor de una creación artística cuando esta concebida, armada y es-
crita con calidad, como la novela que hoy nos ocupa.

*

Y esa calidad se manifiesta aquí, con especial relevancia, en el excelente manejo del idioma perceptible en cada una de las páginas. Uno de los méritos consiste en la sobriedad y capacidad de síntesis: uso prudente de adjetivos y de adverbios; construcciones concisas y transparentes que dicen lo que tienen que decir con las palabras justas; en fin, acertadas metáforas que clarifican el mensaje. Otro mérito no menor es la flexibilidad estilística: la autora elige el tipo de lenguaje más apropiado para cada situación. Alternan así las modalidades evocativa, dialogal, reflexiva, descriptiva, enumerativa, etc., conforme a los requerimientos de cada momento. Partes del relato están a cargo de la autora, quien permanentemente ofrece espacios a los protagonistas para que estos expresen en forma directa sus vivencias: surgen así equilibrados contrastos, puntos, cambios sorpresivos de tiempo verbal, alternancia de monólogos intimistas, diálogos desarrollados o sintetizados, etc. Pero no como manifestación caótica de elecciones caprichosas, sino como expresión espontánea, fluida y vital—canalizada en una sintaxis impecablemente cincelada—. Se hace evidente que la intención de la autora es transmitirnos las vivencias de los personajes: la habilidad literaria está acertadamente puesta al servicio de éstos.

Reitero que el propósito de estas líneas no es producir convicción en el lector, sino invitarlo a la lectura. Y transmitirle algunas de las razones que nos hicieron admirar esta novela: cada uno evaluará, después de leerla, si esta o no justificada tal admiración.

El horror golpeó en los corazones de los que veían claro en la oscuridad. Algunos sabían, otros intuían, los más no percibían sino otro cambio de asuntos políticos que darían fin al desabastecimiento. Mañana, o a lo sumo la próxima semana ya habría cosméticos en las estanterías... y el horror golpearía las puertas. Sintió que el corazón se le paralizaba, que la sangre se helaba en las venas y abrazó fuertemente a su hijo. Elena fue capturada en la calle, metida en un falcon verde y sumergida en el mundo de las tinieblas, del dolor, del crimen. En el mundo donde el tiempo y la luz no tienen almaniques. Donde sólo existe el dolor fuera de todo orden posible...

"...? Cuánto tiempo?...? Cuánta distancia?...? Donde se puede estar y no estar con el cuerpo destrozado y el alma enajenada?...? Quién puede, quién sabe?...?"

No podía entender cómo la gente aún circulaba tranquilamente... era difícil aceptar la normalidad rítmica de la calle en el diario andar... sin Elena el mundo debería detenerse, las ve-

nas deberían dejar de palpitár porque ella estaba sumergida en el horror... porque tantos estaban siendo destrozados por el crimen... pero nadie parecía querer detenerse... había prisa por no ver... había prisa por cerrar la puerta... por negar... Al principio la buscó con desesperación, golpeó todas las paredes, subió y bajó todos los peldaños, aguardó en todos los pasillos... inquirió... insistió... Ahí estaban los pequeños preguntando sin que nadie les respondiera. Nadie... nadie... nadie... nunca... no... nunca nadie no. Y la respuesta final: NN. Ahí estaban los pequeños clamando. Y la resignación final. Ahí estaba su soledad invadiéndole las noches.

Pero Elena no murió.
Resistió al infierno viva por sus hijos.
Resistió al infierno viva porque tenía razón.
Resistió al infierno viva porque amaba la vida.
Resistió una y otra vez... resistió... resistió... y la dejaron tirada como un animal que no se mata ni se quiere. Viva en un rincón del patio, sin noción del tiempo ni del espacio, sin entender las paredes grisáceas ni las cadenas pesadas... palpándose el dolor del cuerpo y procurando saber qué es el alma.
"En algún sitio estarían los pequeños..."
"En algún tiempo lo había amado".
Entre la alucinación de su oscuridad y el fluir de días inexplotables como espirales fabulosas que la hacían girar y girar.
"En algún tiempo me amaban".
Entre los gritos que taladraban... los silencios que golpeaban... los sonidos que alteraban... los olores que sofocaban...
"Se que hubo un tiempo que me pertenecía".
Y el fluir de los días como espirales fabulosas que la hacían girar y girar.

Un día cualquiera la condujeron por pasillos, por galerías, por patios, por habitaciones, pasillos, galerías y puertas, hasta

una oficina con uniformados. Le dieron su documento. Con una frase cortante:
— Esta libre. Váyase.
Y la calle alucinante como espirales que la hacían girar y girar.

Elena estaba en la calle sin saber adónde ir. Sin conocerse se miró: su piel tenía mil cicatrices. Se miró: estaba sola. Camino hacia cualquier lado y conoció su ciudad. Comenzó a recordar. Comenzó a saber y se reconoció en los recuerdos.
El corazón le estallo: "En algún sitio deben estar los pequeños. Todavía me queda amor en mi corazón y calor en mi regazo". Sentía que el amor le estallaba en su corazón mientras caminaba...

Caminaba... la ciudad era y no era. Reconocía unas cosas, desconocía otras. Se le ocurrió que todo podía ser un sueño: que se durmiera en la oscuridad del calabozo y soñaba con su libertad. Caminaba. La ciudad era un laberinto de calles espejadas que la llamaban todas juntas en direcciones opuestas.
Caminaba. Una encrucijada indescribible de luces y sonidos la perdían con sus guiños.

Se buscó en lo profundo de su alma, intentó su identidad en lo más sustancial de su corazón. Ella debía reencontrarse en las cosas, en los sueños, en los recuerdos, en las realidades.
Deambuló por las calles y buscó los rastros que le fueron queridos. Pero como en el cuento del sueño inevitable las cosas se habían perdido en el tiempo.

El banco tenía la actividad de siempre, los rostros de siempre, sólo que con un rictus distinto de vejez y resignación. Ella conocía cada movimiento porque fue recordando.
Antonio recibió un extraño mensaje con una letra que no le era del todo extraña pero que no terminaba de identificar. Era como un mensaje de un lugar lejano, no bien claro si de afuera o de adentro de sí mismo, como si despertara antiguos impulsos dormidos:

*"Necesito verte un momento. Te espero
en el bar de siempre, en la calle..."*
Elena.

Entró al café temblando. Allí solían ir cuando ella venía al centro con los chicos y él se escapaba media hora del banco. "Debe ser una pesadilla, o me estoy volviendo loco". Pero no. Allí estaba. Pálida, acaso con el dolor del mundo encima, pero inequívocamente ella. Antonio creyó que estaba viendo un re- trato. Se sentó frente a ella y quedó mudo. Elena lo miró larga- mente para buscar el reencuentro... y se dio cuenta de que ya no habría reencuentro. Habían transcurrido diez años... diez años para borrar las formas queridas.

— Apenas me reconociste, pero aquí estoy... no te pongás mal. Sobrevivi. —El se pasó la mano por la cara para sentirse.
— Decime: ¿Estoy soñando o es realidad?

— Yo misma no lo sé —suspiró para comprenderse—. Tanto amor sepultado en tantos años de ausencia.

Antonio tomó un trago que le pareció hiel. Las preguntas ca- yeron unas sobre otras como una catarata de ansiedades conte- nidas: ¿qué te hicieron? ¿Cómo pudiste? ¿A quién...? ¿Cuán- do...?

— ¿Dónde estabas? Busqué por todos lados, por donde pude, espere, pregunte. Finalmente me dijeron que ya no buscara más. Elena puso su mano sobre la de él.

— No me mataron porque me olvidaron tirada en un rincón. Un gendarme se apiadó de mí, me cuidó como se cuida a una gata rescatada de la acequia. Y viví. Algo debe esperar de mí la vida para prenderse a mis carnes.

Entonces Antonio comenzó a reconocerla. A identificar sus formas inconfundibles para él. A saber que era inequívocamen- te Elena.

— ¡Te amaba tanto!

— Pero ya no, ¿verdad? No se puede vivir de lamentos. Ambos se quedaron callados. Era imposible negarlo. Después ella dijo y su voz se quebraba, pero dijo definitivamente como

poniendo fin a la sorpresa: "No te preocupes, no he salido de las tnieblas para complicarte la vida". La ansiedad pintaba en su tez pálida... "en algún sitio estarían los pequeños..."

— Los niños, ¿cómo están? Hablame de mis hijos.

Antonio sintió un tirón fuerte en el corazón y contó... contó infinidad de detalles. Le relató cómo habían sufrido su ausencia, cómo fue difícil explicarles lo sucedido, cómo la gente los señalaba por las calles, cómo se dividió la familia y se fueron algunos amigos. Pero los años son indetenibles y de una forma o de otra se crece. "Además faltaba tu sueldo". Le contó lo mal que se las había arreglado con la casa. Le contó que los niños estuvieron en manos de unos y otros pero que finalmente se los trajo a casa porque él, como padre, nunca los abandonó... "Los quise lo mejor que pude".

También le contó cómo empezó a querer a Graciela, que sin ser perfecta "como vos" trajo alivio a su hogar. "Los atiende bien... nadie se queja".

— ¿Y vos la quieres?

Antonio pensó antes de responder:

— Hasta hace un rato creía que sí. —Dudó— Ahora no sé. A vos te adoraba. Elena comprendió que su peregrinación no había terminado.

— Jurame que ellos están bien.

— Sí, te juro. Con los problemas normales de los chicos de esa edad —luego de una pausa agregó— y alguno que otro resentimiento.

Ella sintió un dolor que crecía y los ojos se le llenaron de lágrimas. Había sufrido mil golpes en su cuerpo y había gritado. Le habían abierto las carnes y había gritado hasta quedar sin voz. La habían vejado y había insultado las palabras más brutales que la indignidad pudo inventar... había llorado hasta que sus ojos fueron una hinchazón deforme. Entonces tenía derecho al grito, al insulto, al llanto. Pero ante este dolor no se grita. Se crece con la renuncia absoluta, voluntaria. Se muerden los labios para callar. Se aprietan los ojos para evitar las lágrimas por resignación propia.

— Es mejor que me vaya, ¿verdad?

Antonio buscó la respuesta.

— Yo no te puedo pedir eso.

— Mi presencia desarmaría todo ese mundo que te ha costa-

do construir.

— Quizás. Qué te puedo decir.

Eran extraños. Eran pasado. Elena comprendió que ese era el

instante único de toda su vida... el minuto supremo que resu-

miría toda su existencia, el segundo de la renuncia heroica, de la

negación. Eran extraños, eran pasado.

Antonio la reconoció. Volvió a ser Elena, clara, precisa, con-

creta. Inconfundiblemente Elena... idéntica... ejecuti-

va. Como lo fue siempre.

— No digas nada. Dame algo de dinero para poder marchar-

me. Tomaré el primer colectivo de larga distancia que salga

cuando yo llegue a la terminal. Voy a dejar que esa fuerza fatal

que me empuja decida por mí.

A Antonio le golpeó la conciencia.

— ¿No quieres verlos aunque sea de lejos?

— No. No me voy a controlar. Voy a gritar sus nombres.

— ¿Cuándo te vas?

— Ahora mismo... si me das dinero para el pasaje. No me

apareceré más.

Antonio le tomó las manos y tuvo ganas de besarla para ali-

viar su dolor. La admiró como siempre. Le admiró el valor de

esa renuncia increíble. Admiró su entereza. No sabía qué soni-

dos darle a su voz. Elena clara... decidida... aferrada a la vida.

Se sintió pequeño frente a su fuerza.

— ¿De qué vas a vivir?

— No sé. Algo habrá para mí en alguna parte. Por algo estoy

viva.—Una pausa—.

— ¿Tienes mis títulos?

— No. La policía allanó y rompió todo. Fue una hecatombe

de ropa y papeles revueltos con platos rotos. No sé qué busca-

ban, pero todo lo que tenía tu nombre se lo llevaron.

Se quedaron en silencio tratando de ahuyentar imágenes.
— Pero se puede tramitar de nuevo, creo. Si vos querés, yo lo
hago y te los mando...

— No. Es mejor que no estemos en contacto. Mis fuerzas no
son tantas y si se de vos no voy a resistir. Volvé a los tuyos. Ya
no me pertenecen... ni vos, ni ellos. —Elena lloraba.

Con ropa nueva y sencilla, Elena buscó las plataformas de lar-
ga distancia. Encontró la terminal distinta: más iluminada, más
arreglada, con máquinas que vendían cosas y teléfonos raros pa-
ra ella. Le llamó la atención el diseño de los colectivos. Nombres
nuevos, cosas llamativas. "Bueno —se dijo— aquí nadie ha perdi-
do el tiempo".

— Señor, ¿a qué hora sale este colectivo?
— Dentro de cinco minutos.
— ¿Hacia dónde va?
El chofer sorprendido:
— Hacia Quinteros.
— ¿Podrá llevarme?
— Si paga el pasaje... con mucho gusto.

Rodaron juntos el colectivo y mi alma. Toda una noche y to-
do un día en que las imágenes del pasado se mezclaban sin un
orden, sin un tiempo. Podría haberlo abrazado, pero no encon-
traría jamás la pasión en sus labios... hubiera sido como una li-
mosna. Rodaba yo junto con el colectivo con los ojos puestos en
el camino que pasaba veloz a mi lado. Trataba de entender cual
fue la pena más rigurosa que debía sufrir. Quise desesperada-
mente expulsar de mí las imágenes de las tinieblas, quise cerrar
mis oídos a sus ruidos, a sus movimientos... y me quedaba va-
cía... no encontraba otros ruidos que pudieran ocupar mis re-
cuerdos. Rodaba... rodaba como recién nacida... rechazando el
tumulto confuso de mi pasado reciente y buscando algún re-
cuerdo posible de mi pasado lejano... no sabía hoy que forma
tendrían los rostros queridos. Se me fue vaciando el corazón.

?Dónde estará Quinteros? Qué inventaré allí para empezar a llenar mi mente con caras nuevas, ojos nuevos, voces nuevas? Al fin yo estaba viva...!había visto morir a tantos! La muerte es fácil. A la muerte no hay que pelearla. !Toda mi vida peleando por la vida... mi vida... todas las vidas! La muerte llega... a la vida hay que buscarla. Es tan difícil rodar sin una forma precisa para tener en el corazón y traerla a la mente... sin recuerdos... sin sensaciones queridas para llevarme... sin pasado sonriente para traerlo al presente mientras el colectivo mide los kilómetros. Sólo yo y este día que no tiene ayer, porque el ayer es una noche larga y terrible y no sé cómo es ese ayer durante el día. Sólo yo sin nada en las manos, con un corazón que late de nuevo cuando mira el sol por la ventanilla.

?Cómo será esa tal Graciela? Ella tiene ahora las voces que me debieron ser mías, de ella son sus miradas jóvenes que me arrancaron de mis brazos, que debo arrancarme de mi corazón. Rodaba junto al colectivo... en mi mente nada impreso... en mis brazos ninguna sensación, mis labios virgenes, mi alma en blanco.

Y todavía la vida late aferrada a mí.

Elena se quedó dormida arrollada por el ronronear del colectivo. Era la primera noche en diez años que dormía con un sonido suave en un asiento blando.

Quinteros no era muy grande por lo que pudo ver. Ni muy chica. "Una ciudad ideal" -pensó-. Camino sus calles despacio alzando su bolso azul con dos o tres prendas. Todavía tenía dinero. Era bonita Quinteros, o así se le ocurrió. "¿A qué me recuerda?" Tenía veredas anchas y árboles. Tenía un ritmo apacible, ocupado. Tenía una plaza algo descuidada donde muchos colegiales llenaban sus bancos y ponían risas en el aire. Elena se dio cuenta de que la vida había seguido su creación mientras ella estuvo sepultada. Que esos chicos estaban felices, en ellos la existencia les subía por la sangre y les estallaba en carcajadas y besos escandalosos como si fueran un himno. "Así deben andar mis hijos" -pensó-. Se detuvo a contemplarlos para empaparse de esa

energía alegre que una bandada de estudiantes pone en las plazas de las ciudades para recordarnos que la vida es indetenible... Preguntó y a unas cuadradas tomó una pieza de pensión. Preguntó y caminó hasta el almacén que le indicaron a dos cuadras de allí. Irremediablemente Quinteros le gustaba. Tenía sabor de pueblo y ella conocía ese sabor, estaba guardado en alguna parte de su memoria. A Elena se le ocurrió que Quinteros también era adolescente.

El almacén era amplio. Había una chica como de dieciocho años, rubia, bonita, de mirada algo melancólica. Tenía alzada una criatura como de seis o siete meses. El bebé estaba descuidado, pero la chica estaba bien vestida. Había una señora mayor que los miraba como con lástima. El almacenero la atendía con cariño. Elena escuchó.

— Bueno Silvia. Veré si pongo otra vez el cartel. Pueda ser que tengamos mejor suerte que con la empleada anterior.

— Se lo voy a agradecer don José. Yo no puedo estudiar y atender a mis hermanos. Mi casa es un desastre.

— Y... donde no está la madre—dijo la señora mayor—pobres chicos. Le voy a preguntar a la señora que viene a hacerme el lavado. Creo que ella tiene una hija que podría trabajar.

— Gracias. Pero que sea alguien que sepa llevar toda la casa. Yo quiero desentenderme. Don José, deme algo para comer... que se yo...

La muchacha compraba cosas. El bebé rompió a llorar. El almacenero le dio un chupetín.

— Después mi papá le arregla. Gracias don José.

La joven se fue y la señora mayor comentaba con el almacenero la mala suerte de ese doctor que siendo tan buen médico y tan querido... siguieron hablando. Elena escuchaba. La señora pagó y se fue y seguía comentando mientras se iba... "lástima de personas... tan descuidados..." "Elena sintió que el corazón le latía más de prisa. Recordó sus propias palabras... "algo debe querer de mí la vida para aferrarse a mis carnes".

El almacenero la sacó de sus pensamientos: — Señora.

— Deme un yogurt y... —pidió cosas sin prestar mucha aten-

ción—.

Elena se iba, pero se volvió.

— Perdón señor, ¿dónde es la casa de ese doctor?

— ¿Qué doctor?

— Ese del que ustedes hablaban.

— ¿Por qué? ¿Quiere trabajar allí?

— Podría ser...

El almacenero le indicó.

A las cinco de la tarde Elena leyó la placa de bronce en la

puerta:

Dr. Francisco Monterrey

Médico cirujano

Cardiologo

La casa era grande, en una esquina. Denotaba buen dinero de su dueño. Tenía ladrillos vistos al frente, una puerta principal de fina madera y un portón a la vuelta. Era una casa de dos pisos.

Tocó el timbre. La atendió un hombre como de cuarenta años, alto, delgado, con barba bien cuidada y entrecana. Usaba anteojos. Parecía disgustado o malhumorado.

— ¿El doctor Monterrey? —A Elena el corazón le saltaba en el pecho.

— ¿Qué desea? A las seis atiendo consultorio.

Había resueltamente cuando le dijo:

— No vengo por el médico. Vengo por el trabajo.

— ¿Qué trabajo?

— Su hija encargó en el almacén a alguien que se hiciera cargo de la casa.

El hombre cortó la explicación bruscamante.

— ¿Tiene referencias?

Elena se estremeció, pero se dispuso a no ceder.

— ¿Quisiera que pudiéramos conversar, doctor, ¿puedo pasar?

El hombre la hizo pasar porque lo tomó por sorpresa. Había algo en su figura menuda y resuelta, en sus modales educados y sin afectación, en su lenguaje correcto que le despertó curiosidad. Tenía un no sé qué distinto a cuantas sirvientas había tratado y echado de su casa. Ella lo convenció. Ella y esos niños que no dejaban de berrear. Ella y la necesidad imperiosa de que alguien limpiara un poco. El doctor Monterrey jamás olvidaría el argumento final:

— Doctor —le dijo— déme una oportunidad. Usted no tiene quien le atienda su casa y yo no tengo casa. Soy como esas leonas a quienes les han sacado las crías y no tienen dónde poner su cariño. Yo no tengo referencias, pero retenga usted mi documento hasta que pueda confiar en mí. Yo sé lo que hay que hacer con los niños.

Entonces la miró estudiándola. Tenía el cabello castaño y le caía en ondas sobre los ojos oscuros. La nariz aguilena aunque no grande. Delgada, pequeña, el doctor no supo de dónde salía su fuerza, quizás de sus gestos, quizás de sus palabras.

— ¿Y cuánto pide usted por su trabajo?

— Eso no importa ahora. Lo arreglaremos después.

Entonces su sorpresa fue total.

Elena fue a la pensión, buscó su bolso azul con algunas prendas, entró a la casa de los Monterrey y se quedó... para toda la vida.

A la semana de estar trabajando, Elena tenía a los siete miembros de la familia desconcertados. Los niños estaban limpios y empezaban a tranquilizarse, hasta comenzaron a buscarla y nombrarla porque Elena introdujo la magia en esa casa sin sueños. Transformó las comidas en una reunión de hadas y princesas, de lobos y sapos que se convierten en carrozas con príncipes que luchan con dragones. Combatió los berrinches con metamorfosis logradas gracias a un vestido largo y una colcha a modo de capa para convertir a la niña angustiada en una princesa. Logró que los sueños fantásticos fueran realidad con una silla puesta al revés para volar las naves al espacio.

La casa se llenó de sol porque Elena corrió todas las cortinas... "bastante oscuridad he pasado..." decía para quien quisiera escucharla.

La casa se llenó de música porque a Elena le gustaba escuchar la radio, "salvo que alguien esté estudiando..." También se llenó de aromas porque en la cocina algún plato raro salía de sus

manos que causaba risa a los más grandes porque ella introdujo comidas desconocidas... "pero bien que se las comen..." Con ella entraron las tortas de cumpleaños, los globos, las canciones infantiles. Hasta desempolvó la máquina de coser.

— Elena —dijo el doctor desde la puerta de la cocina— ¿no le indiqué que Valeria debe tomar esta pastilla antes de comer?

— ¿Para qué quiere esas pastillas?

— Porque está siempre muy inapetente. ¿No ve que está muy pálida?

Elena miró a la niña. Después miró al doctor y dijo:

— No. Siempre come todo. ¿No ve que está linda, con color en sus mejillas?

El doctor miró a la niña. Después miró a Elena y dijo:

— ¿Sin las pastillas? ¿Cómo lo logró?

Elena detuvo la cuchara con que alimentaba a la pequeña Mariana Inés. Pensó un momento para dar forma a una larga explicación acerca de los niños y el amor y todo lo que significa un beso antes de comer y la influencia ejercida sobre sus espíritus de un buen postre y finalmente dijo:

— Con magia.

Pero el doctor comprendió y se rió (hacía tanto que no reía). Era cierto. Elena era toda magia porque había transformado su casa fría en un hogar cálido. Lo notó porque durante los últimos días deseaba terminar con sus pacientes para volver a su casa. Sabía que si hacía frío la estufa estaría encendida, si tenía hambre, la mesa estaría puesta. Sabía que encontraría a sus pequeños haciendo alguna cosa estrafalaria en las escaleras o debajo de la mesa, pero estarían tranquilos. Hasta se dio cuenta de que le daban un beso cuando él llegaba...

A Elena nadie la venía a buscar. Elena nunca se tomaba días libres ni feriados. Elena no los trataba de usted a sus hijos mayores. Era rara Elena. El doctor le devolvió el documento con el primer pago.

Desde la muerte de su segunda esposa, el doctor Francisco Monterrey se había sumido en un abismo de amargura y soledad resuelta en la constante evasión hacia sus investigaciones,

sus consultorios, el hospital y la facultad. Reconocido como médico cardiólogo excelente era invitado a congresos y conferencias, hacía publicaciones, preparaba libros, viajaba para aprender sobre trasplantes... Era sensible y amaba su profesión, de manera que atendía a todos sus pacientes con el mismo desvelo, tanto en el hospital en forma gratuita como en sus consultorios. Tenía un alto sentido de la ética médica y no podía permitirse ser indiferente al drama de los más humildes, por eso era también convocado por el sector gobernante para que apoyara las gestiones hospitalarias. La gente lo quería.

Pero su casa era un dolor.

Dos veces viudo, tenía tres hijos de su primera esposa, a la que había amado con las fuerzas y la pasión de la juventud, de las ilusiones, de los años de lucha, y tres más pequeños de su segunda esposa, a la que también había querido mucho, pero no con la misma intensidad.

De todas formas, allí estaban los seis, en distintas edades, confundidos en su nido desvastado por el abandono y la desorganización.

Muchas veces él no volvía hasta tarde, escudado en su trabajo, pero en realidad, y él lo sabía, no deseaba afrontar ese cúmulo de problemas sencillos que él era incapaz de resolver.

Cuando la desesperación empezaba a apoderarse del espíritu de cada uno de los Monterrey, apareció Elena.

Como si tuviera una varita mágica, tocó a los más chicos primero, y puso alegría en sus corazoncitos angustiados. Descubrió sus gustos y necesidades, sus ritmos, sus caprichos, y fue dándole a su casa la forma justa.

Y el caos fue cediendo, el ambiente se fue llenando de una brisa fresca, de un aire de otro color distinto del gris.

Elena sentía en su corazón el dolor de los hijos propios a quienes no había visto en diez años. Pero se había decidido a vivir porque ella siempre fue ese montón de cariño puesto y despartramado por todos lados. Quizás por eso pagó con una prisión

brutal. La casa de los Monterrey se le fue metiendo en el cuerpo y en su alma porque llenaba su vida de sentido... y porque cre-
yó entender que los caminos impensados para cada uno están
puestos de antemano para que cada uno cumpla su misión.

En su cuerpo las cicatrices se iban borrando y el dolor se iba
apagando. Por las noches el sueño abarcaba todo su espíritu y
relajaba su cuerpo cansado. Ya no escuchaba los ruidos de llaves
y candados, de gritos y botas que golpeaban en el piso de pie-
dra. Ahora su respiración era suave.

Los niños que eran ajenos, que habían sido ajenos, eran cada
vez más parte de su vida... y no sabía bien por qué. Tal vez por-
que quiso compensar en unos el amor que debió negarles a los
otros, y tal vez porque aceptó el punto final de su viaje empre-
dido al azar para darle el rumbo escrito para su vida.

Sus brazos comenzaron a llenarse de niños, ropa, comesti-
bles, ollas, plancha. Sus brazos estaban siempre llenos. La sonri-
sa le fue cambiando la expresión al mismo tiempo que la risa
cambiaba la cara de los pequeños.

Un aire distinto cruzaba el living, se metía en los dormitorios,
salía por la ventana y llenaba los roperos. Un aire como una me-
lodia que empezaba a arrullar en los corazones despertando vie-
jos anhelos ahogados por el imposible... o por una incompren-
sible fatalidad.

Elena sintió los hijos como propios y la casa como suya. La to-
mó así desde que llegó, aun desde antes, desde que subió al co-
lectivo elegido casualmente o por alguna razón invisible que
responde perfectamente a un plan ignoto.

Puesto que no murió en los días del horror, habría de vivir
con todo su ser. Por eso dejaba a cada uno de los Monterrey sor-
prendidos, desconcertados y a veces intrigados. Elena tomó po-
sesión de la casa y de sus habitantes.

El corazón solitario de Silvia sólo pedía más espacio para su so-
ledad. Recordaba a su madre, que murió cuando ella tenía cinco
años y sufrió junto a su padre el inmenso dolor de no tenerla más.
Después fue Marita, los celos por los hermanos que llegaban y

que arrinconaban sus diez años sedientos de mamá... y luego su adolescencia sin más apoyo que el que una débil varilla puede dar a una vigorosa planta crecientemente. Silvia se fue pegando a su padre, y su padre vio en sus ojos su misma mirada, sus actitudes repetidas en la hija que al crecer buscaba enredársese en el alma para copiar su imagen... la única perenne e inquebrantable. Transistando su adolescencia se tornó bonita, y sus ojos adquirieron ese tono de melancolía que no la dejó jamás. Se volvió a los libros y decidió firmemente que seguiría los pasos de su papá.

El doctor Monterrey hizo de Silvia su hija preferida, le hizo construir un dormitorio espacioso, con baño, como una burbuja de cristal en la que ella se mantendría fuera de los asuntos domésticos como una mariposa en su capsula. Silvia decoró la habitación de blanco, con cortinas con vuelos, con espejos de luna larga... con sueños de muchas lunas... y allí se refugió.

Elena la sorprendía cuando le llevaba un vaso de jugo con un sandwích a media mañana para decirle que "es importante que te alimentes bien porque estudiar desgasta muchas energías". Luego de mirarla agregaba: "te has peinado bonito hoy" y se iba dejándole un color de mimos que Silvia agradecía.

Marcos intentaba estudiar para la prueba de inglés. Estaba en quinto y sus notas no eran para enorgullecerse, "porque la verdad, no le pongo ni cinco de atención a la escuela... me tiene todo medio hastiado y a mí me tira irme a la mierda de aquí porque al final todo es un bodrio y mi viejo que le importa un comino si voy o no voy o si vengo al fin yo quiero otra cosa y me doy cuenta, se cree que no lo veo, que más bien somos un estorbo que no lo dejamos en paz con sus libros, y se tienen que morir y se murió Marita y se pudrió todo y mi papá no es papá ni es nada y parece una sombra en la casa que casi no viene y hace un frío infernal y nadie prendió una estufa y yo tampoco porque ya me voy, pero donde sé yo... al bar Troya ya me acuerdo que allí se juntan unos tipos pìolas que se han hecho amigos míos son unos vagos como yo... bah. Me voy a alguna parte donde no es-cuche pendientes llorar y haya algo que comer total él ni se entera

porque no ha vuelto del hospital... ahora que es director menos y si vuelve me da lo mismo porque total ni sabe si estoy o no y ni pregunta y si pregunta igual le da porque yo no soy su paciente así que no cuento... me voy y listo.

— ¿Adónde vas Marcos? — Elena estaba poniendo la mesa. En la estufa los leños encendidos daban calidez al comedor.

— Voy a salir.

— Ahora no, ya vamos a cenar. No deberas irte ahora.

— Usted no me diga lo que tengo que hacer. Si me da la gana, me voy.

— Pero no te da la gana, porque yo cociné para ustedes y ustedes van a comer...

— Guárdelo para la vuelta.

Y Marcos salió. En la calle el aire frío lo estremeció. Tenía que admitir que ahora las cosas cambiaban... bueno, pero a mí que me importa. Esa servientita hace bien las cosas, es "eficiente" como dice Silvia, pero que va a comer uno solo como un perro si no dan ganas. Aunque es divertida y cocina sabroso a mí no me importa... a nadie en mi casa le importa de nadie. Así que me voy al Troya y si están esos vagos alguna joda armamos para pasarla... que se vaya a la mierda el inglés.

Cuando entró aquel sábado se quedó frío. Jamás había visto su comedor así: había una gran mesa tendida con muchos platos de colores, había globos colgados de la lámpara, de las paredes, había guirnaldas colgando por todas partes, había muchos chicos que corrían. Una torta con velitas.

Pablito, con su rostro de sol, los ojos como lentejuelas.

Fernando no recordaba que en su casa hubiera pasado jamás semejante murga. Los cumpleaños más bien se nombraban para olvidarlos.

Elena volaba de una punta a la otra sirviendo jugos, golosinas y pasteles y el bullicio subía hasta el techo, rebotaba en las paredes y llenaba su cuerpo.

Se quedó un momento mirando. No podía decidir entre el encanto y el fastidio. Elena lo vio y le pasó un plato con algo mientras decía:

— Vení, ayudame.

— ¿A mí me dice? ¿Qué bodrio es éste? —Trató de esquivar el

pedido—.

— Es el cumpleaños de tu hermano. Así que ayudame a descolgar globos y repararlos a los chicos.

— ¿Yo? No, yo me voy.

Subió a su habitación, pero algo se le quedó prendido en el resto de niñez que le quedaba o en algún rincón de ahogadas ilusiones que lo obligó a bajar.

— ¿Papa sabe de esto? —preguntó entre los gritos infantiles—.

— Por supuesto, ya viene. Baja los globos y repararlos.

Fernando se vio de repente rodeado de chiquillos que gritaban a su alrededor y en unos minutos el comedor fue invadido por burbujas flotantes que los niños arrojaban por todas partes...

Cuando los invitados se fueron, Pablito estaba como si caminara entre nubes, o como si una de las historias de hadas maderas se hubiera hecho realidad. Abrazó a Elena con fuerzas mientras el doctor los miraba inquieto.

— Elena, se ha tomado demasiado trabajo, —le dijo como agradeciendo—. Ella iba y venía ordenando vasos, manteles, platos... apenas si lo escuchó. " ...es importante para él. Vale la pena el trabajo..." y no se le oyó más porque volvió hacia la cocina.

!Qué cosa esta Elena! Mira que se ha metido con todo a esta casa. Quién diría cuando llegó, tan delgadita y decidida. En fin... mientras cuide a los niños, que haga estas cosas. No molestan, más bien ayudan. Ahora... si se llega a ir... no podría recomponer más a los chicos. Ese va a ser el problema... si se llega a ir...

Creo que ya no podré irme más... desde que Pablito me abrazó con tanta alegría... cómo le explico ahora a Valeria que yo no

soy su mamá. Se lo tengo que explicar porque no dejaré que siga creciendo con ese error. El doctor no lo consentiría. No... de-
cididamente ya no me voy más. Tengo que cerrar fuerte una
parte de mi corazón y regalar así, totalmente la otra parte... e in-
tentar la vida.

Cuando el doctor terminaba de cenar, y ya los más chicos se
iban a dormir se sentaba en el living con la luz de la lámpara so-
lamente. Casi siempre volvía tarde y cerraba los ojos un rato pa-
ra descansar. Elena le servía una copita de su licor preferido.
Había retomado esa costumbre hacía un par de semanas, quan-
do se dio cuenta de que había vuelto el orden y la paz que pro-
porcionaba a su espíritu el saber que las cosas estarían equilibra-
damente bien. Se sentía más tranquilo ahora que no tenía que
evadirse de esos inmanejables asuntos domésticos que lo habían
amargado durante los últimos ocho meses, desde la muerte de
Marita. Creía que sus hijos estaban atendidos y él podía volcar-
se a su profesión que le tomaba todas las horas de sus días, y to-
das las fuerzas de sus años. Por eso volvía a su costumbre de to-
mar un licor en el living antes de irse a dormir.

Pero esa noche, Elena se sentó frente a él como una reina a
punto de dictar una orden. La dejó hablar porque, como era su
costumbre, lo tomaba desprevenido...

— ¿Podemos conversar un asunto que me tiene preocupada?
Lo más sorprendente fue que ella también se sirvió una copi-
ta de licor.

Elena continuó sin esperar respuesta. Estaba decidida a em-
prender el rescate de los otros tres vástagos ahora que había
controlado a los más chicos.

— Creo que debería prestarles más atención a los muchachos.
El doctor la miró sin entender.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

— No me gusta lo que hacen. Son chicos todavía y se van a
meter en líos. Hasta puede ser peligroso.

Empezó a molestarse.

— ¿Cree que mis hijos no saben comportarse?

Elena buscó la forma de apaciguarlo.

— No hablaba de eso.

Su tono fue cortante:

— ¿De qué habla entonces? Se está metiendo demasiado en los asuntos de la familia.

Ella mantuvo la calma. Ya se había dado cuenta de que el doctor no tenía idea de lo que estaba sucediendo a sus espaldas y también sabía que el enojo era parte de su cansancio. De manera que suavizó la voz para decir:

— No quise que se enojara. Sólo le prevengo porque los he observado y sé que no están haciendo las cosas bien.

Continuó sin detenerse.

— Marcos sale con unos tipos nada confiables. Lo han venido a buscar y me doy cuenta. Además vuelven tarde y...

Definitivamente el doctor se molestó. Habló con rispidez:

— Usted preocúpese de los trabajos de la casa y deje de meterse con mis hijos. Ellos saben lo que hacen.

Elena buscó la forma de abordar el tema desde otro ángulo. De inteligencia rápida, aunque poco perspicaz, muchas veces sus conversaciones llevaban a confrontarlos. Se parecían en la firmeza con que ambos defendían sus pensamientos y eso mismo fue creando mutua admiración.

— No se enoje doctor. Nadie dice que sean malos, ni que no sepan comportarse. Lo que usted debe entender es que todavía no tienen alas firmes y necesitan que se les diga hasta donde pueden volar.

Levantó la voz cuando resumió:

— Sus hijos están muy solos, doctor.

Don Francisco quedó unos instantes en silencio tratando de asimilar esa última afirmación. Algo desconcertado preguntó como afirmando:

— ¿Acaso ellos le dijeron algo? ¿Acaso no me tienen confianza?

— No hace falta que lo digan para darme cuenta. Aparentemente ellos saben todo... esa es la señal más clara de que lo es-

tan necesitando.

El doctor no comprendía. No sabía bien de qué le hablaba

Elena. El había sido joven y había transitado un camino recto y definido hacia el rumbo propuesto. Su padre había sido un noble propietario español con claras ideas de sus deberes y él había aprendido que las cosas se hacían de una determinada manera. No comprendía qué clase de problemas podían tener sus hijos. Seguramente eran cosas de mujeres. Seguramente los muchachos hacían travesuras intrascendentes propias de la edad... — Si necesitan algo no tienen más que pedirlo. Ellos ya saben. Elena se dio cuenta de que hablaban cosas diferentes. Como explicarle que...

— Doctor... cómo le explico. No se piden esas cosas... los padres las dan, pero los hijos no las piden.
El doctor se exasperó. Ya era suficiente. Entonces ordenó:
— Mire, Elena. Estoy muy cansado y me he tomado unos minutos para relajarme. Déjeme de historias, por favor. Puede retirarse.

Elena se quedó preocupada. De una cosa estaba segura: tenía razón.

Esos chicos no andaban por buen camino... miró Fernando, ¿qué hace en la escuela? Todo menos estudiar porque ni los libros se le ven. Y esos tipos que lo vienen a buscar a Marcos tienen cara de... ¿dónde he visto yo caras como esas? Silvia es estudiviosa, claro, porque se refugia en los libros. Pero una jovencita como ella debería divertirse un poco... el doctor está contento con ella porque está haciendo la carrera rapidísimo... pero a esa chica le falta... cómo dire... se está convirtiendo en una maquina. Está ciego el doctor... y se va a llevar una sorpresa...

Doctor, un señor Mariari quiere hablar con usted. Dice que es muy importante.

— ¿Tiene turno? ya le dije que no reciba sin turnos porque no termino más.

— No. No viene para revisarse. Dice que tiene otro problema urgente para hablar con usted.

— Un vendedor...

— No me parece. El dice que es de su interés. No hay más pacientes ya.

— Bueno, hágalo pasar y retírese.

El señor Mariari era un hombre mayor, algo gordo y canoso. Tenía rostro redondo y ojos tranquilos. Era corpulento y vestía un traje oscuro que llevaba con la soltura del que siempre usa ese atuendo.

— Doctor Monterrey —dijo y le tendió la mano— no sé si usted me conoce, pero yo a usted lo aprecio mucho, como todos en esta ciudad.

El facultativo lo miró unos minutos.

— Lo conozco, aunque no puedo saber de dónde.
— Yo tengo una casa de artículos del hogar y usted me com-
pró hace poco un lavaplatos automático. Pero fue su hija con...
esa señora quienes concretaron la compra.

— ¡Ah... sí? Ha tenido algún problema con los cheques?
— No, por favor. Todos sabemos que es un hombre honora-
ble... por eso estoy aquí. — Después de una pausa — Mire doctor...
lo que tengo que decirle es difícil... así que permídenme si...
Dentro de su guardapolvo, lo miraba esperando que concretara.
— ¿Qué sucede, señor Mariani? ¿Se siente usted mal?

— No, no vengo por mi salud. — Al fin se animó para decirlo
como quien se zambulle de un salto — Es por su hijo que vengo.
El doctor se enderezó en su sillón tras el escritorio. De golpe
recordó la conversación que rechazara algunas noches antes.

— ¿Qué hijo, señor? ¿De qué se trata? Diga lo que vino a decir.
— Mire, señor Monterrey, yo sé que son cosas de mucha-
chos... es decir... los chicos a veces hacen cosas y no saben bien
las consecuencias... y sus chicos... sin madre... usted tan ocupa-
do... yo entiendo porque soy padre también y más de una vez
me han sorprendido...

El señor Mariani trataba de encontrar las palabras para entrar
en tema evitando ofender a su interlocutor.
— Por favor, señor, diga a qué vino.

— Si no hubiera reconocido a su hijo, llamaba a la policía. Los
otros eran unos delincuentes... uno aprende a conocer a la gen-
te detrás de un mostrador, pero uno de ellos era su hijo, y me
pareció que un hombre distinguido como usted no merece que
de golpe vea su nombre manchado por un asunto de mocosos...
En esta ciudad se sabe todo. No he querido llamar a la policía si-
no venir a hablar con usted. Yo sé apreciar a la gente.
El doctor Monterrey se puso de pie casi de un salto. El cora-
zón se le aceleró.

— Señor Mariani, le agradezco su consideración y sus con-
ceptos. Pero diga claro: ¿Qué hizo mi hijo? ¿Cuál de ellos?
— El mayorcito, doctor. Lo conozco porque ha estado en mi
casa. Es compañero de mi hija Soledad en la escuela. — El comer-

ciente transpiraba, hizo un esfuerzo para continuar—Robó en mi negocio, con otros sinvergüenzas, seis radiograbadores. Por los otros, los hago meter presos, pero reconocí a su hijo, y quise que antes lo supiera usted.

Quedó estupefacto. Casi sin aire. Se puso pálido como pro-
ducto de sentimientos mezclados de ira, culpa y vergüenza.
Quedó en silencio un buen rato tratando de dominarse. El señor
Mariani esperó pacientemente. Después dijo con tono amistoso.
— Doctor, no se ponga mal, pero tome medidas. Los chicos a
veces lo hacen como travesura. Su hijo no es mal muchacho, pe-
ro tiene mala junta. Cúide eso y ponga un poco de firmeza.
Respiró hondo, se sentó nuevamente. Su rostro era ahora el
de un hombre vencido. Se puso de pie y se acercó rodeando el
escritorio. Al fin pudo hablar:

— Señor Mariani, le agradezco infinitamente su actitud tan
considerada. Hubiera sido terrible para mi hijo fuera a
parar a la policía. Usted ha sido demasiado bueno. Yo le prome-
to que las cosas no van a quedar así, y si mi hijo ha tocado un al-
filer de su negocio, yo voy a responder por lo que sea.

El hombre le puso la mano sobre el brazo tratando de mos-
trarse amigable. Le habló con suavidad.
— Los grabadores se arreglan con dinero, y eso a usted no le
falta. El corazón de su hijo es lo que me preocupa. Creo que allí
tiene usted su paciente más difícil.

El doctor Monterrey tenía un torbellino en la cabeza. Trataba
de poner sus ideas en orden, pero la sorpresa le hacía pasar del
enojo a la vergüenza, de la culpa a la justificación. Elena lo ha-
bía visto antes que él y trató de prevenirlo, ahora se daba cuen-
ta de que no debió eludir el nudo de una cuestión que no termi-
naba de explicarse pero que lo tenía a él como responsable.
“¿Por qué tenía que robar Marcos? ¿Acaso le faltaba dinero?”
Esos muchachos gastan más que una familia entera. No, era otra
cosa lo que el muchacho buscaba. ¡Dios, cómo me cuesta enten-

der estas cosas!" Cualquier problema del hospital, los casos más difíciles de sus pacientes él podía manejarlos. Pero no podía siquiera intuir qué estaba pasando con los que más quería. "¡Y los quiero tanto!" se dijo con un suspiro de amargura. "Pero no basta que los quiera así nada más".

Como para ayudarse en la resolución dijo en voz alta mientras conducía agresivamente en medio de los coches de la avenida que a esa hora estaba congestionada: "Tendré que asumir lo, Elena tenía razón. Ya es hora de tomar riendas. Marcos no es un ratero, él no puede ser un simple delincuente, algo le pasó. Creo que debo hacer algunos cambios fuertes en mi casa... ¡o los Monterrey se van a perder!"

Subió al dormitorio y abrió la puerta repentinamente. Marcos estaba recostado fumando y vio a su padre, que jamás entraba a su cuarto, acercarse con dos zancadas. Con una mirada le bastó: cuatro cajas en un rincón y el rostro desconcertado de su hijo. Estalló la cachetada sin darle tiempo mientras la voz preguntaba:

— Desde cuándo fumás vos en mi casa.
Marcos no contestó. Tenía un desasosiego tan grande en su espíritu que sintió casi como un alivio la presencia de su padre. "Mejor acabar con esto de una vez. No puedo con esta angustia, mejor".

Le preguntó imperativamente.
— ¿De dónde sacaste esos grabadores?
Casi sin voz:

— No son míos.
Le gritó con violencia, como descargando una culpa:
— Claro, lo que se roba no nos pertenece, ¿verdad? desde cuándo un Monterrey anda robando como un ratero? ¿qué te falta a vos para que hagás esto?

Le golpeó el rostro una y otra vez. El muchacho no se resistió. Menos violento pero con firmeza le dijo:
— No sé qué te pasa Marcos, pero si sé que va a pasar de ahora en adelante. Lo que has hecho es indigno de vos y de esta fa-

milia. Pero se acabó. Vas a comportarte como corresponde a un Monterrey.

"Demonios. Jamás mi viejo me había castigado así. Siempre cuando llegó el momento me achiqué... ni me atreví a moverme. Qué iba a hacer si él tenía razón. No sé qué mierda me dio por robar. Nada más que por hacer algo emocionante... que sé yo. Porque tenía bronca... por eso. Bronca de qué, no sé, bronca. Yo creía que era como así... gracioso. Al fin mi viejo me hizo un favor porque yo estaba mal... mal con eso que hice y que no sabía cómo sacármelo de encima. Me duele la espalda pero voy a poder dormir esta noche. Qué diablitos sabe uno... uno hace una cosa porque si nomás y después todo se complica. Yo no quiero que él piense que soy un ladrón. Fue porque los vagos del Tro-ya me desafiaron y uno no puede quedar como un boludo. Claro, ellos no tienen un padre profesor de la facultad y todo eso... tengo tanta vergüenza..."

Fernando entró al dormitorio. Vio a su hermano tirado en la cama.

— Che, loco, ¿qué le pasa al viejo? Entré y me empezó a retar... Marcos no contestó. Fernando lo miró más detenidamente. Vio los grabadores.

— ¿Qué? ¿Te pegó?

— Déjame de joder, quieres...

A las ocho Marcos estaba en la cocina como su padre le ordenó. Cargó los grabadores en el auto. Vamos a salir.

— ¿Qué vamos a hacer?

— Hace lo que digo y no preguntes.

Elena se alegró. Había tormenta, es cierto, pero después el aire estaría más limpio.

El doctor detuvo su auto. Marcos a su lado no se atrevía a hablar. Era el negocio del señor Mariami.

— Papa, yo no bajo.

— Vos bajás, porque si no te bajo yo.

— Me muero de vergüenza, por favor.
— Eso es bueno. Malo va a ser cuando ya no tengas vergüenza. Vamos, yo te voy a acompañar.

Marcos estaba de pie frente al señor Mariani.
— Mi hijo tiene algo que decirle.

...no sabía dónde poner la cara ni las manos y sólo quería estar a kilómetros de allí. Tenía tanta vergüenza que temblaba, pero papá estaba conmigo y no tenía escapatória. Miré el rostro firme de mi padre. "Perdone...", y sentía que la cara se me ponía colorada y... no se repetirá... y Dios... cuando termina esto, yo quería dispararme... le agradeceré que no haya ido a la policía... y por favor papá vámonos de acá... ¡arrepentido!

En el café me sentí como si volviera en mí después de un desmayo.

Era la primera vez que tomaba un café con mi padre en mis dieciocho años. No sabía si estaba feliz o angustiado. No me atrevía a mirarlo a la cara porque algo pesaba enormemente sobre mí.

— ¿Qué tomas Marcos? Estas en ayunas.

— Un cortado.

— Cortado estás vos.

Papá hizo el pedido. Le dije en tono de reproche:
— ¿No tenés que ir al hospital?

El se dio cuenta. Me respondió tranquilo:

— Llamé diciéndole que voy más tarde. Tengo otro caso que atender... — ¿Cómo te sentís?

Lo miré. ¿Cómo respondo? No dije nada porque no sabía cómo me sentía.

Tenia bronca y al mismo tiempo estaba aliviado como cuando desperté de un mal sueño.

— Marcos, quiero que las cosas cambien en casa. Ya no es lo mismo ¿verdad? Ahora está Elena y ella ha puesto las cosas en orden. ¿No te parece?

Lo miré sin entender. ¿Qué tiene que ver Elena?

— Papá, ¿qué tiene que ver Elena?

— Ya lo vas a entender. Lo importante es que fuiste capaz de dar la cara por lo que hiciste. Eso... no lo olvidés nunca, porque eso es ser hombre.

No dije nada porque mi padre era un ser nuevo y desconocido para mí. Encaraba el problema resueltamente y me golpeaba el alma sin pedir permiso. Pero muy dentro se levantaba un sentimiento olvidado, más bien dormido, que calmaba mi ansiedad de los días anteriores.

Conversamos casi toda la mañana en el café. Una mañana tan distinta y deseada en mi vida. Nos descubrimos sufrientes y con deseos del otro. Pusimos nuestros corazones al descubierto para inventar una vida diferente con palabras cuyos significados no se exactamente a qué se refieren... uno no piensa en los significados, los vive. Y yo había vivido demasiadas amarguras. Se lo dije. Papá lo admitió. El también. Todo había sido un dolor en la casa... un lugar estropeado al que no daban ganas de ir.

— Ya no es así, Marcos.

Entonces pensé que tenía que ver Elena.

— No, papá, ya no es así.

Encontrábamos la paz.

— Fernando, deja de joder con eso. No vas a falsificar las firmas toda la vida.

— ¿Qué puedo hacer? Ya no puedo volverme atrás.

— Decile la verdad.

Fernando se quedó pensando. Le gustaría decirle porque la mentira se le estaba tornando engorrosa y crecía como una telaraña que lo iba envolviendo.

— Me gustaría decirle... pero no me animo. No sé cómo hacerlo.

— Te van a descubrir y va a ser peor.

— No vas a abrir la boca, Marcos.

Otra noche junto a la lámpara en el sillón del living. La copia de licor. Elena en el sillón opuesto. El doctor la miró y se enderezó como para escucharla...

— Bien, ya se — dijo con suavidad — ¿qué va a indicarme ahora?
— Le digo si no se molesta... pero así y todo debe preocuparse.
— ¿De qué esta vez?
— De Fernando.

Un silencio. Un suspiro de cansancio.

— No se canse doctor. Con los hijos no hay que cansarse jamás.
— ¿Qué pasa con Fernando?
— No lo ve? Usted es ciego, pero yo sí veo... vaya una mañana de estas a la escuela. Hable con el director, el preceptor o quien sea. Eso haría yo.

— Claro... una mañana... seguro... entre una cirugía y la cátedra... ¿Qué más?

— Siempre hay más.

Se quedaron en silencio, descansando. Había calma en la casa. Elena se levantó para despedirse.

— Elena, he notado que falta un libro de mi biblioteca. Está el hueco.

— Sí, uno de Hemingway. Yo lo estoy leyendo. Terminó y lo vuelvo a su lugar.

El doctor se quedó mirándola con asombro. Elena agregó:

— No se enoje. ¿Qué mejor honor para una biblioteca que leer sus libros? Es el único descanso mío.

— Usted es una caja de sorpresas. Así que lee a Hemingway... Esta bien... lea toda mi biblioteca si quiere, pero déjeme descansar.

Elena le brindó una cálida sonrisa.

— Gracias. No le quepa duda de que lo voy a hacer. Buenas noches doctor.

Apenas habían entrado a las aulas y la escuela adquiría cierta calma. El doctor Francisco Monterrey no se acordaba cuando había estado por última vez allí. Quizás no había estado nunca. Buscó la Dirección y se presentó. No sabía bien qué decir ni por dónde empezar, pero el que empezó fue precisamente el director: — Por fin viene, señor. Lo hemos mandado a llamar tantas veces... entendemos que usted sea un hombre muy ocupado,

pero una vuelita por la escuela hay que darse. Firmar notificaciones no es suficiente...

El doctor trataba de entender. ¿Qué notificaciones? No dijo nada porque se dio cuenta de que algo no coincidía. — ...su hijo Fernando. El más chico. Y lo peor es que el Consejo de Profesores quiere expulsarlo después de su última gracia. Aquí están las amonestaciones, pero está en discusión. Si las coloco queda afuera. Interrumpió bruscammente. ¡Qué diablos estaba pasando con su hijo para que le comunicaran semejante cosa! — Perdón, señor director. Veamos otra vez. ¿Usted habló de expulsarlo?

El director, un hombre delgado y alto, con el rostro semi gris, semi tierno que muchos años de docencia modelaban en él, comprendió que había ido demasiado rápido y que el doctor estaba sorprendido.

— Doctor Monterrey, hemos tenido demasiadas consideraciones con su hijo Fernando. Usted ha firmado las citaciones una y otra vez pero no ha venido. Ese chico es — pensó las palabras más adecuadas — disociador en la clase. Los otros lo siguen en sus pica rdías. Los profesores creen que sin él el curso funcionaría mejor. Porque mire, ¡ponerle una rata a la profesora de historia! con eso se condenó.

Quedó abatido... "disociador", un adjetivo que golpeaba. Caminaba hacia su casa como si lo hubieran anestesiado; "disociador", "citaciones"... ¿qué citaciones?... comenzó a despertar en la calle cruzándose con todos esos adolescentes que se reunían en grupos en la plaza con las corbatas a medio anudar, las camisas afuera del pantalón, los delantales cortos con los cinturones al revés, con sus conversaciones bulliciosas sentados en los espaldares de los asientos. "¿Qué sucede con Fernando, cómo un chico así puede ser disociador"... "¿Qué voy a hacer con él si lo expulsan..."

Frente a frente con su padre, con todos esos papeles sobre el escritorio, Fernando admitió la verdad... y bueno, papá... falsifiqué todo porque no me animé a decirte... bah, al principio lo

hice para ver que pasaba, les ¡jugué una apuesta a los muchachos a que yo los engañaba, y pasó. Después fue por una sincoleta y ya no podía mostrarte la libreta. Pero no fue por eso... fue porque me parecía que a vos te daba lo mismo... que valgo yo frente a tus catedras y libros y cosas... era lo mismo que te lo dijera o que no... vos estás en otra yo creía... Esta bien, yo falsifiqué tu firma... no, en recetas no... no ¡te ¡juro! ¡jamás toqué una receta! ¡Ay, papá! no, sólo en las cosas de la escuela... es que yo... los chicos del curso me buscaban para que yo... bueno, uno se cree que es importante para alguien y que los demás... no papá, yo sé que estuve mal... perdoname. Ni me imagine que vos ibas a ir a la escuela, ¡jamás fuiste... bueno, está bien... uno se puede confundir. ¡Ay, papá!... falsifiqué porque era mucho lo explicar... sí... pero yo no quería falsificar todo... empecé y ya no pude parar... y me salió fácil... los muchachos se reían y... está bien... sí papá, lo que vos digas... voy a cambiar... te lo prometo, sí.

No me dejaron cambiar. Le rogué al director una oportunidad más. Le jure que sería distinto porque me di cuenta de que yo no era nadie importante ni nada... era el payaso de la clase. Todos se divertían y me lanzaba a hacer cosas ellos se reían y ahora yo... claro, vos no, Cristina, siempre me miraste de una manera... no como mirando lo que yo hacía, como calando más adentro, como si pudieras adivinar que yo adentro era otra cosa, como si sólo vos, Cristina, te hubieras dado cuenta de la tremenda angustia que siempre sentí atrás de mis chistes... vos no... pero los demás... Entendí de golpe, papá. Yo siempre estuve como perdido, sobre todo cuando Marita murió y todo se derrumbaba y no había nadie en la casa y los chicos lloraban... y las sirvientas que hacían todo a medias y... vos nunca estabas y te ibas al hospital y a la facultad y no me molestes cuando estoy trabajando... yo veo todo de golpe ahora, papá, y me hacía el gracioso y todos se reían y me decían loco dale, vos que lo hacés fenómeno y yo rompí la pata de la silla y el profe de matemáticas se cayó... sí... yo le puse la rata a la... pero ella también tiene la culpa porque nos trata mal y nos dice burros, no entienden

nada y me dio mucha bronca porque me dijo donde se crió usted m'hijito. Sí, ahora entiendo todo. Pero antes a mí las cosas se me confundían y lo único que quería era morir. Porque cuando me ponían amonestaciones y te falsificaba la firma y después me quedaba solo yo quería morir porque me sentía una porque-ría. Los demás se reían, Cristina no, no me decía nada pero me miraba el alma y era como si ella supiera que yo me reía afuera para hacerme notar, pero que no sabía por qué me quería morir adentro... pero no quiero que me expulsen papá, por favor, anda vos a hablar, a lo mejor te escuchan porque lo único que tengo es la escuela. Voy a cambiar, porque ahora me doy cuenta de todo. Que no me expulsen, papá, sí, ya sé, hice de todo... las firmas... ahora se enteraron... y no la voy a ver más a Cristina... que me importa el consejo de profesores, yo no me quiero ir de la escuela... Por favor, papá, lo que quiero es morir.

Fernando había llorado en su cama toda la mañana. Había llorado por primera vez—él creía—en toda su vida. No lo había hecho antes, por la paliza, ni tampoco se acordaba de haber llorado en el entierro de Marita. Entonces todo le acontecía como de lejos, como si las cosas no le tocaran su interior, como cuando las desgracias les pasan a otros y él podía permanecer indolente. Pero cuando el director le comunicó que lo habían expulsado sintió una herida inmensa que por primera vez dolió y cuando buscó sus libros para retirarse se lo vio pequeño, terriblemente pequeño y humillado.

Lloró en su casa, toda la mañana. Lloró porque no era justo. Él no sabía y todos suponían que sí. Lloró porque se sintió caer en un abismo sin saber bien quién lo había empujado. Nunca había llorado. Las tristezas de su casa le habían parecido la situación normal... era normal que en su casa nunca hubiera nadie ni nada en su lugar... o irse por ahí a comer algo... era normal que el desorden y el caos fuesen permanentes hasta que se le metió adentro... era normal que Marita se muriera... el sufrimiento era normal... por eso él nunca lloraba nada. Se hizo indiferente... menos a los silenciosos ojos de Cristina.

Pero esta expulsión fue una herida. Porque algo estaba cambiando dentro o fuera de él... no sabía bien... pero no era lo mismo ahora... ni dentro ni fuera.

Ese día, su tiempo dobló una esquina, y aunque Fernando todavía no lo supiera, cambió su rumbo... para toda la vida.

Me dieron el pase a una escuela vespertina. Funcionaba lejos de mi casa y tenía que ir en colectivo. Me presente a ella y me dieron lugar en cuarto año "...en consideración a la amistad que me une al señor Masioh y porque él me lo pidió"; y como si fuera éste el primer eslabón de una cadena de humillaciones: "no recibimos expulsados de otras escuelas". No dije nada. Me senté en un lugar lejos de todos y de todo, y hasta el día en que egresé al año siguiente, me mantuve en ese sitio. Yo nunca quise pertenecer a esa escuela y por muchos años que pasaron no logré secar las lágrimas con que lloré la expulsión de la escuela normal.

Pero eso no fue todo. Habría muchos eslabones más. Mientras almorzábamos mi padre me miró severamente y preguntó: — ¿Qué hiciste toda la mañana?

No entendía adónde apuntaba la pregunta.
— Nada. Dormí.

Entonces él se respaldó en la silla y fue terminante: — No te vas a pasar las mañanas sin hacer nada y haraganeando hasta las seis. Ya que te sobra el tiempo vas a trabajar. Tienes diez días para conseguir un trabajo que te ocupe la mañana solamente. Lo que sea, por el sueldo que sea... sin pretensiones. Vas a valorar el pan que comes.

Todos en la mesa nos quedamos fríos. Jamás mi padre se había preocupado por horario alguno y menos nos había lanzado semejante sentencia. Silvia trató de intervenir, pero papá cortó con "vos sos otra cosa, Silvia." Entendí. Me sentí como un reo a quien le dictan su condena. Me di cuenta de que esperaban mi airada protesta:

— Esta bien, papá. Me parece justo.

Fue difícil encontrar trabajo. Medio día... dieciséis años... secundario sin terminar... servicio militar... Cuando doble por Sobremonte caminando despacio como para no llegar nunca a mi casa, leí el cartel:

NECESITO CHICO MEDIO DÍA

Era una ferretería no muy grande y tenía una entrada de vehículos que daba a un corralón donde se cargaban bolsas de no sé qué... Entré. Hable. Acepté todas las condiciones. Al día siguiente Fernando comenzó a trabajar en la ferretería... y se quedó... para toda la vida.

Don Andrés era menudo, nervioso, incansable, amigo de dar largos discursos. Español, hablaba con el acento propio del idioma peninsular y como siempre estaba enojado, a Fernando le hacía una gracia inmensa. Al principio le costó adaptarse a la dureza de las órdenes y de las exigencias, pero al poco tiempo se estableció entre ambos una gran simpatía.

La vida suele tener sus giños, y lo que fue impuesto como castigo se transformó en motivo de paz para Fernando porque el trabajo en la ferretería le gustó. Él se encargaba de limpiar, ordenar y controlar el corralón y todo el patio de atrás. Más adelante fue su tarea verificar y anotar la mercadería que cargaba el reparador y los clientes. Tal vez porque en aquel sitio él reinaba solo, se encariñó con todo lo que lo rodeaba. Lo mantenía a su manera... y a su manera transformó el corralón en un lugar pulcro, ordenado, tranquilo... lo transformó en su refugio. Como no lo amaba ningún interés monetario, para Fernando el trabajo se convirtió en una impensada realización, por eso lo ejecutaba con voluntad y eficiencia.

A don Andrés le costó entender a ese muchachito delgado, no muy alto, de tez blanca, cabellos lacios muy negros y ojos profundos. No se parecía en nada a los que él estaba acostumbrado a tratar. Aceptaba el pago sin quejarse ni pedir, aceptaba el trato bajo indicado con un "sí, don Andrés", nunca ponía objeciones,

y nunca su corralón estuvo mejor cuidado. Era sumamente ca-
llado y se mantenía en su lugar sin inmiscuirse en ningún asun-
to. Lo desconcertaban sus modales calmos, su actuar silencioso,
no mantenía conversaciones con los otros empleados ni de fut-
bol, ni de los chismes de la ciudad, ni de los programas de tele-
visión, ni de tema alguno. Sólo les hablaba por motivos de tra-
bajo y con las palabras justas.

Don Andrés no averiguó demasiado la identidad de Fernan-
do porque no tenía intención de pagarle según las leyes, de ma-
nera que el muchacho era un subocupado. Pero eso él no lo sa-
bia y lo tenía absolutamente sin cuidado.

En cierta forma se apropió del espacio asignado para su tra-
bajo y despliegó en él su propia iniciativa: pintó parte de las ins-
talaciones, distribuyó mejor la mercadería para que los vehícu-
los circularan con más comodidad, ordenó las herramientas so-
bre los tableros... y lo realizó todo como si le perteneciera... co-
mo si algún día le fuera a pertenecer.

Nunca faltaba ni llegaba tarde. Al entrar saludaba y pasaba a
sus quehaceres. Era amable con los clientes y siempre buscaba
una solución fácil: ataba las cajas, aseguraba los caños sobre los
vehículos, acomodaba la mercadería en los coches... Si alguna
vez le llamaba la atención por algo, Fernando lo escuchaba ca-
llado, y cuando él terminaba su parlamento se lo oía muy bajo:
"discúlpeme, don Andrés, tendré más cuidado". Y el hombre se
quedaba mirándolo... y le fue tomando cariño. Sin darse cuenta
empezó a contar con él cada vez más.

Estaba yo sentado solo en aquella solitaria plaza. Era sábado,
era la siesta y la ciudad adquiría esa calma especial de feriado en
la que todo queda como en suspenso. Se diría que hasta el aire y el
sol se echan a dormir en una especie de densidad que cae sobre los
árboles, los pájaros, la gente, la calle, haciendo que todo quede es-
tático, como si la siesta estuviera entre paréntesis en el total del día.
Me senté en un banco sombreado a rumiar mi tristeza. Trata-
ba de entender todos estos cambios que de golpe me manejaban
la vida sin que yo pudiera incorporarlos del todo. En sólo un par

de semanas yo había recuperado a mi padre, puesto que ahora era una presencia sólida y fuerte en mis días, como si por fin hubiera salido de las sombras en que lo había sumergido la muerte de Marita, había perdido a mis compañeros: estaba como extraño en una escuela extraña... y tenía una nueva identidad: tra-bajador. Tenía la sensación de que una inexplicable mezcla de casualidades provenía desde algún lejano destino para marcar-me una senda diferente. Trataba yo de vencer esa terrible tristeza que no se bien de dónde me viene, durante aquella siesta en la plaza con el deseo profundo de estar solo... y sentía que yo siempre había estado solo.

Y entonces la vi. Cristina cruzaba la plaza en diagonal dirigiéndose hacia la esquina opuesta al banco donde yo estaba sentado. ¡Cómo me gustaba Cristina! Era su pelo brillante, su talle, sus modales, era su sonrisa plena... pero sus ojos... no sus ojos, su mirada me conmovía. Muchas veces en clase me volvía hacia ella y me estaba mirando como estudiándome el alma. Pasaba y no me había visto. Pasaba sola, caminando despacio para armonizar con la siesta, tenía su pantalón blanco (Cristina usaba mucho el blanco en su ropa) y un buzo verde, era como otra flor en la plaza. La seguí con la mirada pero no la llamé. Claramente iba para recogerlo me vio, me sonrió. Desvió su camino y vino hacia mí. Cambió su rumbo... para toda la vida.

— Hola, Fernando.

— Cristina.

Ella se sentó a mi lado y empezó a contágame su alegría.

— ¿Cómo estás?

— Bien... bah, más o menos. Los extraño una barbaridad.

— Nosotros también te extrañamos. Hicimos una sentada, fuimos todos a hablar con el dire, elevamos una nota, pero no quisieron reconsiderar tu caso. Quiéren darnos una lección, dicen.

— Ya sabía. Me lo contó Alfredo. — Una pausa — ¿Adónde ibas?

— A la modista. Pero no tengo apuro. — Un gesto — ¿Qué te dijo tu papá?

Pensé unos minutos.

— Es largo de contar.

Nos miramos... más allá de la piel. Caminamos toda la tarde hablando de nosotros, de los otros, de las cosas... la siesta pasó y la ciudad de movía febrilmente como si todos quisieran recuperar el tiempo dormido. Pero nosotros suspendimos el tiempo y recorrimos todas las plazas, el parque, las cuadradas, todos los sitios verdes... y nuestra corta vida, nuestros largos sueños, nuestros tiernos dolores...

— Odio esa escuela. No me puedo concentrar para estudiar. Lo peor es que ya no puedo ir con cuentos a mi viejo...! qué sé yo! No entiendo nada.

— ¿Quieres que te ayude a estudiar?

Me sorprendí, algo como una brisa pasó por mi corazón.

— ¿En serio? ¿Cómo?

— Nos juntamos, leemos, te explico. Yo entiendo rápido.

— ¿Harías eso para ayudarme?

— Seguro, Fernando, me gusta estar con vos.

Los últimos rayos del sol brillaron con fuerza tiñendo el mundo de anaranjado.

— Entonces, empecemos mañana. Te venís a mi casa y estudiamos. ¿A qué hora podés?

— A las nueve voy. Ahora acompañame a mi casa. Se ha hecho tarde y mi mamá va a empezar con su rosario de preguntas.

— ¿Y la modista?

Nos reímos del olvido.

Fernando tenía estrellas en los ojos.

Cuando bajé a buscar el diario Fernando estaba en el comedor con una muchacha muy bonita y los libros sobre la mesa. ¡Para que él se levante a estudiar un domingo antes de las nueve... la razón debía de ser muy poderosa! Viendo esa niña con unos ojos increíbles... entendí que mi hijo estaba traspasando un umbral en su existencia.

— Buenos días, doctor — me dijo la niña y me sonrió —.

— Buenos días.

— Papá, ella es Cristina Smith.

— ¿Tu papá es el empresario de la construcción?

— Sí, señor.

— ¿Y ustedes van juntos a la escuela?

— ¡Vamos, en la normal. De todas formas Cristina me va a

ayudar a estudiar.

— Claro, solo no puedes, me imagino. Bueno, estudien. Pero

acordate que el patio tiene que estar limpio antes de la una.

— Terminamos esta materia y lo limpio. Hay tiempo.

Entonces lo supe. Mi hijo habría de sufrir otra vez, y mucho.

Lo supe al ver esa niña que hablaba de historia argentina, al ver

el brillo en los ojos de Fernando, al ver el aire de inocencia que

rodeaba a ambos. Lo supe de un golpe de vista, como diagnóstico

co algunos pacientes con sólo mirarlos, que esa niña hermosa co-

mo una virgen sería para siempre el sueño de mi hijo... y su pe-

sadilla.

Era como si en vez de una adolescente como él, esa criatura fue-

se un mensaje para siempre en nuestra casa. Y peor aún... me di

cuenta de que nada podría hacer para evitarlo, porque ambos ya

estaban definitivamente unidos en alguna parte de sus destinos.

Cristina se quedó hasta el almuerzo. Limpiamos juntos el pa-

tio y nos divertíamos. Quitábamos las malezas del jardín y Ele-

na nos trajo gaseosas. Miró mientras bebíamos y me dijo:

— Fernando, allí falta una planta para que el cantero quede

armonioso. Un jazmín, por ejemplo. ¿Te gusta un jazmín?

— ¿Cómo es un jazmín?

— Yo te voy a traer uno el domingo, lo vamos a plantar justo

aquí. — Señaló el lugar en el cantero frontal.

— Bueno, si quieres...

Cristina se volvió a Elena.

— ¿Le gustan los jazmines?

— Vos te parecés a un jazmín. ¿Te quedás a almorzar?

Cristina sonrió.

— No, en casa me esperan. Ya me voy.
Volvió muchos domingos (como lo volvería a hacer mucho tiempo después). Plantamos juntos el jazmín que ella trajo y era como su alegre presencia en el patio. Cuidamos juntos esa hermosa planta... la cuidé toda mi vida y fue como si su espíritu transparente y perfumado se fuera transformando en esa planta exqu coasta que la simbolizaba...

Nos encontramos dos o tres veces a la semana en alguna parte. Caminábamos incansablemente por las plazas de Quinteros, por el parque, por las calles solitarias... caminábamos para descubrir el mundo... para inventar las cosas que nos hacían reír... Ibamos al "América" y ella jugaba tenis, yo la miraba desde la cancha de básquet, caminábamos... nos besábamos con intensidad contra el tronco de algún árbol y nuestros besos eran una dulce entrega de lo mejor de nosotros, caminábamos y nos olvidamos de las horas, de la lluvia, de los frios o de los calores... sólo existía para los dos un inventado que le daba forma al sitio perfecto para nuestra inocencia... caminábamos y ni siquiera nos dábamos cuenta de las miradas ajenas porque me envolvía su risa fácil, su mirada profunda, sus besos ingenuos, nuestro mundo tan puro... siempre caminábamos por donde hubiera un espacio verde donde sentarnos a mirar las formas que las nubes tomaban en el cielo... para adivinar con ellas las formas que nuestras vidas tomarían. Ibamos por ahí y no necesitábamos contarnos nada... nos contábamos todo. A veces las palabras no eran necesarias porque respirábamos un mismo compás de entendimientos. Ella era como una flor en la plaza y yo aspiraba su perfume delicioso. Ella era tan incomparable para mí como la esencia misma de la belleza... caminábamos por encima de un mundo aturdido y hostil que ignorábamos y que sin embargo nos señalaba. Nunca hablabamos de amor. Nos parecía que si lo mencionábamos se rompería el hechizo... caminábamos hacia nuestros destinos que se nos ocurrían llenos de luz, como nuestras almas imaculadas que no conocían más tesoros que nuestros corazones sin ceros... para amarnos, para amarnos más allá de nosotros...

más allá de nuestro tiempo... más profundo que nuestros cuerpos... para amarnos en lo más elemental de nuestros ideales... en lo más bello de nuestros sueños...

Hablábamos de cosas y entre esas cosas, como una descarga eléctrica, un día Cristina me preguntó:

— ¿Cómo era tu madre, Fernando?

Me quedé en silencio porque no sabía cómo había sido mi madre. Me di cuenta entonces de la total ausencia en mi vida de la mujer que fuera mi madre. Jamás percibí la menor presencia de ella en mi casa. Ni una fotografía, ni un recuerdo, ni siquiera su nombre...

— Papá, ¿cómo era mi madre?

Papá se quedó mudo. Su semblante tomó una dureza de piedra como para que nadie pase las fronteras del rostro hacia adentro.

— ¿Para qué quieres saber? Ya no tiene caso.

Esa fue toda su respuesta, y aquello fue todo lo que me animó a preguntar.

Cristina pasó muchos domingos en mi casa. Era muy alegre cuando estaba entre nosotros. No siempre era así. "En tu casa soy libre" me dijo una vez. Yo no entendí entonces lo que quiso significar... mucho tiempo después me diría lo mismo. Lo cierto es que participaba de algunos acontecimientos de la familia, como aquella vez que preparamos el patio con guirnaldas y globos porque Elena le hizo una fiesta de cumpleaños a Valeria (así era Elena, ella decidía y todos quedábamos envueltos en su torbellino de actividades) y Cristina estaba feliz y empezó a tirarme agua cuando baldeábamos el patio y yo a ella y cuando corría y abrazó a mi viejo para esconderse detrás de él siempre riéndose y él que resultó mojado fue mi padre y yo nunca lo vi retirarse así... junto a Cristina porque ella era como una música cuando estaba en mi casa... y yo le presté una remera mía y se quedó al cumpleaños y le ayudó a Elena porque "yo no tengo hermanos y estas fiestas me encantan" y otra vez "me gustaría tener una hermanita para que duerma conmigo" y yo le dije "mejor no... son un plomo", y ella estaba alegre... y cuando la acompañé a su ca-

sa me dijo "en mi casa no me divierto, estoy siempre sola y todo es muy frío" y yo le dije "como frío" y ella se rio "mejor que no lo sepas". Cristina y yo cuidábamos el jazmín que plantamos y que fue creciendo y desarrollando sus ramas...

!Qué días, Cristina!

Pero a mí me quedó rebotando en el alma la pregunta. Lo intenté con Silvia porque ella debía acordarse de algo:
— Mira lo que se te ocurre, Fernando. Yo era muy chica cuando ella murió.

— Pero te acordás.

Silvia pareció volverse hacia adentro y bucear en alguna profundidad dormida... desenterró alguna imagen... alguna frase...
— Eran días felices... yo de la mano de mamá, comprando en el almacén y Marcos alzado... yo de la mano de mamá y tomábamos un helado y Marcos en el cochecito... me llevaba al jardín... mamá tenía una cadentita de oro con una cruz que Marcos tironeaba... papá la besaba... yo recuerdo que papá la besaba y yo me ponía al medio. —Silvia se quedó pensando con la mirada perdida en los recuerdos— Deja de jorobar Fernando, para que esto ahora... con todo lo que tengo que estudiar.

— Decime una cosa, Silvia, ¿de qué murió? Cuando murió?
— Como, ¿no lo sabés?
— No.

— Como no lo vas a saber.

— No lo sé. Nadie me lo dice.

— Murio cuando vos naciste.

Fernando sintió un dolor parecido al que debe dejar un puñal cuando se clava.

— !?Como cuando yo nací, querés decir en el parto?!

— No grites. No hagás tragedia, haceme el favor. No sé más, yo tenía sólo cinco años, no sé los detalles. Vos viniste chiquito, pero ella no volvió más.

Eso era. Sentí un vacío brutal... eso era... el silencio que me rodeó siempre... la ausencia eterna... toda la vida para pagar...

Con noviembre se acabó la escuela y gracias a Cristina mis notas fueron buenas. Mi padre firmó la libreta y me dijo que ya no estaba castigado y podía dejar de trabajar en la ferretería.

— No quiero dejar la ferretería, papá. Me gusta el trabajo.

Me miró sorprendido.

— Siempre haces exactamente lo contrario de lo que uno espera. ¿A quién le puede gustar ese trabajo durante el verano?

— Déjame seguir. Aprendo más allí que en toda la escuela junta. Algunas cosas las manejo yo y don Andrés ha cambiado otras por iniciativa mía... ahora no quiero dejarlo.

— Bueno, no hay nada de malo en trabajar... pero la escuela la terminas, ¿está claro?

Elena armó una navidad de colores. Se opuso a que fuéramos a comer a un restaurante como siempre hacíamos e insistió para que estuviéramos en casa. "Son fiestas de familia y no hay por qué andar por ahí". Papá cedió. Elena, como siempre, repartió el trabajo y ya estábamos todos con las manos ocupadas. Yo no recordaba que antes hubiéramos tenido un árbol de navidad tan bonito. Pero a mí me había quedado la pregunta como una flecha clavada: "cuando vos naciste... cuando vos naciste... ¿qué nacimiento fue el mío que traje la muerte a cuestras?"

— Fernando — la voz de ella, suave como mi pena — vamos a ver el jazmín.

En enero Cristina se fue al mar con su familia. Todo un mes sin verla, apenas una postal con pocas palabras: "sería más bonito con vos". Pero yo tenía otra cosa en la cabeza. Cuando ella volvió en febrero, nos encontramos una tarde para caminar por cualquier parte como hacíamos siempre. Cristina me contó de la playa, del centro, de los espectáculos... "¿Y de los muchachos?" le pregunté insidiosamente. Note una sombra que se cruzó por su mirada. Por un momento bajó los ojos y volvió su rostro a otra parte. Después me miró con una sonrisa y me dijo:

— Sólo vos, Fernando.

La besé. La besé para eliminar la sombra de su mirada, pero jamás desde ese momento pude disiparla.

— ¿Fuiste a ver a tu tía?

— Sí. Pude ir una semana.

— ¿Y? Fue mejor o peor?

— Mirá—le dije mostrando la cadenita con la cruz—, tía Ángela me la dio, me dijo que mi madre siempre la llevaba puesta porque le gustaba mucho... que su padre se la había regalado para los quince... y me dijo "que tu papá no la vea porque la va a reconocer... tu mamá la olvidó aquí poco antes de morir" ahora yo la tengo y es como tener algo de ella... también vi algunas fotografías.

— ¿Cómo te sentís ahora?

Pensé. No tenía una respuesta. No estaba seguro de qué buscaba.

— Raro. Murio después de mi nacimiento por una infección

que le dio. Tiene un nombre eso.

— Con un marido como tu padre...

— El no estaba aquí. Se había ido a un congreso y el parto se desenlazó de golpe. Eso me contó mi tía. Me llevó con ella dos meses porque había nacido Enrique y nos crió juntos, pero después mi papá me fue a buscar y discutieron por ese berretín de mi viejo de no querer hablárnos nunca de ella... como si yo hubiera nacido de un repollo.

— ¿Y ahora, hablaste con él?

— No. Es difícil hablar con mi padre. Siempre discutimos. Además le prometí a mi tía no decirle nada, no quiero que se peleen por mi culpa. Ella me dijo que hubo muchas peleas por eso y que decidió no meterse más. "Después de todo él es tu papá y él decide".

— Tenés la cadenita, Fernando. Ya tenés mucho de ella.

— Y también tengo su muerte.

Febrero y el club con Cristina. La plaza con Cristina. Las sietas con Cristina en la sombra del parque. Las tardes con Cristina en el patio de mi casa. Cristina jugando a las escondidas con

Pablo. Mi padre la miraba con ternura. Cristina armando un cas-tillo con ladrillitos para María Inés. "Son los hermanos que yo no tengo", muchos años más tarde también serían sus herma-nos... Cristina bailando conmigo en las fiestas del grupo del normal "porque vos sos de los nuestros aunque estes en otra es-cuela", Cristina en mis brazos y yo la besaba con adoración, fe-brero y con los muchachos del club... Cristina jugando tenis... fe-brero de amistad para divertimos, febrero para contarnos nuestros sueños, para discutir de chicas, de sexo, del mundo... febrero para crear en nuestro futuro...

Marzo trajo las clases y otra vez la tortura de los libros. Pero ese invierno traería otra clase de frío...

Fernando estaba ocupado entre la ferreteria y el colegio, pero notó que Cristina empezó a espaciar sus llamadas...

— No siempre puedo salir. Tengo que estudiar... a veces no me dejan... —La sombra en su mirada— Tengo que irme.

— Algo te pasa, Cristina. Yo no te voy a obligar a nada. Pero quiero que sepas que siempre que me necesites yo voy a estar con vos. Para lo que quieras. Contá conmigo.

Ella lo miró sorprendida. Cuando esperaba un reproche se encuentra con una mano tendida... eso era Fernando. Eso iba a ser Fernando para toda su vida: un montón de ternura abrazán-dola para que ella llorara sobre su hombro, sin preguntarle na-da... acariiciándola dulcemente.

Algo pasaba, no entre ellos, alrededor de ellos. Algo los esta-ba separando, interponiéndose. Fernando lo percibía en lo fugaz de los encuentros, en lo esquivo de sus miradas, en los domin-gos sin Cristina.

Se convenció un día en que Cristina y su madre fueron a la fe-rreteria a comprar pintura. Fernando cargó los tarros en el baúl y ella se quedó junto a él, pero su madre le lanzó una mirada de rencor y desprecio.

— Cristina, es por tus padres ¿verdad? Ellos se oponen. ¿Es eso?

Ella lo miró intensamente como solía hacerlo desde siempre. — Es eso... y mucho más, Fernando.

El frío se hizo sentir aquel invierno. Los chicos se enfermaron varias veces y Elena los atendía con toda su paciencia. Los domingos fríos sin Cristina eran una gris tristeza en la mirada de Fernando, en los silencios de Fernando, en la espera sin palabras.

— ¿Te peleaste? — Marcos le preguntó mientras se acostaban.

— ¿Con quién me tengo que pelear?

— Como Cristina ya no viene y vos no desaparecés...

— ¿Y qué...? ¿Acaso tiene obligación? Ella nunca fue mi novia...

— ¿Ah, no? Bien que lo parecía. Vos sos un raro, Fernando.

Hacia la mitad del año Silvia se recibió y su padre estallaba de orgullo. Silvia era la pequeña hija perfecta que él mimaba tanto porque sólo le brindaba alegrías. Era delgada, parecida a Marcos con su tez blanca, sus ojos claros, su cabello ondulado. De modales discretos, muy retraída, pocas veces intervenía en los asuntos de la familia y tenía pocos amigos. No se interesaba por otra cosa que no fuese su carrera y había decidido seguir los pasos de su padre en cuanto a la especialización. Recibió felicitaciones y agasajos. Fernando la abrazó tiernamente... pero él la veía con más profundidad, como si pudiera observarle el lado del corazón que ella no mostraba... Silvia se daba cuenta. Al muchacho no se le escapaba que una cortina de éxitos tapaba un alma solitaria y expectante... varios años después esa mirada la salvaría.

Cristina caminaba silenciosamente a su lado. No estaba contenta, parecía con la mente puesta en algo que le pesaba. Las vacaciones de invierno se aproximaban y ella viajaría a la capital con sus padres. Ese viaje parecía ponerla muy triste. Fernando no le preguntó nada. La atrajo hacia sí por la cintura y le conver-

só de mil cosas distintas como se hace con los enfermos a quienes no se les habla de su enfermedad. Creía ayudarla así. Cristina apoyó la cabeza en su hombro y se dejó estar. No veía la forma de escapar de su condena.

— ¿No quieres venir el domingo a casa?

— ¿Por qué? ¿Hay algo especial?

— Es una comida en honor a Silvia. Van a venir compañeros de ella.

— No. El domingo viajamos.

Fernando sufría porque intuía que Cristina no sería suya, pero nada hacía ni decía. No imaginaba qué forma podría tomar el destino para quitársela... de qué se distrazaría para arrebatársela de su lado... pero adivinó que algo se estaba preparando para sorprenderlo...

Después del viaje Cristina se mostraba más angustiada. Parecía haber perdido la alegría que Fernando necesitaba de ella. Era como si una niebla interior le opacara la mirada silenciosa que él podía entender. Sin embarco siguieron encontrándose en sus largos paseos de las siestas bajo los árboles, sentados contra un tronco, caminando sin rumbo, hablando de cosas... "para no morir" le dijo ella una vez.

Pero esas salidas también empezaron a espaciarse. Casi un mes sin que sonaran los teléfonos, como si una barrera infranqueable para ella se hubiera cerrado definitivamente... él la esperaba con paciencia.

Su padre lo llamó al escritorio. Eso era preocupante porque el escritorio era para tratar asuntos graves.

— Mira, Fernando. Quiero que entiendas bien esto: tenes que dejar de ver a Cristina.

La sordidez de la orden lo dejó sin palabras. Su padre continuó: — El ingeniero Smith me llamó al consultorio para decirme que por favor te lo comuniqué. Tiene planes para su hija y te pide que la dejes tranquila.

Entonces comprendió los silencios de Cristina. Las sombras en sus miradas... los viajes sin explicaciones.

— Yo te entiendo, porque Cristina es un ángel, pero su padre es más bien un demonio y si vos te ponés en su camino... te va a sacar de cualquier forma. Yo conozco a ese hombre... todos sabemos cómo es... y cómo hizo su dinero.

— ¿Por qué te metió a vos en esto? Yo ni siquiera lo conozco.

— Pero él sabe bien de vos. Ese tipo está enredado con gente muy... temible. Y tiene ambiciones fuertes. Así que cuidate, Fernando. A él no le va a importar despedazarte si te cruzás en sus planes. El llamado tenía bastante de amenaza.

— ¿Qué planes tiene para Cristina? ¿La va a vender como esclava?

— No sé, no se lo voy a preguntar. Lo único que te digo es que terminés esos paseos y esas salidas con ella. —Trató de consolarlo— Tenés nada más que dieciocho años y ya vas a encontrar otras chicas. Así que no hagás problemas... no quiero líos con tipos como él. Tiene compromisos, gente con poder y sabe usarlos...

— Pero, papá... no pueden tratarnos como marionetas... no es tan fácil para mí desprenderme así nada más. Yo la quiero... — Basta, Fernando. No es con Cristina este asunto. Yo no quiero problemas, y no voy a permitir que te metas en líos. Vos no podés desafiar a esa gente. Son peligrosos.

Una pausa. No podía comprender qué clase de gente, qué clase de peligros. Su padre le hablaba como si él estuviera cometiéndolo un delito condenable, como si en vez de tratarse de Cristina se tratara de un crimen...

La siesta solitaria en la plaza, en un banco sombreado. Camino solo buscando consuelo para este atropello sin explicaciones. La extrañaba, se quedó contemplando la quietud de la plaza en el aire tibio de la siesta... planes... se resignarían a ser parte de quienes sabe qué planes ajenos. La extrañaba... después de todo él ya sabía. Lo había estado adivinando... casi lo había estado esperando. Pero ahora su ausencia era una realidad angustiante y difícil. Siempre las ausencias llenaban su vida... el mundo era incom-

prensible, es como un juego agresivo que siempre lo golpea en la parte más dolorosa... su única compañía citrada en la soledad... Entonces la vio. Como aquella primera vez, la tibia siesta acunó el silencio de la calle. No se habían buscado, pero se encontraron. Apenas se vieron para entregarse con desesperación en un abrazo que fundiera sus cuerpos. No se dijeron nada... silenciosos volvieron a sus largas caminatas y a mirar las formas de las nubes tirados en el césped, abrazados. Se besaron largamente porque ambos vivían el final. No mencionaron el amor, tampoco el dolor. Solamente hablaban y reían de cosas para no pensar en la desdicha... sentados contra el tronco de un árbol en la plaza. Se reían y se besaban... Vieron un patrullero estacionarse frente a ellos...

Cristina llegó agitada y llorosa a la casa de Fernando. La atendió Marcos y ella rompió a llorar en su pecho. Eran las nueve y media de la noche.

— ¡Cristina! ¿Qué sucede? veni... pásala.

Hablaba atropelladamente ahogada de susto y temor.

— Es a Fernando... pero no estábamos haciendo nada y...

Intervino Elena:

— Calmate... trata de contarnos con calma...

Marcos gritó:

— ¿Qué le pasó a Fernando? ¿Dónde está?

— Lo arrestaron. Se lo llevó la policía.

A Elena el horror se le pintó en el rostro. Ella conocía eso y el sólo pensar que Fernando pudiera entrar en la puerta de aquel infierno la hizo estremecer. Marcos prosiguió:

— ¿Por qué lo arrestaron? ¿Qué hizo? ¿Sabés dónde se lo llevaron?

— Ellos no necesitan causas —la voz de Elena—. Si quieren se lo llevan.

Marcos miró a Elena y empezó a entender. Cristina quería aclarar.

— No hizo nada. Estaba conmigo. No dijeron por qué se lo llevaron. Lo esposaron contra el árbol y lo subieron al patrullero. En ese momento entró el doctor. Cuando vio el panorama de

su casa supo que Fernando! Dios santo! estaba en llos. Se estre-
meció. Sus palabras eran rabia y angustia mezclados...
—! Le dije que le iba a pasar! Le previne que... harían cual-
quier cosa! Pero él tiene que obstinarse, hacer lo contrario siem-
pre, se busca los problemas...

Elena se plantó delante del doctor:

— Deje de gritar así. Ni siquiera sabemos por qué está allí.
Esa gente no sabe de inocentes ni culpables. Lo único que en-
tiende es su antojo—hizo una pausa—. Ahora pensemos cómo lo
podemos sacar. En eso preocúpese.

Cristina estaba consternada. Ella intuía la oscura mano de su
padre en esto, pero no la asociaba con las cosas que decía Elena.
?A qué se refería con "esa gente"?

El doctor se pasó la mano por la cara. Sintió temor... nunca se
sabía el final de estas complicaciones... Marcos tomó la iniciativa:
— Voy a buscar a Germán y vamos a la policía con él.

— Llevá a esta niña a su casa—dijo—, yo lo llamo a Germán y
le aviso que vas a pasar a buscarlo.

Elena tuvo miedo. Resonaban en su recuerdo los gritos, los
portazos, las botas golpeando sobre el piso de piedra. Tuvo mie-
do. Recordaba las sirenas, los palos de goma, los revólveres con-
tra las cabezas, la gente acostada en el piso... Volvían a su me-
moria los sonidos que había tratado de olvidar, dolían de nuevo
las heridas que querían abrirse... pero dolían más, porque do-
lian en la piel de Fernando.

Marcos volvió dos horas más tarde para decir que no pudie-
ron hacer nada. Que había que esperar hasta el día siguiente.

— Pero está allí?

— Sí, pero no pudimos verlo. Germán dice que ese oficial es
un cretino. Lo conoce y ha hecho varias cosas... ¡odidas. Está a
cargo porque el comisario no está.

Marcos se tiró en la cama sabiendo que no podría dormir...
entonces es cierto lo que decían los muchachos esos en la facul-
tad... esos de los panfletos que pedían "democracia"... Y que

hablaban de "derechos humanos". El nunca les había llevado el apunte porque siempre le pareció que esas cosas no le incumbían... que no le tocarían de cerca... a él poco le importaba quien gobierna... estudia, le va bien y su padre lo marca de cerca.

Fero mirando la cama vacía de su hermano tuvo miedo... No, no puede ser tan así... seguramente exageran o inventan... mañana Germán lo va a sacar.

Fero también había visto que Germán se puso pálido y le había preguntado si Fernando participó en algún centro de estudios, alguna marcha o cosas así. No, Fernando no. Ni sabe de eso. "Entonces no se por dónde encarar el asunto... aparentemente no hay cargos..." y él: "Yo no sé, Germán... no me puedo imaginar...". Pero ahora recordaba Marcos a esos muchachos que hablaban de "desaparecidos" y otras palabras más que él no entendía. Repartían a escondidas papeletos que pedían "derechos políticos" y Marcos se preguntaba para qué... a mí no me hace falta eso... y ahora Germán se quedó con las manos atadas porque a ese oficial no se le dio la gana... "por lo menos déjenos verlo" le había pedido y el oficial "es mejor que se vayan, vuelvan cuando este..." No, seguramente a Fernando no le pasaría.

Fernando fue arrojado en un calabozo. Preguntó varias veces por qué lo arrestaban y le contestaron que se mantuviera callado. Era una sala alargada y oscura con una hilera de celdas. Sólo una estaba ocupada por otra persona. Se quedó sentado en el camastro con la cabeza entre las manos. Seguramente en un rato vendrían a buscarlo... cuando Cristina les avise... papa o Marcos. No lo dejarían allí toda la noche. Fernando se tocó el cuello y se acordó que había visto caer la cadenita de su madre, cuando lo esposaron y no pudo recogerla. "Me abandonaste, madre". Lamento profundamente que ese recuerdo se perdiera... "ya no la voy a recuperar..."

— Hola, viejo... está difícil el laburo.

Miró hacia el lugar de donde provenía la voz y celda de por medio vio un muchacho tan joven como él.

— Qué laburo?

— ¡Vamos! Estarás acá por ser del oficio.
— No sé por qué estoy acá.
— Ah no? No te hagás el bonito conmigo. A mí me enchufaron por robar en un supermercado. ¡Gran cosa! Me estaba afeitando un par de zapatillas.
— Y te pescaron. No te irán a joder mucho por un par de zapatillas.
— Dependende... si están de buenas o tienen otros casos que les importan más, hasta me largan... si están aburridos hasta me puede ir mal...
— ¡Nunca se sabe!
— ¿Has estado aquí antes?
— Quién no... ese es mi trabajo.
— ¿Robar?... ¿Por qué no laburás y te comprarás las zapatillas? El joven ríe.
— Mira que sos piola vos... ¡Qué fácil! A ver... y por qué no laburás vos... o estás aquí por cosas... mayores.
— Ya te dije: no sé por qué estoy acá... debe haber algún error... seguramente ya me van a venir a buscar.
— ¡Silencio! —gritó el agente— en esta cárcel rige la ley del silencio. ¡Pobre del que hable! ¿Entendiste, pibe? ¡Mudito!
— ¡¿Entendiste?! —gritó con voz amenazante.
— Sí, señor.
Después la noche inmensa y larga. La noche tiñendo su coloración.

Germán Monterrey era sobrino del doctor, hijo de su único hermano don Agustín Monterrey. Un muchacho de unos treinta años, abogado con cierta trayectoria, siempre cariñoso con él y sus hijos. Germán atendía todas las cuestiones de papeles de su tío y tenía un estudio junto a un contador y una escribana. El doctor le tenía especial aprecio.

Esa mañana había vuelto a la comisaría por Fernando... lo tuvieron a las vueltas y finalmente no pudo verlo ni tampoco pudo saber qué cargos pesaban sobre él. Conversaban en el estudio con el doctor y Marcos.

— No sé por dónde encarar esto...

El doctor, cuyo rostro manifestaba la angustia y el desvelo, le

dijo:

— Buscalo por el lado del ingeniero Smith.

— ¿El de la construcción?

— El mismo. Fernando y la piba de él andaban juntos desde hace tiempo. El tipo empezó a oponerse pero estos tercios sigue-

ron con la suya...

— Se la buscó lindo Fernandito. Ese tipo es jodido. Esta muy prendido...

Se quedaron en silencio. Marcos estalló con indignación: — Pero no pueden arrestarlo por eso. Eso no es un delito. Tiene que haber algún cargo... ¡Hay leyes! — Y por primera vez en su vida — ¡Hay derechos!

German lo miró con una sonrisa irónica:

— ¡Derechos! No conocés el país en que vivís... ni el gobierno que tenés. — Tras una pausa — De todas formas no nos vamos a quedar así. Hay una cosa que podemos hacer: Marcos, busca a la piba... tratá de que yo pueda verla... que venga lo más pronto posible acá. Si es por ese lado, la chica puede ayudarnos.

— La voy a enganchar a la salida de la escuela.

German añadió:

— Hacelo urgente. Necesito hablar con ella... si a Fernando se lo llevan de Quinteros, se va a poner difícil... ocurren cosas increíbles.

Marcos palideció. Es cierto entonces, ahora empezaba a entender ciertas palabras... "prepotencia"... "opresión" y el miedo se fue metiendo como un hilo de agua para crecer en un torrente... "desaparecidos". El las había escuchado en la facultad casi en secreto...

German lo sacó de sus pensamientos.

— Vuelvo a la policía. Voy a insistir en que se expidan con una acusación concreta. Entonces podré pelearlo. Voy a presionar por ese lado.

Marcos interceptó a Cristina a la salida del colegio. Ella trató de esquivarlo pero él fue firme. Después vio dos tipos mirándolo lo en forma amenazante:

— Cristina, si vos no ayudás, a Fernando no lo vemos más. ¡Por favor! Tenés que ir a esta dirección — le pasó la tarjeta — escapate, hacé algo porque no lo podemos sacar de allí. La mano viene por tu viejo y sos la única que puede ayudarlo. — La tomó por los hombros y la miró con firmeza — Cristina: Fernando está en peligro. Y se fue.

Fernando se sumía en la desesperación. No sabía por qué lo tenían encerrado, no entendía que su padre no lo hubiera sacado ya. Estaba preso como un delincuente sin entender su delito. Tampoco se le ocurrió que Cristina tuviera que ver con esto. Su padre le había prevenido que lo destrozarian... pero no le veía relación con la policía.

Perdió la noción de los días que llevaba allí porque el tiempo se le transformó en una lacera angustia de minutos eternos. Lo llevaron por pasillos hasta una oficina. Allí había una mesa con papeles tras la cual un hombre pequeño, con ojos redondos y saltones, con bigotes y delgado lo miró como se mira algo que fastidia. Sintió la prepotencia y el desprecio y se irguió movido por su dignidad.

— Firma este papel —le dijo el hombre alcanzándole un escrito a máquina.
Fernando empezó a leer el escrito. El hombre le habló en forma autoritaria:

— No te dije que lo leas, te dije que lo firmes.

El hombre trataba de asustarlo, pero Fernando lo miró con calma y se tomó su tiempo.

— No firmo nada sin leer primero.

Y leyó. Algunas palabras se clavaron como dardos... "delito de violación a la señorita Cristina Smith"... "maltrato físico y moral"... "abuso de menor"...

Fernando comprendió todo y vio la trampa como si un rayo iluminara la oscuridad. Recordó las palabras de su padre... "despedazarte"... "sacarte del medio". Estalló en su corazón una indignación que al crecer lo llenó de fuerzas. Se sintió víctima de un engaño que jugaba con él y con Cristina para manchar el más puro sentimiento. Sintió rabia porque entendió que... ¡jugaban sucio.

Entonces, sin inmutarse, con una calma burlona, casi con una sonrisa, tomó el papel lentamente, a la altura de los ojos saltones lo rompió en dos, en cuatro, en ocho, en un montón de pedazos y lo arrojó a la cara del hombre que estaba frente a él. Sabía... estuvo seguro de que habría de pagar por la osadía. Pero también

sabía que habría de salvar vivo para siempre el amor de Cristina en su corazón como salva la luna en el cielo.
Trató de cubrirse la cabeza y entregó su cuerpo al bastón de goma que empezó a golpearlo... golpeó los codos... golpeó las rodillas... golpeó sus espaldas... golpeó el pecho... golpeó las piernas... nuevamente la espalda, las costillas... el estómago... golpeó... golpeó... golpeó...

Después lo arrodillaron contra los barrotes de la celda y lo esposaron con los brazos hacia atrás. Fernando estaba semi desmayado. El hombre pequeño de ojos saltones le decía cosas que él ya no escuchaba. No supo cuánto tiempo estuvo en esa flagelante posición. En un momento reaccionó y su cuerpo era una masa informe, era una masa doliente sin una localización precisa punzando cada centímetro y haciéndole difícil la respiración. Los miembros adormecidos por tan atroz postura. Trató de enderezarse apoyando la cabeza contra los barrotes para aliviar la presión que sentía sobre sus brazos, pero la espalda lo torturó de tal forma que apenas conseguía respirar. El dolor en todo su cuerpo se le hizo insoportable. Abrió los ojos, estaba la sala oscura a excepción de una lamparita azul en un rincón. Lo atormentaba la boca empastada y la garganta seca. El silencio era abismal. Vio en el rincón de la lamparita a un agente. La desesperación de la sed y el dolor lo volvían loco. Se animó a llamarlo, lo hizo muy bajo porque tuvo miedo a nuevos golpes.
— Por favor, dame agua —la cara pegajosa, los labios hincharse—? No puede darme agua? Me muero de sed.
El agente se acercó. De nuevo el temor.

—? Vos sos el pibe Monterrey?
— Si.

Salíó de la sala y volvíó con un jarro de agua. Le dio de beber y también le echó en la cara.

— Gracias —dijo Fernando— gracias.
El policía lo miró con lástima. Dijo:

— Lo hago por tu viejo, no por vos. El operó a mi padre y lo salvó. Somos pobres, pero tu viejo en el hospital nos atendió co-

no me olvido. ¡Lástima de hijo: violador nada menos!

Fue como si le cortaran todos sus tendones y ya no pudiera sostenerse. Cerró los ojos y pensó en su padre con desesperación...eso estarían diciéndolo por la calle... esas cosas estarían estallando en sus oídos... ¡Dios mío, papá!... cómo te voy a explicar que nada es cierto... cómo voy a hacer para que me escuches... para que me dejes decirte que yo jamás haría algo así... vos no lo creés, ¿verdad? no creés eso de mí.

Pero, cómo hacer para no herirte... para no hacerte daño... por qué tengo que pagar así cada empeño mío...! te amo tanto, papá! pero yo sé que no me vas a escuchar... yo sé que tu enojo, tu dolor va a ser más poderoso que mi súplica... cómo te hago entender que Cristina es más que una chica para mí... ella es todo lo que yo puedo amar sobre la tierra y la hubiera renunciado si sólo hubiera sabido que este daño caía sobre vos, la hubiera dejado sólo para que me quisieras, papá... pero ya es tarde y me imagino lo que vos estás sufriendo... este hijo tuyo tiene que pagar algún delito ajeno... anotado en algún punto del infinito... y te arrastra cada vez que se mueve... yo sé, papá... yo entiendo... vos la amabas, amabas a mi madre y yo te la arrebaté... pero yo quisiera poder explicar mi inocencia... y que vos me expliqués el mundo éste que no acabo de conocer... que no me da lugar para que yo te ame y vos y ame a Cristina... yo sé que no te voy a explicar nada porque vos no me vas a escuchar... a lo mejor alcance a decirte que lo último que quisiera en toda mi vida es herirte papá... y es lo que más hago...

Cristina llegó a su casa atribulada. Cuando se enteró de los cargos que pesaban sobre Fernando estalló de ira. La imagen de su padre se hacía ariscos como un cuadro que cae de las alturas; era como quedarse huérfana... peor aún porque no le quedaba ni siquiera un recuerdo. No podía perdonar semejante zancadilla en las cosas más bonitas de su vida.

Encaró a su padre, estaba confundida. Había un mundo que el manejaba y que a Cristina se le ocurrió monstruoso.

— Dejá libre a Fernando, papá—gritaba y al mismo tiempo le corrían lágrimas—? Por qué me haces esto? Siempre manejando mi vida a tu antojo.

Su padre la miró y la dejó hablar. No se inmuto, lo tomó más bien como un desahogo. Cristina estaba al borde de la desesperación:

— Sos un maldito, papá... y mientras viva no te voy a perdonar esta maldad... sólo mirás tu egoísmo.

El señor Smith permaneció sin alterarse... La muchacha cayó de rodillas e imploró:

— Por favor... dejalo libre... no le hagás eso porque lo pueden matar ahí dentro... él no me ha hecho nada, al contrario... te lo ruego...

Entonces contestó con calma, era el dueño de la situación: —?Acaso yo lo tengo prisionero? Es un asunto de la policía, no mío.

— Vos le hiciste esa infame denuncia.

—?Vos la viste? Acaso yo la firmé?

Había cierta mordacidad en las respuestas:

— Además—prosiguió— si está preso por algo será. La policía no se mete con los que no hacen nada. Así que... mejor para vos. Cristina se rindió. Entendió que había un solo camino para salvar a Fernando: inmolarse. No podía contra ese muro de piedras que era su padre. Dejó de llorar, ya no gritó, pero temblaba de ira cuando habló:

— Está bien. Lo vamos a hacer a tu manera: hagamos un trato. Yo me caso con ese tipo, Paul, que me presentaron en la costita, y vos hacés algo para que Fernando salga libre. Te juro papá, el mismo día en que Fernando salga, lo llamo... y cuando ustedes dispongan armen el casamiento. Pero no habrá nada hasta que Fernando esté en su casa.

Todavía el ingeniero Smith no se inmuto. Ganaba la partida, como siempre. El ganaba todas las partidas con todos los que jugaba porque sabía apretar sin escrúpulos allí donde los otros no podían hacer nada. Cristina era su única hija, era bella, inteligente e ingenua. El hijo de su prima, Paul Phillips, se había interesa-

do en ella... y Paul y su padre eran dueños de empresas importantes. Cristina sería el pasaporte para dar el gran salto que tanto ambicionaba: se irían a vivir a Europa y él ya vería la forma de ir enredándose con esas empresas hasta llegar a conducirías... al menos en parte. Además, ¿acaso le hacía algún daño a su hija? De ninguna manera. ¿Qué mejor candidato que Paul Phillips? Cualquier chica de Quinteros se moriría por un muchacho así... ya se va a olvidar del mocososo ese... peón en una ferreteria... ¡no faltaba más!

Su madre trató de consolarla:

— Es por tu bien, hijita, vas a vivir como una reina... en una casa fabulosa, viajar en cruceros, vas a ir a fiestas con gente importante, te vas a vestir con los mejores modistos y además, Paul, ¿qué tiene de malo? es joven, rico, muy buen mozo... y te quiere. ¿Podés pedir mejor suerte, hijita? ¿Qué más quieres?

Cristina la miró con odio:

— ¡La libertad de Fernando! —Y cerró la puerta de su cuarto violentamente.

Elena entró al escritorio sin golpear. El doctor estaba casi en penumbras con los ojos cubiertos, la cara apoyada en su mano. Estaba sentado en el sillón giratorio frente a papeles en los que no había podido concentrarse. No la oyó. Ella se acercó despacio.

— ¿No va a cenar?

Recién notó su presencia y la miró. Tenía los ojos enrojecidos, respiró hondo para contener el temblor:

— No, atienda a los niños.

— Ellos están atendidos. —Elena se sentó a su lado y le habló con suavidad tratando de reanimarlo— Vamos, don Francisco, todo va a salir bien. Ya German logró el juicio.

La voz de ella era como un bálsamo para su angustia.

— ¿Sabe lo que andan diciendo de Fernando? Vio el diario Elena? —levantó un poco la voz— Tiene idea de cómo me miran en todas partes? ¡Tenía que ser él!... ¡Toda mi vida luchando... con dolor... con soledad... y ahora esto! —El doctor se puso de pie— ¡Por qué tuvo que salir en el diario!

Elena también se puso de pie y lo miró de frente:
— ¡Usted no está pensando en Fernando! ¿Sabe lo que él está sufriendo ahora? ¿Cómo cree que se siente? Es apenas un chico...
— Lo suficientemente grande para saber lo que hace.

— ¿Usted cree en esa acusación? Debería creer más en él. No conoce a los suyos doctor, no conoce el corazón de sus hijos. Fernando se dejaría matar antes de hacerle daño a esa muchacha. La adora.

El la miró en silencio. Después se volvió a sentar:

— Usted no entiendo, Elena. Eso no cambia nada, igual estamos en boca de todo el mundo burlándose de esta familia.
— Entiendo lo que usted siente, pero a mí me preocupa Fernando. Eso debería desvelarlo, no los chismes.

Ella había puesto tanta vehemencia en sus palabras que don Francisco sonrió. Elena siempre era aliente en la casa y saberla presente tranquilizaba, calmaba, daba una inexplicable sensación de seguridad.

— Va a aprender. —Hizo una pausa— Estoy agitado, Elena, necesito descansar. Por favor, lléveme un té a la cama, bien caliente. Quizás esta noche pueda dormir un poco.

— En seguida se lo alcanzo... después que acueste a los niños. Descanse, doctor, está muy pálido, le hará bien descansar. Don Francisco quedó de pie mirándola.

— A usted también. Le agradezco que se preocupe tanto por nosotros. —Elena se detuvo en el umbral de la puerta.
— ¿Por qué me dice eso? Me ofende... yo vivo la felicidad de sentirme parte de esta familia. ¿De qué otra forma hubiera podido vivir?

— Para mí sigue siendo un misterio.
Ella permaneció un instante seria. Después dijo con ojos chispeantes:

— Ya podemos estar más tranquilos, pronto Fernando estará en casa. Germán me pidió ropa de él, así que las cosas se están arreglando... ¡He temblado tanto por este chico! ¿Sabe usted que tiene un hijo muy especial?... Está muy pálido, doctor. ¿Se siente mal?

El se apoyó en el escritorio y respiraba con dificultad. — Me voy a la cama. Dígame a Silvia que quiero verla. — El sentimiento le había opacado la mirada: nadie como él conocía lo que significaba ese dolor en el pecho.

— Sí, doctor... en cuanto llegue le digo. — Y se quedó mirando al pie de la escalera, preocupada.

En algún momento, no sabía Fernando si de noche o de día, le quitaron las esposas y lo tiraron en la cama. A pesar del dolor y el maltrato, el agotamiento pudo más y se durmió. Lo despertaron, lo condujeron a unas duchas y le ordenaron bañarse. Dijo que algo pasaría porque allí había ropa limpia que le pertenecía, de modo que había una presencia de su casa.

Después lo llevaron esposado en un patrullero. Cuando bajó, el sol le dio de lleno en la cara encandilándolo. En la puerta del edificio había gente que le decía cosas o lo miraban con curiosidad, pero él no escuchó. Lo entraron en una sala pequeña con un estrado al frente y junto a una mesa al costado derecho vio a Marcos y a Germán. Casi corrió hacia ellos, pero el guardia no lo dejó. Le sacaron las esposas y lo sentaron en una silla detrás de una valla. Entonces Germán se acercó:

— Animo, Fernando. Hoy te saco de este infierno.

— ¿Qué es esto, Germán? ¿Qué van a hacerme ahora?

— Un juicio. Mejor dicho un simulacro de juicio para darle algún viso de legalidad a este engorro.

— No entiendo nada. No entiendo que significa esto ni por qué estoy preso. No entiendo toda esta porquería.

— Calmate, Fernando. No ha sido fácil, así que trata de hacer lo que yo te diga...

En ese momento entró Cristina con dos personas que Fernando no conocía. Cuando se vieron se quedaron con los ojos clavados en el otro, con las miradas puestas en el alma. Se los veía quebrados, con los rostros demacrados y la amargura en cada gesto. Pero sus miradas fueron tan intensas que pusieron silencio a los murmullos de la sala. Cristina avanzó con las dos personas hacia la mesa de la izquierda.

Entró un juez y empezó lo que para Fernando fue una suerte de teatro porque cada uno representaba un rol. Ya había aprendido la clase de mundo hipócrita en que se estaba moviendo que le ponían y le sacaban cualidades y defectos a gusto y acomodo de los que hablaban... Cristina y él eran dos muñecos de trapo para ser colgados donde más les apeteciera a los dueños de ese mundo de maldades que les manejaban sus vidas. No tenía la menor importancia la verdad: era la lección que acababa de aprender.

Era un malabarismo de palabras altisonantes que daban vuelta los significados para un lado y otro como si fueran guantes que se acomodaban a las manos de los que hablaban. Ni Cristina ni Fernando escuchaban. Se debatían entre la confusión de sus cabezas y el estallido angustioso de sus corazones que tan de golpe habían crecido.

Lo llamaron a declarar. Empezó un ping-pong de preguntas que contestó mecánicamente; el otro: "Por qué lo echaron de la escuela" Germán: "protesto..." el otro: "cuánto hace que conoce a la señorita..." Fernando: "desde los catorce..." el otro: "dónde iban..." Fernando: "Por ahí" el otro: "Sea más preciso" Fernando: "... " el otro: "Ha tenido relaciones íntimas con la señorita Smith" Fernando: "A usted qué le importa" el juez: "Conteste la pregunta" Fernando: "no", el otro... el juez... Germán... Fernando... el otro: "no más preguntas".

Entonces Germán se acercó a él y le dijo: Fernando, decíale al juez cuáles son tus sentimientos por Cristina.

Cerró los ojos. Trató de encontrar las palabras que pudieran expresar aquella cosa blanca y luminosa que significaba Cristina. Esa melodía perfumada que ella había puesto en su corazón durante tantas horas compartidas... Fernando no se dirigió al juez: — Cristina — dijo en voz alta — te veo allí tan destrozada como estoy yo. No sé qué te han hecho pero me doy cuenta de que nos van a separar. Quizás no podamos vernos otra vez, por eso ahora te voy a decir cosas que nunca te dije. — La sala quedó inmerta en una sorpresa tensa y emotiva—. El abogado quiere saber que siento por vos, es a vos y no a él a quien se lo voy a decir:

yo te amo. Porque vos conocés mi alma y yo tu corazón maravilloso es que te amo. El abogado quiere saber si hemos tenido... "relaciones íntimas". Me acusan de haberte violado y maltratado... a vos... que te adoro como a un dulce sueño. Yo no quiero poseerte, Cristina, yo quiero unirme a vos, unir nuestros cuerpos y nuestras almas, unir nuestros días y nuestro tiempo... unirme a vos más allá de las palabras... por eso nunca te poseería de la forma en que ellos lo entienden... así no... sólo entregándote mi vida para amarte te tendría siempre conmigo. -Feriendo hizo una pausa para ahogar su llanto. La sala estaba en un silencio ceremonial- Pero ellos deciden, Cristina, y ellos ya nos han sentenciado. No sé qué va a pasar con vos ni conmigo. Pero quiero que sepas que pase lo que pase... yo te esperaré siempre con este mismo amor en mi corazón. Porque sólo vos supiste ver mi alma y sólo yo sé escuchar tus miradas.

Suspiró hondo. Con un tono de voz neutro le dijo al juez: es todo lo que voy a decir.

Entonces Cristina se levantó de su lugar y pidió que se le permitiera declarar. Tras algunas preguntas de rigor hechas por el juez, dirigió su mirada al lugar del acusado:

— Fernando, te voy a aclarar lo que está pasando conmigo: mi padre tiene para mí un novio a su medida: con él concretará sus planes de ser un multimillonario. Sali con ese hombre cuando fui al mar en el verano y cuando fui a la capital en julio. Yo no sé si es o no una buena persona... yo sé que te amo a vos y sólo con vos soñaba compartir mi vida. Por eso te arrestaron, para presionarme y fue como si me doblaran el brazo... porque la única forma de sacarte fue entregándome yo. Así que cambié tu libertad por la mía. -Cristina hizo una pausa- Le voy a aclarar al abogado que si vos me hubieras pedido esas "relaciones íntimas" que a ellos les preocupan tanto... yo hubiera dicho que sí. Si no llegamos a ese punto fue porque nunca me lo pediste... porque yo sé que sólo con vos estaré unida porque sos la persona más buena que he conocido en mi vida. -Cristina mostraba dos lágrimas en sus mejillas- Yo no sé qué va a pasar conmigo, pero sea yo del hombre que sea, en el fondo de mi corazón me guar-

daré intacta para vos. Porque yo te voy a amar toda mi vida, por encima y más allá de lo que diga o haga...

Es todo lo que voy a declarar, señor juez.

Todos los que escuchaban quedaron maravillados. Dos jóvenes se habían jurado amor eterno públicamente y desafiando las formalidades, dispuestos a vencer el tiempo, la distancia, hasta la injusticia, desplegando allí, delante de una curiosa audiencia sus corazones para poner la verdad por encima del mundo... algunos años más tarde se recordaría esta escena que a la gente le parecía una realidad más de películas que de la vida porque durante esos días no se hablaba de otra cosa en Quinteros que de una situación de amor tan insólita que daba lugar a las más variadas interpretaciones y juicios que involucraba a dos notables familias del lugar. Todos hablaban de ese amor... todos menos ellos dos.

La leyenda había comenzado.

Fernando fue dejado en libertad. Silvia lo abrazó y cuando él levantó la vista vio que Cristina se marchaba con esas dos personas desconocidas. Entonces quiso correr hacia ella pero Marcos se puso por delante y lo estrechó contra él. Fernando lloró sobre el hombro de su hermano—como volvería a suceder años más tarde— la partida de Cristina.

Salieron. German se despidió.

— Tengo que ir al estudio. Después paso por tu casa... cuidate, Fernando. Dejáte de macanas.

— Gracias, German.

Camminaron los tres hacia el auto. Fernando estaba como alucinado, lo encandilaba el sol y lo aturdira la calle. Su cuerpo doliente apenas lo sostenía de manera que se apoyó en Marcos. Antes de subir preguntó:

— ¿Y papá? ¿Por qué no vino?

Sus hermanos se miraron. Había que explicar. Fernando subió adelante con Marcos. Este conducía despacio:

— Mira, Fernando. Papá ha recibido muchas presiones estos días. La gente le decía cosas... los mismos colegas le insinuaban que... vos sabés. Tu caso salió en el diario en forma escandalosa. Silvia agregó:

— Tuvo que pedir licencia en el hospital. A mí también me dijeron cosas, pero no me afecta como a papá.

— ¿Qué decían? —gritó— que yo soy un inmoral, un violador... eso decían...? Silvia endulzó la voz:

— Calmate, Fernando. Lo que la gente diga no es lo importante. Lo más importante es cómo vas a enfrentar a papá. El esta...

— Enojado.

— Enojado... más bien avergonzado.

Marcos trató de no lastimarlo.

— Tené paciencia, ya se va a calmar. Trata de no contestarle, de apaciguarlo. Sabemos que vos tenés razón... que todo esto ha

sido una asquerosa patraña, pero para él ha sido duro. Entende-

lo, Fernando.

— Dentro de poco la gente se va a olvidar de vos y va a ha-

blar de otra cosa —dijo Silvia tratando de restar trascendencia—

tampoco hay que exagerar.

Llegaron a su casa. Elena lo abrazó con fuerzas porque ella

había tenido miedo. Los chicos lo miraron asustados.

— ¿Dónde está papá?

— En el escritorio.

Fernando presintió que su calvario no había terminado. Le

quedaba lo más difícil... ¡era tan difícil hablar con su padre! Hu-

biera querido abrazarlo, necesitaba los brazos de su padre ro-

deándolo, acariciando su cuerpo dolorido... ¡quiera una vez.

Aunque lo sintiera abrazarlo solamente ese día en que él volvía

hecho pedazos, ese día en que él debió crecer tan abruptamen-

te... pero sabía que no habría abrazo, quizás lo contrario.

— Ustedes dos no se vayan —dijo Elena imperativamente—

hasta ver que pasa... algo no me gusta.

Entró al escritorio y vio a su padre de pie contra la ventana. En

cuanto escuchó la puerta se volvió. Lo estaba esperando. Tenía el

rostro angustiado, cansado por muchas noches de desvelo:

— Papa.

El doctor lo miró unos instantes eternos... le habló en voz baja, tratando de contener el enojo y evidenciando el sufrimiento: — Fernando...! cómo pudiste humillarnos de esa forma!

El muchacho bajó los ojos y soportó las acusaciones.

—!Acaso no te lo previne?!? No te dije que la dejaras tranquila, que te separaras de ella?!? No te dije que era gente peli-grosa?

El doctor intentaba dificultosamente de mantener la calma. Fernando quiso explicar:

— No hice nada... ellos me...

—!Nada!—gritó por fin—!nada! Esta casa se hunde en la vergüenza por tu culpa y vos decís nada!—Un suspiro de impotencia—Qué tengo que hacer con vos, Fernando... Se sintió provocado. Levantó la cabeza y miró airadamente a su padre:

— Escucharme, papá... vos te supones todo y...

— Callate. Ni siquiera levantes la cabeza...! cómo te atreves a hablarme así...!

El doctor había levantado el brazo como para pegarle:

— No papá... ya no... ya he soportado bastante... no es justo... yo...

Pero Fernando quedó inmóvil. Su padre se había llevado la mano al cuello como si no pudiera respirar y caía contra el escritorio. Quedó estático... después vio que Silvia presionaba con las dos manos sobre el pecho de su padre mientras gritaba: "Marcos... llama una ambulancia...! papá se muere...!"

Percibió las imágenes atropelladamente, encimándose unas con otras sin poder deslindar claramente si eran realidad... se confundían con las voces y los llantos... le parecía una pesadilla y todo se mezclaba en su mente y en su cuerpo como si él hubie-ra accionado una neblina extraña que hacía mover a la gente y las cosas sin que pudiera entender el sentido de lo que le estaba pasando... escuchaba voces conocidas y desconocidas... pasos apurados... lo empujaron a un costado... la sirena... Se quedó parado en el vano de la puerta... miraba sin ver, no

podía pensar... no quería pensar... se resistía a comprender. Elena lo tomó suavemente y lo llevó a su cama, allí sentado ella lo abrazó y Fernando lloró en su regazo pensando que así deben ser los regazos de las madres... dulces... hondos... suaves. Elena le acariciaba la cabeza para calmarlo... a él nunca lo acariciaron... lloró hasta que la agitación de su cuerpo dio paso a la calma... y se durmió. Quería dormir para siempre... quería dormir y no despertar... quería borrar de su mente el sufrimiento... sólo lo quería dormir... dormir...

Marcos abrió las ventanas y lo sacudió:

— Levantate, Fernando. Ya es suficiente. Has dormido dos días y te vas a enfermar... bañate y te despertarás... ¡vamos!

Lo levantó y lo metió en la ducha. Siguió diciendo:

— Bastante tenemos con papá internado... Silvia y yo corriendo noche y día... así que empezá a moverte... lo único que nos falta es que tengamos que internarte a vos... ¡andando, hermano!

Fernando comenzó a reconstruir sus días. "Aunque se toque fondo... siempre se vuelve a empezar". Elena se movía en la cocina... "Y cuando estás muy desesperado... es cuando encontrás tu verdadero motivo... cómo te diré... es cuando descubrís una misión para tu vida...". Fernando escuchaba... "a no caerse ¡o vencito, van a venir tiempos buenos...". Elena con la batidora... "yo ya pasé por eso". Fernando la miró.

Volvió a la escuela. Decidió que los demás lo respetarían y que ya era suficiente de tantas habladurías y chismientos acerca de los Monterrey. Por eso cuando el director le dijo: "...porque yo tengo que preservar el prestigio del colegio, que no por ser vespertino...". Fernando le contestó con firmeza: "El juez me declaró inocente señor, por eso estoy en libertad. Usted no puede pasar por encima de la decisión de un juez". El director no dijo más.

Volvió a la ferretería. Don Andrés lo vio entrar esa mañana como siempre. Tuvieron una larga conversación en la que fue-

ron sinceros. La amistad y el afecto fueron más fuertes aún: "...que esperas para ver ese patio, hombre, que desde que no has estado más bien parece un basural... y me dejás todo limpio, que brille, muchacho este, quien no pierda la cabeza por esa niña, anda... si es más linda que la virgen de la Macarena... y mira... que siendo yo mozo... por unos ojazos como esos hubiera hecho las mil locuras... anda... empieza ya que todo el trabajo está atrasado..." "Fernando recomendó su tarea sin que don Andrés hubiera terminado su pintoresco discurso.

— Silvia, ¿cómo está papá?

— Algo mejor... pero todavía en peligro...

Una pausa.

— ¿No vas a ir al hospital a verlo, a cuidarlo?

— No.

Una pausa.

— Tengo miedo de que si yo voy él se ponga peor.

— Exagerás, Fernando.

— No voy a ir.

Fernando empezó a sentir una fuerza interior desconocida. Empezó a creer en él. Se convenció de que algo especial le estaría reservado y decidió buscarlo o esperararlo, no sabía qué pero intuía que ese algo lo trascendía y le exigiría entregar lo mejor de sí. De lo contrario no tendría sentido tanto despojo: como un árbol mutilado, él sentía que le habían arrancado las ramas pará que sólo el tronco acumulara toda la savia posible... porque su madre primero se había marchado para que él abriera los ojos a la vida... porque le habían arrancado violentamente a Cristina de su lado y no pudo vivir su sueño de amor... porque quebró la salud de su padre para terminar con su adolescencia e introducirlo al mundo real, ese que tiene sus propias reglas que él debió aprender con una lección tan dura. Quedaba entonces su alma sin adormos... como para que su corazón no se distrajera en suaves deleites concedidos a la mayor parte de las personas.

A principios de noviembre su padre volvió a casa. Elena se lo dijo cuando había terminado de cenar luego de la escuela.

— Tene cuidado... esta mejor, pero no está bien.

Fernando subió. Ese encuentro tan ansiado y tan temido a la vez, iba a ser definitivo para ambos. No entendía por qué eran tan difíciles las cosas con su padre, porque él lo quería entrañablemente... lo admiraba, pero les costaba mucho darle forma a ese amor.

Cuando entró al dormitorio se quedó impresionado. El doctor estaba recostado sobre unos almohadones en su cama y ya no se parecía a aquel hombre sólido y fuerte, lleno de vitalidad. Ahora tenía los pómulos hundidos, la nariz sobresalía. No tenía barba y los cabellos canosos estaban despeinados. Su rostro era pálido y todo él mostraba una delgadez conmovedora, como si el devenir de su vida se hubiera apurado para agregarle muchos años de golpe. Fernando se detuvo a contemplarlo y sintió una amorosa ternura, después se acercó a la cama, tomó la mano de él entre las suyas y la llevó a sus labios, la besó murmurando como para sí: — ¿Podrás perdonarme algún día, papá?

El doctor Monterrey abrió los ojos. Un profundo suspiro. Miró a su hijo con una mezcla de pena y cariño y con la misma mano que Fernando tenía entre las suyas, le acarició la cara. Entonces por fin, Fernando abrazó a su padre.

Don Francisco se fue reponiendo, pero nunca volvió a tener las energías ni la fortaleza de antes. No trabajó más en consultorios ni en la facultad. Se dedicó, en su casa, a terminar sus libros y publicaciones. Por primera vez en su vida empezó a descubrir a su familia.

Fernando terminó quinto año. Como no aprobó tres materias no fue al viaje de promoción al que lo invitaron sus amigos del normal... "total, Cristina no va" le habían dicho. Le regaló su reserva a Susana que no podía pagar la suya. El grupo se estrechó.

En diciembre se anunció con bombos y platillos "el casamiento de la señorita Cristina Smith con el señor Paul Phillips". Unas

bodas de gran fuste. Todo Quinteros se hizo eco de una fiesta tan singular y Fernando notó que las conversaciones callaban cuando se hacía presente. No había vuelto a ver a Cristina desde el día del juicio. La ciudad se llenó de foráneos que luchan afortunados y hacían alarde de poseer mucho dinero. Parecían querer humillar a la gente sencilla de Quinteros con tanta ostentación y banalidades. Pero toda la tilingueta de la ciudad tenía mucho de qué hablar.

Fernando recibió algunas sornas, algunas indirectas y algunas miradas burlonas. Aguantó sin alterarse. También recibió la solidaridad de sus compañeros.

Había logrado por entonces entablar un diálogo suave y sincero con su padre. Ahora que tenía más tiempo pasaban unas horas sentados en los sillones del patio conversando. De todas formas evitaba contradecirlo o discutir con él. El doctor, al mismo tiempo, iba descubriendo cómo latía la vida de su familia. Fueron tiempos de paz.

El día del casamiento, en Quinteros no se hablaba de otra cosa. En los almacenes y verdulerías, en el café y en el club... en las calles y en los negocios; cada uno se empeñaba en contar al otro lo que le habían contado que habían visto "...hizo bien, después de todo el padre de la chica... no vas a comparar... un tipo así...", "...es joven... y la lleva a vivir a Europa..." "...a veces hay que ponerse firme..." "Mil juicios" "yo... en su lugar..." "donde se mezclaba la envidia" "...y el vestido costó... desde la capital..." "la maldad" "...es un infeliz..." "la ingenuidad y la frustración.

En un solo lugar no se mencionó esa boda: la casa de los Monterrey. Ese día desmalezó, podó y regó el jazmín. Tenía una tristeza honda que callaba, una resignación silenciosa. A las diez de la noche se levantó del sillón repentinamente y decidió salir. Elena lo detuvo en la puerta:

— No pensarás ir, Fernando. No te voy a dejar.

— Solo quiero ver una cosa, nada más que un instante necesito.

Elena lo tomó de los hombros:

— No, Fernando.

— Sólo un instante... y voy a saber qué hacer el resto de mi vida...
Y salió.

En el atrio de la iglesia había multitud de curiosos que comentaban y comentaban. Cristina ya salía del brazo de su esposo. Fernando aguardó. Las mujeres seguían comentando "...tan dichosa...", "...un príncipe...", "...qué feliz". Cuando estuvo cerca la miró. La miró directo a los ojos... observó y le bastó esa mirada... y supo que debía esperarla... para toda la vida.

— Marcos, anda a buscar a Fernando —la voz de Elena preocupada—.

— ¿A dónde fue?

— Buscalo en las confiterías o bares, cerca de la iglesia.

— ¡No me diga que fue a la iglesia!

— Fue.

— ¡Qué portiado, si es para matarlo!

— Buscalo y traelo.

Marcos lo encontró en "El Danubio", un bolichón a cinco cuadras de la iglesia.

Fue la única vez en toda su vida que Fernando se emborrachó.

V

— ¿Crees en el milagro, Cristóbal?

— ¿Milagro?

— Que ocurra algo imposible.

— Eso que sólo Dios puede hacer...

— Lo que no puede hacer el hombre,

— nadie más puede hacer—dijo él, asperamente—.

— Sí... Tal vez eso es la fuerza que hace los milagros.

— No sé. No entiendo lo que se dice con palabras.

— Sólo entiendo lo que soy capaz de hacer. Tengo una misión.

— Voy a cumplirla. Eso es lo que entiendo.

— Augusto Roa Bastos

En enero el grupo había decidido disfrutar para despedirse de la secundaria. A partir de febrero cada uno iniciaría un camino distinto y adulto. Por las tardes se juntaban para ir a la finca de los Benedetti o de los Huidobro porque tenían pileta. A veces iban al club y otras al río. Por las noches tomaban algo por ahí o iban a bailar. Conversaban y se ayudaban. Se reían... a veces lloraban. Se divertían.

El vacío que Cristina había dejado entre ellos se notaba porque había sido alegre y sensible, tocaba la guitarra cuando se

¡untaban, cantaba ella y cantaban todos con ella, animaba la fiesta. Nadie olvida el arrobamiento con que Fernando la miraba cuando ella cantaba. Ahora él estaba nuevamente con el grupo, pero Cristina no. Los chicos sabían desde siempre que Cristina era de Fernando y Fernando de Cristina y no terminaban de comprender ese desenlace tan fuera de lógica, precedido de tantos sufrimientos para los dos. Porque habían visto a Cristina apagar su alegría y a Fernando convertirse en una sombra, habían sido testigos de esa transformación esforzada, casi heroica. Ahora Cristina estaba lejos... como quien arranca una planta terna de raíz se la llevaron de Quinteros. Susana la quería especialmente porque siempre la ayudó en sus desventuras económicas porque Susi vivía sola y tenía que trabajar para mantenerse. Todos la ayudaron siempre. Pero Cristina lo hizo "...como si fuera mi hermana". Fernando la llevó a Silvia una vez que Susana estaba enferma para que su hermana la atendiera "...dale los remedios...". Nadie de ese quinto creía que Cristina fuera dichosa, pero todos callaban por respeto a Fernando.

— ...y si tu papá me consiguiera un trabajo administrativo en el hospital o en un sanatorio, de horario corrido, yo podría estudiar.
— ¿Qué vas a seguir?, ¿qué te gusta estudiar Susi?
— Quiero seguir kinesiología. Pero con este trabajo no puedo estudiar.

Fernando habló con su padre. El doctor hizo algunos llamados por teléfono y la muchacha consiguió el cargo en abril. Ellos habían descubierto la solidaridad.

Iba por las mañanas, como siempre, a la ferretería. No quiso dejar el trabajo, al contrario, cada vez le gustaba más. Por entonces empezó a preocuparse por sus hermanos más pequeños cuando observó que su padre no podía darles la atención que pedían. Fue una tarde en que Valeria y Pablo se pelearon tanto que Elena tuvo que enojarse. Fernando estaba en el patio arreglando el jardín con especial atención a su planta preferida. Ele-

na decía: "y... están aquí todo el día, sin hacer nada, se aburren, tienen calor... estos chicos tienen que ocuparse de algo..." y Fernando empezó a llevarse los con él cuando salía con sus amigos a la pileta o al río. Al principio causaron sorpresa "mi viejo está enfermo y tiene que estar tranquilo..." después fueron las mas-cotas del grupo consentidos y cuidados por todos. Especialmen-te por Susana.

Fernando los atendía, los escuchaba, y las tres criaturas comen-zaron a girar sus vidas en torno a él sin que los demás se dieran cuenta. Poco a poco fueron recurriendo a su hermano porque sen-tían que podían contar con él. Por ese tiempo la pequeña María Inés, con sus ojos oscuros y callados, comenzó a acercarsele cuan-do lo veía sentado en los sillones del patio conversando "...¿...que quieres María Inés?" y ella no quería nada... sólo que los brazos fuertes de Fernando la alzarán como siempre hacía.

El doctor comenzó a observar lo. A descubrir un hijo nuevo. Porque pudo comprobar una noche de enero en que estalló la eterna pelea entre Pablo y Valeria que bastó el llamado de aten-ción de Fernando para poner orden y tanto el como Marcos que-daron sorprendidos:

— ¿Cómo haces para que te hagan caso? A mí no me llevan el apunte ni con coscorrones.

— Los atiende, Marcos.

A don Francisco le causó cierto escozor: su hijo lo estaba sus-tituyendo en la vida de los niños.

Esa misma noche abordó el tema que le preocupaba:

— Fernando, ¿qué vas a hacer ahora? No te vas a pasar la vida trabajando en esa ferretería. No digo que estudies medicina como tus hermanos sino cualquier carrera que te guste... ya te-nes que preocuparte.

— No me gusta estudiar, papá. A mí no me gustan los libros. Yo no podría estar como ellos horas y horas sentado estudiando. — ¿Y qué pensás hacer en tu futuro?

— Me gusta la ferretería. Por eso me quedé trabajando allí.

El doctor se mostró preocupado. Siempre Fernando se le es-capaba de las manos.

— ¡No vas a ser empleado de ese negocio para siempre!
— Empleado no, papá. Quiero ser el dueño.
Ahora se mostró sorprendido. Fernando continuó:
— Yo sé cómo se maneja el negocio. Eso sí lo entiendo. A los
libros no.

Esperó que su padre saliera de la sorpresa.
— Papá, si vos quisieras ayudarme... don Andrés está pen-
sando en vender para volverse a España. Desde que no está su
hijo no tiene entusiasmo...

Don Francisco no se mostraba muy convencido.
— Pensalo bien. Si no lo trabajás acertadamente y se funde,
no queda más que emplearte malamente. Yo tenía en mente que
siguieras una carrera...

— No me pidás que estudie. Si ese dinero, en vez de gastarlo
en una carrera, me lo prestaras para poder comprarlo, yo tengo
muchas ideas para el negocio...

El doctor todavía argumentó:
— No sé... sos muy joven para eso... ¿Es seguro que vende?
— Seguro no. Pero los hermanos le escriben desde España di-
ciéndole que se vuelva. Es probable que se decida...

— No sé, Fernando... siempre me salís con cada cosa vos.
Estaban en el club, sentados alrededor de una mesa. Enero se
iba y había que distribuir esos últimos días. Alfredo, Osvaldo y
Cecilia estaban en la pileta. Fernando jugaba al truco con Mario,
Carlitos y César. Los otros conversaban alrededor...

— Pero no donde no hacés pie.
— Yo sé nadar...
— No importa. Cuando yo vaya nadamos juntos...
Los otros conversaban "...es mejor gobierno democrático".
Ana: "...qué diferencia... igual" Alberto: "...diputados, senado-
res, todo eso..." Ana: "...la política no me importa", Luis: "...te
tiene que importar", Alberto: "...votar".
— Al mazo. Tengo el macho de espada. Aprendé a jugar...
pibe.

— Vamos al bueno.

— No. Tengo calor. Me voy a la pileta.

Alberto: "...porque tenes leyes, no hacen lo que les da la gana", Fernando pensó: lo que les dio la gana. Alberto siguió: "...por ejemplo lo que le hicieron a Fernando... con democracia "no se puede. Hay derechos escritos". Fernando lo miró... "Cristina". Alberto: "...tenemos que aprender a vivir con libertad". Fernando: "vamos Maria Inés, te llevo a la pileta."

Fernando leía algunas pintadas en los muros. Pensaba: "¿a qué libertad se refiere Alberto?"

Eran jóvenes y se abrían al mundo adulto sin comprenderlo, sin conocer bien sus reglas. Aprenderían... tenían miedo de salir a la vida, pero aprenderían... era difícil decidir, era imposible hablarles hablaban un idioma incomprendible: "...son el futuro del país y a ellos los convocamos"... "porque los jóvenes deben ser protagonistas". Fernando escuchaba y sonrió: "¿protagonistas de qué?" pensó en Cristina. No entendían, de golpe ellos eran... "lo más valioso de nuestra sociedad".

El taxi se detuvo frente a la ferretería. Hacía mucho calor... el doctor Monterrey entró y observó el negocio como estudiando-lo. Fernando estaba en el club con los chicos. El doctor estaba en la ferretería... nunca se había detenido a mirar un negocio: era como entrar a un templo de una religión que uno no practica.

— Señor.

— ¿Es usted don Andrés Castañedas?

— Si señor, el mismo.

— Soy el doctor Francisco Monterrey.

Enero se acababa. Fernando descubrió que existían las escuelas de verano. "...Ya no molestarán a papá. El no les tiene mucha paciencia... y los chicos no pueden estar todo el día acá jorobando... les enseñan... encontré la solución para los dos..." Marcos: "estás en todo, pibe".

En febrero comenzaron los cursos pre-universitarios. Ya no se juntaban casi. Muchos se fueron. Alfredo entró al banco...

— Fernando, cambiate de ropa que tenemos que salir—su padre le ordenaba. Eran las cinco de la tarde y hacía calor. Lo miró sorprendido.

— ¿Qué tiene de malo mi ropa?

— Quiero decir que te pongas saco y corbata.

Más sorprendido aún:

— ¿A esta hora y con treinta y seis grados?

— Así es, sin protestar. Aparate que no quiero que lleguemos tarde.

tarde.

Fernando no se movió. No podía imaginar para qué semejante orden:

— ¿Te vas a quedar ahí parado? Empezá a cambiarte.

— ¿Adónde vamos?

— Es una sorpresa. Vestite formal.

Bajó vestido de saco y corbata, pantalón de vestir y zapatos.

Se cruzó con Marcos que se burló de él...

— ¿Te vas a casar?

— Es probable. No tengo idea de lo que voy a hacer. ¿Adónde vamos, papá?

— Te dije que es una sorpresa. Tomá las llaves... se hace tarde.

— ¿Me estás dando el auto?

Ya en el vehículo:

— Vamos al escritorio de Germán.

— Muy bien señor. Al escritorio de Germán.

En el escritorio Germán lo palmó cariñosamente "...quién diría Fermándito". Recién cuando entró don Andrés y su hija

Fernando se dio cuenta de qué estaban haciendo allí.

La escritbana leyó el contrato de compra-venta "...y el señor

Fernando Monterrey, D.N.I. N.º ... " — Papá, la compraste a mi

nombre... Silencio, no interrumpas a la señora. Firmaron. Fer-

nando abrazó con infinito agradecimiento a su padre: al fin creía

en él. Le dieron las llaves al tiempo que don Andrés le decía:

"hoy te fuiste como empleado, mañana entrás al negocio como

dueño". Germán destapó varias sidras para brindar.

Tomó el negocio con ganas, con energía nueva, con cariño. Al principio dejó las cosas igual hasta que él pudo imprimirle su propio ritmo. Dos meses más tarde empezaban a notarse los cambios: hizo abrir vidrieras más amplias, colocó exhibidores en el centro del salón, incorporó otros renglones... Era exigente y energético y él trabajaba más que nadie. A los proveedores, viajeros o promotores les asombraba la juventud de Fernando que con sus diecinueve años manejaba acertadamente un importante capital. Se granjeó el respeto del gerente del banco y de algunos compañeros suyos que trabajaban allí. Volcaba toda la ganancia en hacer crecer su negocio porque tenía un secreto empeño en fortalecerlo.

Se hizo armar un escritorio dividido del salón con cristales, de manera que podía controlar el movimiento desde su gabinete. Compró muebles modernos. Allí hacía sus cálculos, ordenaba sus papeles, atendía a inspectores, promotores y clientes. Llegó al estudio de Germán sus asuntos. Fernando sentía que a su lugar de trabajo le faltaba algo... supo qué. Buscó y buscó entre los cajones de su casa hasta que la encontró. Era una fotografía de tercer año.

Oswaldo había tomado el estudio fotográfico de su padre después de que a éste le diera un ataque y quedara semi-paralítico. El padre de Oswaldo les había sacado casi todas las fotos de la escuela. Esa que Fernando tenía fue tomada en la plaza y de casualidad: habían salido una hora antes y justo el fotógrafo cruzaba por allí. Cuando los vio a todos, su hijo inclusive, tan alegres y ocultos, los juntó y les tomó esa fotografía. Sus rostros estaban llenos de picardía, y la dicha se manifestaba en las miradas inocentes y frescas.

Fernando entró al estudio, Oswaldo lo saludó amistosamente: — ¡Fernandito! qué andás haciendo...
— Busco un fotógrafo... ¿conoces alguno?
— Para qué quieres fotos... sos muy feo vos.
— ¿Cómo está tu viejo?
— Como siempre... algo mejora con la rehabilitación... ¿Qué andás buscando?

— ¿Ustedes guardan los negativos de las fotografías que toman?

— Algunas... ¿por qué?

— ¿Te acordás de esta foto? Ahí estás vos.

— Claro que me acuerdo... ¿qué se te ocurre...?

— Quiero este trabajo, vamos a ver si sos fotógrafo o aprieta-

flash: busca el negativo, recortás aquí, donde está Cristina, la

amplias de este tamaño como para un portarretrato... y me ha-

cés una linda fotografía de ella...

Oswaldo se quedó mirándolo.

— Vos sos loco, Fernando. ¿Todavía no te la sacás de la cabe-

za? No te voy a hacer nada.

— ¿Qué clase de comerciante sos? Yo te pago el trabajo... y

vos lo hacés.

— Vos necesitás una mujer de verdad, no una fotografía.

— Esas son cosas mías... a ver si sos capaz de conservar la ex-

presión exacta que tiene aquí.

Fernando se iba, cuando estaba ya en la puerta, Oswaldo le

gritó:

— No te rendís nunca vos? No?

Dos meses más tarde el retrato de Cristina adornaba el escri-

torio de Fernando en su negocio. Una fotografía del rostro de

Cristina con los ojos grandes y risueños, la mirada feliz hacia

Fernando, con la sonrisa sencilla que significaba la plenitud de

sus quince años. Vestía el guardapolvo.

Las calles se llenaron de carteles políticos. Aparecían retratos

de candidatos y denuncias... por todos lados había discursos. La

gente se agrupaba en listas y reaparecían viejos partidos junto a

otros recién formados. Marcos escuchaba a algunos muchachos

en la facultad que hablaban de formar centros de estudiantes... el

no entendía muy bien, pero las denuncias lo hacían estremecer.

Cuando salía en la televisión aquel candidato, Elena se que-
daba mirándolo, y su rostro se contraía. Lo escuchaba como se

escucha al sacerdote en misa... con una especie de veneración. Solía dejar todo y correr por escucharlo treinta segundos que aparecía. El doctor se dio cuenta "...¿Le gusta ese partido, Elena? ..nada especial... es ese candidato..." Pero entre Elena y el doctor había un pacto de no hablar de su pasado.

Marcos estaba dedicado a su carrera y a sus salidas. Era un joven estudiante y actuaba como tal: estudiaba, salía, rendía, no vivaba, se divertía, rendía... de vez en cuando miraba algo en su casa, especialmente ligado a la salud de su padre, pero en general sin grandes preocupaciones.

En cambio Fernando dejó esa vida juvenil que llevaba su hermano. El negocio requería de responsabilidades serias y él debía terminar de pagarlo. Tenía que responder por los cheques que emitía, pagar a los empleados, atender los impuestos, reponer mercadería, competir en precios, manejar los vaivenes inflacionarios... de manera que Fernando, siendo menor que Marcos, debió crecer más rápidamente. En poco tiempo adquirió un cierto aplomo de adulto y la firmeza de quien toma decisiones importantes. Dejó definitivamente su adolescencia e ingenuidad para enfrentarse a la realidad que se le imponía, entenderla, modificarla y comprometerse con ella.

Estaba atento a la salud de su padre porque lo veía desmejorarse. La irreversible insuficiencia cardíaca obligaba a periodos de internaciones y al muchacho no se le escapaba la expresión preocupada de quien era conciente de su propio quebranto. Fernando llevaba dentro de sí un pensamiento acuñante que le impulsaba a cumplir con una misión ineludible. Existía como un campaneo de culpabilidad que no lo abandonaba, y que unía a su madre y a su padre. Se sentía responsable de su casa toda.

Quería a sus hermanos como él sabía querer: profundamente. Sabía penetrar el corazón de cada uno. Entonces comenzó a tocar los hilos interiores de sus esperanzas, sus angustias, sus limitaciones, sus alegrías... Fernando pulsaba la vida de sus hermanos como un músico las cuerdas de su instrumento: para lograr armonía.

— Pablo, ¿qué quieres para tu cumpleaños?
— Una pelota de básquet.
— ¿Te gusta el básquet?
— Sí, mucho.

No sólo le regaló la pelota de básquet... hizo más. Juntos fueron a comprarla, juntos fueron al club y Pablitto con sus once vitales años empezó a jugar su deporte que no abandonó más.

Por entonces Valeria, cuyos trece años experimentaban la secundaria del normal, descubrió a su papá con ojos de niña adolescente. Se dio cuenta de que su papá estaba enfermo... de que era mucho mayor que los de sus compañeras, de que ansiaba su compañía. Valeria se propuso pegarse más a él porque intuía que no sería mucho tiempo, pero no se atrevió a preguntarle a Silvia por temor a la respuesta. Hablaba mucho con su padre, le contaba las cosas de la escuela, de sus amigos, le hacía escuchar su música y le regalaba grabaciones de la música que al doctor le gustaba. La voz revoltosa y cantarina de Valeria era la alegría de esa convalecencia cada vez más crítica de don Francisco. Ella era un poco atropellada para contar y como los chicos de esa edad, dejaba las frases a medio terminar para poner un vocablo que sólo ellos inventan... y que el doctor fue aprendiendo y usando... en su boca sonaba graciosísimo.

Valeria quería retener a su papá con ella porque venía del abandono. Cuando tenía cuatro años murió su madre, al poco tiempo llegó Elena y cuando la metió en su corazón tuvo que asumir que Elena "no es mamá... es como si lo fuera... pero no es". Si no es mamá, ella se podía ir "...yo no me voy a ir nunca", le decía Elena. Pero para Valeria las personas podían estar y después no estar... como Cristina. Como la honda nostalgia de Fernando por Cristina. Esa angustia de quedarse sola la había marcado hondo... y Fernando se pasaría la vida lidiando con eso. En cambio la pequeña María Inés puso su corazón de princesa en Fernando. La niña era apacible... mucho más aplomada y segura que Valeria. Sabía entretenerse sola y tenía una cabecita llena de magia... tal vez la magia de Elena. No estallaba en es-

cándalos como Valeria. Decía lo que quería en forma exacta y tranquila. Cuando Fernando estaba en casa, María Inés lo buscaba. Le gustaba que la alzara en su falda y la durmiera contra su hombro... y su hermano siempre la recibía, la consentía, la mimaba.

El doctor Francisco Monterrey pudo conocer a cada uno de sus hijos en esa convalescencia larga y tranquila. Su falta de vitalidad había hecho desaparecer sus arranques coléricos y ahora sus días eran serenos.

Pero él sabía que no serían muchos, que marchaba hacia complicaciones pulmonares y edemas agudos al revisar sus propios estudios. Una inquietud creciente lo tenía alerta y desvelaba sus noches:

Marcos con su carrera a la mitad.

Silvia en su mundo, siempre como ausente.

Los otros tres tan pequeños... con tanto camino que andar todavía.

Sólo Fernando parecía en su senda...! Qué cosa con Fernando! tantos disgustos con ese chico y... bueno pero él siempre hizo las cosas a su manera, como si no pudiera caminar con el paso de todo el mundo, Fernando siempre buscó un paso diferente. Con sus diecinueve años hay que ver cómo maneja el negocio... yo fui la semana pasada, Elena... es increíble. Elena: — “¿por qué? yo nunca dudé de su capacidad”, pero yo tenía miedo cuando le compré el negocio... pero no... lo ha ampliado... y los empleados, señor Fernando para acá... señor Fernando para allá... y él, haga esto y lo otro...! Se puso tan contento cuando fui a visitarlo a su negocio! ¿Va a crear que tiene una fotografía de Cristina en el escritorio? Siempre fue obstinado... Elena: “la ama mucho, doctor”... pero es una locura...

El doctor conversaba con Elena durante la media tarde cuando los demás estaban en sus ocupaciones:

— Me preocupa, que va a pasar cuando yo me vaya. Tengo miedo de que nadie proteja a los más chicos. ¿Qué va a hacer Marcos si no termina su carrera? ¿quisiera ver ese sueño realiza-

do y luego morir... pero no va a ser posible porque ya no vivire
tanto...
— Deje de hablar de morir...
— No nos engañemos... usted que ha sido un milagro en es-
ta casa. ¿Por qué se quedó para siempre?
Elena lo miró con ternura:
— ¿Por qué me tendría que ir? Yo los quiero mucho a ustedes
y esta fue mi casa todos estos años.
— ¿Y su familia? ¿Por qué nunca apareció su familia... nadie
que sepa de usted?
Elena se puso seria:
— Eso no. Usted me estaba hablando de lo que le preocupa.
El doctor pareció reaccionar:
— ¿Qué va a pasar con mis hijos cuando yo me vaya? ¿Quién
los va a guiar? Tengo miedo de que pase lo que pasa siempre...
se dispersan... se pelean... caen en cualquier mano...
— Veamos—otra vez Elena clara, concisa, exacta— ¿Qué espe-
ramos de Silvia? Ella está muy en lo suyo, es igualita a usted...
no entiende nada puertas adentro.
— También puede ser que se case... y se vaya.
— También.
— Marcos es el mayor. Él debería quedar al frente de la fami-
lia... pero mientras estudie... no puede.
— Marcos no entente a los niños. Él vive su juventud dorada.
— Queda Fernando... y usted.
Elena dijo la síntesis precisa:
— Ustedes serán muy cardiólogos. Pero en esta casa, el único
que conoce de corazón... es Fernando.

quel domingo de invierno fue especial. Un domingo en que todos hicieron las cosas que hacían todos los domingos y sin embargo no fue como los otros. Algo como una comunicación no específica cruzaba el entendimiento

de cada miembro de la familia... y sin embargo nadie supuso algo distinto.

Fernando hizo un esfuerzo para levantarse temprano. Pablito tenía que jugar un partido de básquet contra otro club y sólo él podía llevarlo. De manera que a las ocho partieron para tomar el colectivo. El "América" quedaba casi en la otra punta de la ciudad.

Mientras Pablito jugaba, Fernando se sentó en una esquinilla de las gradas a observarlo. Pero en realidad no lo veía... su mirada voló hacia el pasado cuando en ese mismo club había vivido horas felices con sus compañeros... con Cristina. Una poderosa nostalgia se apoderó de él. No tenía ganas de compañía y al mirar las canchas recordaba, casi la veía... "volabas Cristina de una punta a la otra de la cancha de tenis, y eras una paloma liviana que casi no tocabas el suelo cuando movías tu raqueta con

tanto dominio... me gustaba contemplarte en una pausa mientras con los muchachos jugábamos básquet... siempre veníamos a este club a jugar básquet con Luis... Luis era base y jugaba fe-nómeno, con Osvaldo y Alfredo... pero también porque venías vos y nos encontramos todos y los muchachos se reían porque cuando yo me acercaba para verte vos te desconcentrabas y tirabas la pelota a cualquier parte. Pero después nos juntábamos, venías al grupo rozagante y agitada y las mejillas rojas... para jugar tenis te recogías el cabello y tu perfil era perfecto como si lo hubiera modelado un artista de manos invisibles... nos sentábamos en el césped y el sol nos daba de lleno y hablabamos... ¿de qué hablaríamos todo el tiempo en aquellos años? todos. Y hoy te extraño tanto porque este día lo siento distinto y me invade una tristeza que no puedo explicar... trato de mantener vivo el jazmín, Cristina, pero es como si quisiera morir y lo perdiera como un mensaje de que vos estás sufriendo mucho y yo te hago falta... no para preguntarte nada sino para estar con vos y que nos sentemos junto a un árbol y si vos quieres... yo te abra-zo para que desahogues tu pena... y no estás y mis brazos te extrañan siempre... y hoy más que nunca sin que pueda saber por qué. Será que al ver este club y la cancha de tenis donde vos parecías una paloma con tu equipo blanco... blanco como tu alma que se salía por tu sonrisa sin sombras. Será que el jazmín se em-peña en morirse y yo me empuño en que viva porque ese jazmín es tu alma y yo me he propuesto tener tu alma viva porque así mantengo vivo el amor inmenso que siento por vos... sé que te hago falta Cristina... pero estás tan lejos ahora... la gente de Quinteros cree que sos dichosa porque te encontraste un príncipe con castillo y todo, pero a mí me bastó observar tus ojos apagados la noche en que te casaste para saber que vas a volver a mí el día en que decidas ver con tu propia mirada... eras como una muñeca de cera enveleta en encajes y tulés que seguramente te tu madre te puso... porque vos Cristina... vos en tu esencia... sos la muchachita de mejillas rosadas que agitada de jugar tenis venías hacia nosotros para sentarse a mi lado en esa ronda de ilusiones que formaban nuestros quince años...

— ¿Qué tal jugué, Fernando? —la voz de Pablito.

— Jugaste como un campeón.

Volvíamos caminando a casa porque a vos, Fernando, te gustó siempre caminar por las calles... despacio... como soñando. Y yo estaba feliz de que vos me pusieras la mano en mi hombro y caminaras conmigo y me conversaras de cosas como si yo fuera grande, como si yo fuera Marcos, por ejemplo. Porque vos, Fernando, me enseñaste las cosas más valiosas y más profundas de mi vida y yo aprendí a caminar este mundo a tu lado como ese domingo en que yo tenía once años y me acompañaste al "América" para que yo pudiera jugar el partido y volvíamos caminando... desde ese domingo caminé siempre a tu lado y vos nunca me dejaste tropezar... Por eso te he querido tanto y ahora que estoy por casarme y que te veo tan triste quisiera dar mi vida para que tuvieras un poco de esa felicidad que se te fue para siempre con la muerte de Cristina.

Porque vos, Fernando, me enseñaste a ser un hombre mucho antes de que mis amigos entendieran que era eso... desde ese domingo en que conversamos de cosas y al llegar a la plaza te dije que a mí me gustaría alguna vez sentarme a la mesa de un café como hacían los grandes y vos me preguntaste si yo nunca había ido a un café y entonces dijiste "vamos a remediar esto ahora mismo" y entramos y nos sentamos y yo me sentía valorado y querido por vos porque papá era viejo y era para mí como una fotografía que hablaba y vivía pero que uno no podía contar con él... y mientras yo comía un sandwich con gaseosa y vos tu café doble te pregunté cosas que yo no le preguntaba a nadie... y vos me las contestaste todas... cosas de mujeres y de hombres y también me aclaraste por qué yo no tenía una mamá y un papá que durmieran juntos como mis amigos... y vos, Fernando, me hiciste sentir que yo era importante. Por eso acepté siempre tu autoridad... porque ese domingo en la mesa del café me dijiste que sí, que papá se moriría pronto... pero que ni yo ni los demás tendríamos que preocuparnos porque mientras vos estuvieras nada nos iba a faltar... que vos ibas a proteger y a cuidar a todos. ¿A Marcos también? Sí, y a Silvia. Y yo me sentí seguro de tu ma-

no... ese domingo y por el resto de mi vida... Y después que murió papá y vos ocupaste la cabecera de la mesa yo fui el primero en aceptar tu autoridad porque siempre tuviste para con nosotros esa ternura inmensa aun cuando te enojabas y ponías orden con dureza. Y me enseñaste a ser hombre aquel día en tercero cuando me hice la rata y me fui a ese sitio donde se fumaba y se jugaba a las cartas... y yo estaba fumando con la Yoli en la falda para que todos vieran que yo era grande y no un chico como los de primero, vos apareciste y me sacaste de allí... (siempre te enterabas de todo, Fernando) y me llevaste a casa... y tu castigo fue duro pero en vez de humillarme, me honró... porque vos te diste cuenta y me dijiste que si yo era grande para fumar y sentarme mujeres en la falda también era grande para aguantar las consecuencias de no cumplir con mis obligaciones... y me castigaste como a un hombre, porque yo puse mi espalda a tu cintura y no me quejé siquiera... y eso yo buscaba... que me honraras tratándome como grande y a partir de ese día yo debía ir al negocio con vos todas las mañanas y allí me enseñaste a trabajar... y yo era el único de mi curso que cobraba sueldo por mi trabajo... y aprendí cosas importantes del negocio porque vos me diste responsabilidades de verdad y les dijiste a tus empleados que "las órdenes de Pablo son como si fueran mías" y yo tenía quince años y ellos me respetaban... y eso era ser hombre... ser hombre para amar de verdad a una mujer y jugarse por ella y no andar en prostibulos baratos ni con mujeres livianas... como me enseñaste vos Fernando... vos que le diste tanta dignidad y firmeza a nuestra casa... que nos hiciste sentir con tu presencia, con tu mano firme, que es una familia... que le imprimiste a nuestras vidas ese sello inconfundible de amor que significa pertenecer a la familia Monterrey... porque la familia Monterrey sos vos y tu infinito amor por nosotros Fernando...

Cuando llegaron a su casa como a las once de la mañana saludaron a don Francisco que estaba leyendo el diario en el living y Valeria le conversaba con el cantante de frases atropelladas que ella usaba para contar cosas.

Fernando se sentó en otro de los sillones y comentó algunas noticias del diario...

— Trata de no endeudarte, esto va a traer inflación.

— Esta difícil papa, porque los mayoristas no dan plazos ahora... es como si se prepararan para un temporal.

— ¿Y qué vas a hacer vos?

— Por el momento trato de comprar la mayor cantidad de mercadería posible... si hay inflación lo mejor es tener mercadería.

— Pero si tenés deudas... después va a ser difícil pagarlas.

— No tengo mucha deuda porque no dan plazos

Maria Inés busca la falda de Fernando que la toma dulcemente y sigue la conversación:

— ...claro que tampoco tengo un peso.

— Hay que recortar gastos en ese caso, hijo.

Se quedan unos minutos en silencio, ambos leyendo el diario.

Después Fernando dijo:

— Se me ha ocurrido algo interesante, papá. Un negocio con Silvia.

El doctor lo miró sorprendido.

— ¿Silvia en negocios? Ella no piensa en negocios, Fernando.

— María Inés... vení a desayunar —la voz de Elena— vamos, que ya es tarde. ¿Quiéren tomar algo?

— Yo no... tomé un café por ahí con Pablito —después se dirigió a su padre que esperaba con curiosidad—. Le voy a proponer que ella compre el terreno que está al lado del negocio, esta en venta. Parece que lo quieren vender rápido y le podemos sacar buen precio... ella protege su dinero y a mí me hace falta el terreno... quiero construir unos galpones y hacer la playa de estacionamiento.

El doctor se quedó pensando. Siempre Fernando tenía cosas inesperadas pero indudablemente manejaba bien sus asuntos. Silvia que baja... tenía la mirada inquieta... Fernando la miraba porque le pareció que tenía los ojos llorosos... o que lo esquivaba. El doctor le habló con ese amor tan especial que siempre sintió por Silvia:

— Hablábamos de vos, Silvia.

Ella mira a Fernando:
— ¿Y qué traman conmigo?
— Tu hermano quiere hacerte rica.
Fernando se ríe. Pero la anota preocupada.
— ¿Me vas a regalar el número premiado de la lotería?
— Mejor que eso.
Fernando propone... explica... "no te conviene tener dinero... la inflación no te va a dejar nada, te conviene invertirlo—convence— si después quieres vender, recuperarás y ganarás..."—argumenta—...
Silvia lo mira sorprendida.
— ¿Y por qué no lo comprarás vos si te interesa tanto?
— No tengo dinero ahora. No llevo. Pero la oportunidad es buena.
— Yo compro... y vos lo usás.
— Siempre vas a tener el terreno... yo te pago los impuestos. Silvia mira a su padre. Nunca había tenido que decidir este tipo de cosas.
— ¿Qué decís vos, papá?
— No veo que puedas perder. Al contrario. Me parece una buena propuesta...—dirigiéndose a Fernando— pero si vos vas a usar el terreno, deberías reconocerle algo a Silvia...
— Yo no le voy a cobrar alquiler a Fernando, papá. Eso sería avaricia.—Mirando a su hermano—No tengo tanto... no te creas.
— Yo le saco buen precio... y pago la escrituración. Hasta allí puedo estírame.
— No sé mucho de esto, pero suena interesante. Arreglá vos todo y después decime...—Silvia se había sentado en otro sillón y se quedó pensando, después dijo:—mirá que sos hábil para lograr lo que querés... te vas a hacer rico, Fernando.
— Nos vamos a hacer ricos... o no... no es fácil... yo no estoy pensando en mí. Somos una familia numerosa, hermanita.
El doctor lo miró como para leer sus intenciones. Sus ojos brillaron porque de nuevo recordó lo ineludible, y comprendió que su hijo ya había asumido la misión de velar por todos.
Quedaba mucho domingo todavía. Hacía mucho frío y lloviz-

naba. Todos en la casa habrían de recordar aquel día porque no terminaban de definir qué sentimiento especial los invadía, pero estaban en la casa con ganas de estar en casa. Marcos apareció en el living comentando el partido que se jugaría a la tarde. Era el clásico de siempre y las discusiones de siempre con su hermano... pero don Francisco le puso fin cambiándole a Marcos el tema al preguntarle por los parciales que debía rendir, las materias y los libros de consulta...

— Bueno, papá... yo sé mis cosas... tampoco tenés que preguntarme todo.

Marcos fastidiado. María Inés y Valeria discuten en alguna parte...
El almuerzo fue ameno. Sin dudas era Valeria la nota bullíciosa y alegre de la familia. Asomaba a la adolescencia y descubría el mundo que interpretaba a su manera. Ponía esa nota de modernidad en lo recurrente de su ropa... de su música que atronaba en la casa... de su lenguaje... de su habitación toda revuelta.

— Quiero un equipo de música, papá. ¿Puede ser? Para poner aquí abajo porque el de arriba no lo puedo estar bajando.

— Ya nos aturdis bastante con el de arriba—intervino Marcos—.
— Con vos no hablo.

— ¡Valeria!—Llamó la atención Elena—.
— Para que se mete, hablo con papá.

— Ya veremos cómo viene la libreta—sentenció don Francisco—.
— Para todo metés la escuela, papá.

— Seguro. No estudiarías nunca vos—otra vez Marcos—.
— A vos no te importa. Yo no me meto en tus cosas.

— Bueno, basta... lo del equipo lo veremos después...—El doctor le hizo una guiñada de complicidad a Valeria que la hizo sentir ganadora. Sin dudas le compraría el equipo como último recuerdo...

Fernando no intervino porque estaba atento a Silvia que parecía ausente... parecía ansiosa por algo...

Había pensado dormir la siesta, pero prefirió entrar en la habitación de su hermana.

— Me gusta tu pieza. Es tan perfecta como vos.
— Yo no soy perfecta, me gusta tenerla ordenada.
Fernando se tiró en la cama contra los almohadones blancos.
— Me levante temprano y me ha dado sueño...? de qué son
esos libros?

— De qué van a ser... arterias, ventrículos, latidos,? qué que-
res saber?

Fernando se sienta y sienta a Silvia junto a él. Coloca su oído
sobre el pecho de ella mientras dice:

— Qué pasa con tus latidos... a ver... no... no está bien... ne-
cesita tratamiento... en vez de hacer tun tun hacen toc toc.

Silvia se ríe. Se ríe y se pone seria, suspira hondo y se echa
contra los almohadones.

— Qué es, Silvia?

— Qué es qué... quien te ha dicho que me pasa algo? Vos
querias el terreno, lo voy a comprar... ya tenés lo que buscabas.

— No me ofendas. No hablaba del terreno. Eso es otra cosa.
Una pausa silenciosa.

— Vos sos para todos la doctora Monterrey, excelente, perfec-
ta. Pero a mí se me ha puesto que adentro de tu corazón no es
tan así. No me convencés con tu postura de doctorcita... busco
a mi hermana.

— Dejame de pavadas, Fernando.

El se puso serio, casi ofendido. Después dijo:

— ¿Quieres que me vaya?

Silvia titubeó. Le costaba aceptar ayuda. Ella siempre se las
arregló sola y era la primera vez que alguien se la ofrecía. No
contestó. Le dio la espalda a su hermano porque sus ojos se pu-
sieron brillantes. Fernando la tomó por los hombros y la abrazó
tiernamente. No estaba acostumbrada a esa clase de ternura y
lloró por primera vez en su vida delante de otro, en el pecho de
alguien... de alguien que por fin vio en ella una mujer que no
era la doctora. Fernando no le preguntó nada pero ella contó to-
do. Nunca había contado antes, pero ese domingo por primera
vez contó todo. El la escuchó callado y atento.

— No vayas, Silvia. Ese hombre no te ama. El amor trae so-

siego y tranquilidad. Trae paz... no esa preocupación que te vuelve loca, como si fuera un remordimiento. El amor te hace mejor persona... y ese hombre te va a convertir en una mentiro-sa... él no te quiere... después te va a despreciar y vos te vas a despreciar también. El amor te ennoblece, no te degrada como lo que él te propone... te deshonra a vos y humilla a su esposa. Silvia lo escuchaba. Nadie sabía tanto de amor como Fernando. Nadie sufría tanto por amor como él y aún podía ser feliz.

— Y qué va a pasar cuando ella se entere? Qué clase de doctora vas a ser que se acuesta con el marido de su paciente? Ella dio un salto. Se estremeció.

— Así es como lo van a ver todos, Silvia. A él no le importan ni tu vida, ni tu trabajo, ni tu dignidad... si eso es amar... yo no lo entiendo. No vayas, Silvia. Vos merecés otra cosa. Yo te voy a ayudar para que lo resistas... se que tu corazón se siente solo y está ansioso por que lo amen, pero no lo despedacés así. Yo sé lo que es sufrir esa soledad. Yo también estoy esperándola.

Estaban los dos sentados contra los almohadones que se afirmaban en la pared. Silvia se quedó callada, el llanto se le escapaba. Fernando se quedó callado... esperó. Cuando ella pudo controlar su emoción habló con una voz distinta, menos segura, más suave...

— Nunca había visto las cosas así.

— Pensa en nosotros, Silvia. Yo tengo fuerzas porque pienso en ustedes.

Pausa... silencio.

— Va a llamar.

— ¿Quieres que conteste yo el teléfono?

No se apuró en responder.

— Yo debo hacerlo.

— Si no tenés fuerzas, dejame que te ayude.

Se quedaron un rato más todavía. Fernando puso música, una melodía suave que invadió el ambiente como si fuera un perfume. Hablaron de otras cosas y Silvia le confirmó que su padre tenía poco tiempo según los últimos estudios.

— ¡Qué vamos a hacer después!
— ¿Qué te preocupa?
— ¿Cómo que me preocupa? Los chicos, la casa, el dinero. Pa-
pá es el eje de nuestras vidas... mantiene todo esto. A Marcos le
falta la mitad de la carrera... ¿Qué vamos a hacer, Fernando?
— Yo me voy a encargar...—sonó el teléfono. Se miraron co-
mo preguntándose. Fernando levantó el tubo. Dos o tres frases.
Colgó. Siguió la conversación como si esa llamada no hubiera
existido. —Mientras yo esté los Monterrey seguiremos siendo
una familia... nada les va a faltar.
— No es tu obligación.
— ¿Quién habla de obligación? Es una... cómo te dire... una
misión... una deuda que pagar...
Se sentaron de nuevo en la cama. Fernando bostezó... "se me
fue la siesta".
— Nunca habíamos estado así, juntos, charlando tirados en la
cama—Silvia hizo una pausa— ni con vos, ni con Marcos, con na-
die. Es una sensación tan agradable... ¿Por qué antes no estuvi-
mos juntos?
— No sé bien por qué. Pero es bueno que salgás de este en-
cierto... tenés que venir con nosotros. Nos vamos a necesitar
mucho cuando papá no esté... y tu pena se hará chiquita. Vení,
vamos abajo, ya va a empezar el partido.
— Y vos a discutir con Marcos.
Fernando se rió.
— No discutimos en serio.
Bajaron, don Francisco se sentaba en un sillón. Al llegar a la
sala se encontraron con una acalorada discusión:
— Yo estaba antes —le gritaba Valeria a Marcos— y no tenés
por qué cambiar de canal.
— Empieza el partido, nena, y no lo voy a perder, así que ¡fuera!
— ¡Qué me importa el partido! —refutó la niña— yo estaba
viendo la película y me quedó a la mitad, la cortaste en lo mejor.
— Pero yo voy a ver el partido... salí... dame el control.
— No te doy nada.
— Te lo quito y vas a llorar.

El problema era de difícil solución. La voz de Fernando se hizo sentir:

— Valeria, tengo que pedirte un favor.

— ¿Qué?

— Es por Silvia, no por mí.

Silvia lo miró sorprendida. Dijo: "qué estás tramando Fernando".

— ¿Qué quiere Silvia?

— Vení que te explico — la niña se acercó — resulta que Silvia no sabe hacer bizcochuelos — Fernando tenía risa en los ojos — y quiere que vos le enseñés porque sabés hacer unos bizcochuelos buenisimos...! Cómo va a conseguir marido Silvia si no sabe hacer bizcochuelos!

Silvia estalló en una carcajada. Fernando continuó:

— Ella quiere que vos le enseñés ahora que tiene tiempo y no va al consultorio — Silvia continuaba riéndose mientras su hermano convenía a Valeria —. Vayan las dos a la cocina y preparen uno bien rico, así tomamos té con bizcochuelo más tarde...? Sí? A Valeria la idea de hacer algo con Silvia le pareció estúpida porque siempre ella se había mantenido distante... Valeria la sentía como inalcanzable y aunque deseaba acercarse, no sabía cómo abordarla. Era como si para su hermana ella no existiera... salvo que estuviera enferma. De modo que cuando vio a Silvia retirarse y dispuesta a compartir esa labor, Valeria accedió de buen grado.

— ¿Nunca has hecho un bizcochuelo? Es fácil... vamos... yo te voy a explicar...

Ambas se fueron a la cocina. Don Francisco y Marcos se quedaron mirando y Elena se reía mientras les recomendaba: "Dejen todo limpio después".

— Sos ingenioso, Fernando — comentó el doctor —. El partido empezaba.

Fernando no sólo había logrado calmar la discusión, él sabía que estaba haciendo algo más. Quería que Silvia se estrechara a la familia, se propuso que su hermana se sintiera parte de todos y rompiera la membrana de protección intelectual que se formó en su cuarto... lo estaba logrando.

El doctor Monterrey ya no tenía dudas. Elena! siempre Elena! tenía razón: el único de esa familia que sabía algo del corazón era Fernando, y estaba consiguiendo atraer un hermano hacia el otro para estrechar el vínculo y fortalecerlo.

Todavía quedaban horas de aquel domingo frío y lluvioso, tan especial. Don Francisco disfrutaba del partido junto a sus hijos que por simpatizar cada uno de un equipo contrario, discutían todo el tiempo.

También disfrutaron del té con el bizcochuelo aquel que comenizó el camino de Silvia hacia sus hermanos... y fue especial porque todos supieron ese domingo que a Fernando le estaba reservado el lugar que después su padre confirmó.

Fue como una despedida porque hacia la mitad de la semana el doctor ya no pudo levantarse de la cama. Una complicación en los pulmones había acabado para siempre su salud. Habló con cada uno de sus hijos en forma separada. Poco antes de perder la lucidez, rodeado de todos, el doctor Francisco Monterrey se quitó el anillo, el mismo que le había entregado su padre y a éste su abuelo, y se lo confió a Fernando... "no te lo pongas hasta después de que yo esté enterrado", y dirigiéndose a Elena dijo: "cuidélos, por favor, no los abandone. Son suyos ahora..."

Murió el jueves a las diez de la mañana. En cuanto se conoció la noticia el Circolo Médico pidió velarlo en sus instalaciones. Los funerales fueron largos y ceremoniosos: fue homenajeado por una gran cantidad de instituciones médicas y hospitalarias. Se hicieron presentes personalidades importantes, colegas, el rector de la universidad, el intendente –a cuyo padre el doctor había tratado durante muchos años– diputados, concejales. Desfilaron saludando a sus hijos gente de todos los estratos sociales, pacientes, enfermeros, amigos... sin contar con los tíos y tías que aprovecharon la ocasión para lucir su parentesco. Por momentos estaban los tres junto a su tío Agustín, por momentos se turnaban.

Valeria se resistía a separarse de su papá y no fue posible que permaneciera en la casa por mucho tiempo. Estaba atribulada, confundida, todavía no lograba llorarlo, eso vendría después. Finalmente el viernes a las cuatro de la tarde, tras los discurs-

— Cada hijo sintió orgullo por su padre con una sensibilidad distinta. No se habían enterado hasta ese momento lo que ese hombre había significado en la vida de la ciudad... comprobaron que la gente lo admiraba y lamentaban su muerte con sinceridad porque además de ser eximio en su especialidad, había sido generoso y preocupado. Comprendieron recién la eterna ausencia de su padre. Las horas que les había negado... que sus hijos debieron sufrir estaban volcadas allí, en ese desti-le de pesar mantéstatado por una cantidad de hombres y mujeres que ellos no sabían de dónde salían, pero que los conmovía porque descubrieron a su verdadero padre entonces, reposando para siempre en su féretro. Sintieron orgullo y pesar. Ese mismo descubrimiento en el instante último fue un designio tácto para ellos, una secreta e inefable promesa de cada hijo hacia su padre de fortalecer para siempre a la familia Monterrey en su nombre.

Volviéron a su casa. Aún debieron atender saludos de vecinos y allegados. Estaban exhaustos, no habían tenido tiempo ni privacidad para llorar íntimamente la manera como cada uno de ellos lo había querido. Los niños estaban confundidos entre ellos y visitas. Sabían de la partida de su papá pero no lo entendían bien en medio de todo ese ajétreo. Volviéron a su casa callados, graves. Se sentaron en el living. Elena hizo café otra vez. Ya no podían tomar nada. María Inés buscó la falda de Fernando y apoyó su cabecita en el hombro de él.

— ¿Va a volver papá?

— No, ya no va a volver.

— ¿Adónde fue?

Fernando suspiró y la acarició.

— Yo voy a estar con vos. Todos vamos a estar juntos.

Fabrito no había hablado casi en dos días. En ese momento

pidió:

— Fernando, que no venga nadie más.

— Vamos a tratar—se dirigió a Elena—? podrá preparar una

cena liviana? Levamos tres días sin comer casi, o comiendo mal. Silvia buscó a Valeria que entonces empezó a llorar. La abrazó y se sintieron unidas.

Tía Angela y Enrique se despidieron. Apareció don Agustín, Germán y su esposa. El primero preguntó:

— ¿Seguro que no necesitan nada?

— Un poco de calma —dijo Silvia—.

Marcos agregó:

— Estamos tranquilos, tío. No te preocupes.

— Si algo precisan no dejen de llamarnos. Le prometí a Francisco que cuidaría de ustedes.

Fernando contestó:

— Gracias tío. Si necesitamos algo lo vamos a llamar. Ahora queremos estar solos, por favor.

Se despidieron y se fueron. Pero esta escena se repetiría varias veces más. Muchos allegados ofrecieron su ayuda porque veían un futuro de sombras en esos seis hijos sin padre, ni madre. Sólo a cargo de ese ser inexplicable para todos que era Elena, de quien se dijo mucho, se supuso muchas cosas, se intentó adivinar otras, pero que en definitiva siempre tuvo una conducta tan generosa y correcta. La gente no sabía bien cómo definirla porque no entraba en ningún esquema conocido. Ahora el doctor ya no estaba y más de uno movía la cabeza con pesimismo cuando se decía en los comentarios, durante el mismo velorio, qué habrían de hacer en adelante sus vástagos, y preveían el derrumbe de la casa Montreyy, especialmente cuando recordaban "al más chico..."

Elena puso la mesa para comer a las nueve.

— Todos estamos agotados. Mejor cenemos temprano y tratemos de descansar. Vengan chicos, vengan todos a la mesa.

— No atendemos a nadie más por hoy —dijo Marcos—. Por lo menos cenemos tranquilos.

Se sentaron todos —Elena inclusive— en sus lugares habituales. Fernando estaba hablando por teléfono. Se demoró unos minutos todavía agradeciéndolo... Cuando se dirigió a la mesa sintió una mesura interior que lo llenó de paz. En medio del silencio de todos, se encaminó hacia la cabecera y se sentó allí con

cierta solemnidad. El silencio se hizo tenso. Fernando tenía la mirada serena...

— Elena—dijo con voz tranquila— puede servir.

Y se puso el anillo.

“Son mios...! qué cifra jugó mi vida!... cómo se tejen los hilos del destino que me hace salir del abismo, pasar por el duelo de la renuncia para brindarme el fruto glorioso del amor... sí, doctor, siempre fueron mios, desde que entré a su casa, desde el instante en que lo vi a usted tan desesperado todos ustedes fueron mios. Yo toqué el corazón de cada uno en su casa para poder correr el telón de mi pasado y ser sólo presente, para beber el sol cada día y no permitirme las lágrimas... la vida, doctor Monte-rrey, tiene sus propios misterios. Usted lo sabía cuando me decía que yo era el milagro de este hogar... se fue de este mundo preguntándome...! Ay, don Francisco, yo no tengo respuestas! Apretar contra mi regazo a sus hijos fue una forma de amar a mis propios hijos... de tapar el dolor porque no sé cómo son ahora... de acariciar una piel que mis manos guardan como último recuerdo... de intentar una voz que mis oídos inventan en la voz dulce de sus hijos para que sólo sean hijos, sin tuyos ni mios... no hay milagros doctor, cuando uno se ha sobrepuesto a la muerte y el dolor es compañero de días y noches. Usted no supo nunca que en sus hijos amé a los mios. Usted no podía saber lo que se siente en esta casa cuando se ha salido de las oscuras prisiones, del martirio... usted no podía entender lo que significan las voces y las risas de los niños cuando se ha oído gritar con espanto... no hay milagros doctor... pero yo sellé mis labios y dejé que mi corazón llorara en silencio, la renuncia en silencio... querido doctor... tan sabio y tan simple... no los abandono nunca jamás porque ellos ya son parte de mi vida para siempre, porque yo no podré soportar otra renuncia, no los abandonaré mientras aliente mi alma... pero yo sé que llegará el día en que corra a buscarlos... el día del perdón... descanse en paz, doctor Francisco Monterrey... descanse en paz. Yo guiaré a sus hijos in-

visiblemente. No hay milagros, doctor, a menos que la leche que
mana de los pechos de una madre sea un milagro... entonces se
entiende. Descanse en paz."

V

la familia Monterrey le costó encontrar alguna clase de rutina. Todos se reconcentraron en sí mismos para comprender íntimamente lo que su padre había significado en la vida de cada uno y sintieron que el punto de apoyo sobre el cual fueron irguiéndose ya no estaba. Quedaban sus propias fuerzas que debían encontrarse y coordinarse en una coincidencia propia y en un nuevo encaje de relaciones entre cada uno y los demás. Ahora eran conscientes del sufrimiento y la entrega en que el doctor había vivido hacia ellos y hacia la comunidad. Su presencia era un espíritu que afloraba en el aire de la casa porque conocieron del todo a su padre recién cuando vieron a toda la ciudad pasar frente a su caja mortuoria para lamentar su partida. Solo entonces cobró sentido profundo, verdadero, la promesa hecha a solas con él cuando se despidieron para siempre... pero siempre era nada más que una palabra en aquel momento. Ahora se llenaba de significado: siempre era un nunca más.

Debían encontrar el camino. Un camino para cada uno, un camino para todos... juntos. Debían intentar un equilibrio descom-

nocido. Debían hallar la fuerza que había impulsado a su padre para retomarla, para meterla dentro del alma, para desplegarla y hacerla flotar en nombre del amor que los había alimentado, en nombre del sufrimiento que los había fortalecido.

Se encontraban perdidos en su propia casa... y cuando buscaron el ritmo normal para recomenzar sus días volvieron sus miradas hacia su hermano. Ahora Fernando llevaba el anillo de su padre y cada uno de la familia llevaba a Fernando en su corazón. Todos sabían que sólo él tenía esa capacidad inmensa para entregarse y cumplir con un deber fraternal ineludible. Sólo ellos lo sabían porque cada uno había sido tocado de manera propia e íntima por el amor de Fernando... ahora volvieron sus miradas a él y confiaban... sólo ellos lo sabían. Los demás habrían de sorprenderse después.

Ahora Fernando llevaba el anillo de su padre y pensaba en cada uno de sus hermanos. Recordaba las palabras que dijo cuando prometió velar por ellos. No le sorprendía llevarlo, había asumido esa misión mucho antes y la había estado esperando. Sentía en su corazón las miradas que confiaban en él... no sería fácil. Su único manual de aprendizaje era el amor hacia ellos y una fuerza interior inexplorable como una vocación que le marcaba la dirección de su vida y lo impulsaba en sus acciones.

Cerró los ojos y pensó en su padre... su imagen se superpuso a otras imágenes... recordó que lo había visto caer contra el escritorio... tenía lágrimas en los ojos... recordó... pensó en Cristina... sintió... el corazón se llenaba de dulzura cuando pensaba en Cristina... pensó en su madre... no tenía forma clara ese pensamiento... faltaba algún recuerdo en la piel, en las manos... faltaba el timbre de su voz... pensó cómo sería la voz de su madre... había un vacío...

Cerró los ojos y ahogó las lágrimas. Sintió un impulso que se transformó en decisión. Se palpó el anillo y descubrió que ese sería su destino y que ese destino suyo tendría el color de la fidelidad para tomar de la mano a cada uno de los demás y compartirlo. Miró a su alrededor: era su casa, eran sus cosas, su aire, sus ruidos: le pertenecían y se pertenecía a ella. Debía poner-

la en pie. Escuchó voces: eran sus voces, sus sonidos, sus pasos; era su realidad. Los tomaría fuerte... los llevaría por la vida que el mismo debía aprender... cerró los ojos y secó las lágrimas, sabía que lo estaban esperando y que volverían a él para siempre las miradas. Palpaba el anillo: era su destino el quedarse sin nadie pero allí estaba su fuerza... y cuando se levantó de la cama dijo en voz alta para alentarse: "...cumpliré, papá".

Fernando dispuso que el día lunes cada uno volviera a sus tareas. El mismo iría al negocio, consideró que no se podía seguir más en un estado de velorio permanente. Con Silvia y Marcos debieron concurrir al escritorio de Germán para que este los impusiera de la voluntad de su padre en cuanto a los bienes materiales. De todos modos él no había sido un hombre muy rico. Sólo tenía la casa en que vivían, el auto, dinero en el banco y un seguro... dejó una carta para Fernando que leyó a solas y la destruyó. La guardaría en su corazón. También delegó la patria potestad de Valeria, Pablo y María Inés en Fernando, trámites todos que realizó Germán.

Era su responsabilidad mantener la casa, y su casa requería un ingreso importante para que pudiera seguir funcionando como hasta el momento. Silvia ganaba dinero también, pero él se hizo el propósito de no recurrir a ella. Pensando en esto se había preocupado de capitalizar su negocio todo este tiempo antes. Empezó a utilizar el terreno de su hermana: cambió el portón, le hizo pintar un cartel, lo habilitó como playa de estacionamiento para sus clientes y abrió una puerta ancha que lo comunicaba con el salón. Las ventas se incrementaron, pero aún así sus ganancias eran inferiores a lo que el doctor los tenía acostumbrados. Desarrolló entonces un sentido de organización de la economía hogareña al que sus hermanos se amoldaron sin mucho esfuerzo. Contó en el inestimable sentido práctico de Elena a quien entregaba una suma semanal para que distribuyera en los gastos de la casa, excepto los impuestos.

Los días fueron transcurriendo y la nueva situación fue molestando a cada uno de ellos.

Fernando se preocupó por ciertas formas que mantenían y profundizaran el sentido de pertenencia de cada miembro de la familia, como si regara una raíz invisible en el corazón de cada uno de sus hermanos para que todos supieran para siempre que en ese tronco familiar estaba su esencia. Como hizo con el jardín que había plantado en el patio de su casa con Cristina, que permanecía vivo y daba pequeñas flores sólo para mantener encendido su amor, así se propuso, por su sola convicción, mantener vivo el sentimiento de amor y solidaridad que significaría pertenecer a la familia Monterrey.

Quiso que la mesa de los domingos fuera respetada, y salvo circunstancias muy especiales, no permitía que ese día se comiera fuera de casa. "Antes y después pueden ir adonde quieran, pero a la hora de comer estemos juntos". Sus hermanos aceptaban. Rara vez le negaban algo cuando él lo pedía con esa carga de dulzura en la voz.

A Valeria le costó mucho asumir esta nueva situación. La pérdida de su padre trajo para ella otro golpe que desbarató a la familia, desajustó sus esquemas y le causó una gran inseguridad en una edad en que sentía la necesidad de independizarse para crecer. Fluctuaba entre un temor creciente a la desprotección y una fuerza interior que la impulsaba a tomar decisiones contrarias a las permitidas para probar a los demás. Para Valeria la identidad de su hermano se había hecho confusa y borrosa. Tenía muy vivo el recuerdo de su padre y no aceptaba a Fernando en su lugar, al mismo tiempo que no sabía si podía contar con él como su hermano. Lo necesitaba para que le diera seguridad, protección, pero también lo rechazaba porque estaba en lugar de su padre. A veces actuaba como una niña obediente, a veces quería ser grande y no dar explicaciones. Fernando la trató con paciencia y firmeza. Lo que más le preocupaba era protegerla.

Era sábado y todos se encontraban en el living. Hacía un mes que el doctor ya no estaba entre ellos y lo extrañaban, pero na-

die decía nada al respecto. Pablo miraba televisión y los tres más grandes conversaban algunos asuntos de finanzas porque Fernando consultaba con ellos las decisiones que tomaría. Valería bajó vestida como para salir pero de manera inadecuada, se había pintado y ese aspecto contrastaba con su rostro todavía infantil. Como Elena venía previendo, se planteó el primer conflicto con ella. Llamó la atención de todos. Fernando le preguntó inquisidoramente:

— ¿A dónde vas?

La niña adoptó modales despectivos. Intentaba mostrarse segura. — Voy a salir con unos amigos míos...

Fernando se paró delante de ella como para cerrarle el camino.

— ¿Con quién vas a salir, adónde?

— Ya te dije, con unos amigos míos, no sé dónde, ya vamos a

ver.

El rostro de Fernando pintó una expresión nueva de seriedad que desde esa noche en adelante irían conociendo y respetando los demás, que se habían quedado como suspendidos mirando la escena, nadie estaba muy seguro de la reacción de su hermano. — Valería — dijo con autoridad — en esta casa, el que va a salir, en primer lugar pide permiso, y yo no recuerdo que vos me hayas pedido permiso antes — hizo una pausa — en segundo lugar las niñas de trece años no salen a las once de la noche... a no sé dónde... y menos vestida de esa forma. — Su voz se hizo más firme — Así que vos no vas a ninguna parte.

Valería trató de contestarle con seguridad, pero la angustia le quebraba la voz, se sentía avergonzada.

— Vos no me mandás. Yo no tengo quien me mande... así

que hago lo que quiero. Si quiero salir, voy a salir.

Fernando no quiso violentarse, esperó con paciencia que ella hablara.

Valería continuó y su voz se hacía más triste cuando dijo:

— En esta casa no hay ni madre, ni padre, ni nada...

— Puede ser... tenés razón en eso — contestó él — pero aún así no vas a salir porque aunque yo no te mande, soy el responsa-

ble de lo que te pueda suceder.

Ella estalló en un llanto histérico:
— Te odio, Fernando. Te crees que tienes derecho sobre todos y vos no sos nadie. ¡Déjame pasar!

Fernando se impacientó, por eso mismo suavizó la voz para no gritar y volvió a hablar con firmeza:
— Subí ahora mismo a tu habitación... o no vas a comer en mi mesa. Yo cumplo con mi parte así que vos vas a cumplir con la tuya.

— No tenés ningún derecho sobre mí —dijo llorando, ya sin gritar—.

— Ya es suficiente... subí a tu habitación... es todo. Para la próxima salida que quieras hacer pedís permiso antes. — Y levantando la voz para que no quedaran dudas, agregó: - como todos los demás.

Valeria no se atrevió a salir porque su rebeldía era también vacilación, desconcierto ante una realidad tan difícil para ella. La actitud segura de su hermano la venció y le marcó el camino. Subió a su dormitorio y lloró sintiéndose muy infeliz... estaba confundida. Fernando esperó un rato. Sus hermanos lo miraron sorprendidos, descubriendo en él una personalidad que no esperaban y que les indicó a ellos sus pasos futuros. No siguieron la conversación que traían... miraron televisión. Luego de un rato Fernando subió a ver a Valeria. Se sentó en la cama a su lado. Su voz fue suave cuando le preguntó:

— ¿Por qué estás enojada conmigo, Valeria?

— Yo quería ir con mis amigos.

— No es eso. Antes de esta noche también estabas molesta.

?Por qué?

Ella no supo qué responder... después dijo con mucha tristeza:
— Extraño a papá. A él yo le hacía caso... con él era todo fácil... lo peor es que ya no lo voy a ver nunca más...

— Es cierto, hermana. Con él era más fácil para todos... para mí también. Pero si lo has querido mucho, entonces tratá de aceptar las cosas ahora. — La voz de Fernando era suave y tranquila — Yo no pretendo ser papá, Valeria, eso es imposible. Yo sólo quiero la felicidad de ustedes. Papá es irremplazable... pero

nosotros tenemos que hacer nuestras vidas y vamos a ser felices si somos una familia...? entendés?

La niña se quedó pensando. Compartía el dormitorio con Mariana Inés y se mezclaban sobre una cómoda libros, pinturas y muñecas... cassettes, ropa, alhajeros y ositos peluches... todo con un cierto desorden.

Fernando continuó:

— A mí me cuesta también. Pero yo tengo la obligación de cuidarte... a vos y a los demás porque papá me lo pidió y porque yo se lo prometí. Pero no solamente por eso... es porque te quiero mucho y no me perdonaría si algo malo te pasara.

Valeria estaba más tranquila. La eterna duda la punzaba:

— Pero si vos te vas...? qué va a pasar con nosotros?

— ¿A dónde me voy a ir?

— Supongamos que te enamores y te quieras casar y tener tu casa y tu esposa, y tener hijos... sería normal, ¿no?

Fernando suspiró hondo, sus ojos se opacaron:

— Yo no me voy a ir. La mujer que yo amo está muy lejos... y no sé si vuelva alguna vez... eso vos lo sabés. Voy a estar aquí para que cada uno de ustedes pueda ser feliz... confía en mí, Valeria. Por favor, confía en mí para que yo pueda guiarte. Papá confió en mí cuando me dio este anillo... y esta tremenda responsabilidad. Ella ya no lloraba. Comenzaba a relajarse sus nervios. Agregó:

— Tengo miedo de que vos también te vayás.

El le dio un beso en la mejilla:

— Tontita... eso no va a pasar. Regálame una sonrisa.

Sonrió tristemente. Después preguntó:

— ¿Puedo bajar a ver televisión?

— Bueno, vamos abajo. Pero lavate la cara. Esas pinturas taparon lo bonita que sos.

Los vieron bajar juntos y se alegraron. Ese primer episodio había marcado la forma, el molde en que la familia habría de nuclearse alrededor de su hermano, esa forma maravillosa y profunda que los salvaría a todos. Ahora Valeria estaba entre ellos sonriente y segura.

Conversó su idea con los demás y decidieron hacer algunos cambios. El dormitorio que ocupara el doctor seguía intacto, era el más grande de la casa. El siguiente era mucho más pequeño. Hizo unir ambos y luego los separó dividiendo el espacio por la mitad. De esta forma obtuvo dos habitaciones amplias. Le dio una a Pablo y otra a Valeria. Les permitió que eligieran los muebles y las decoraran a gusto. El mismo los acompañó a comprar los fijando los límites. Extendió los cheques y negoció los plazos. De esta forma quiso poner fin al luto, no al recuerdo. Por sugerencia de Elena hizo pintar el living y la cocina, cambió aparadores y sillones por otros más modernos y dejó que los distribuyeran como quisieran... lo que generó una tarde de discusiones. Quería renovar su casa para ponerla a tono con la juventud de sus habitantes y quitar las tristezas de ella.

Vea cómo poco a poco se borraban las angustias de sus hermanas y parecían las sonrisas, las risas, las músicas estridentes, las discusiones. El se sentía bien cuando pulsaba sus corazones cuyas dudas iba borrando. Había adquirido la costumbre de pasar por cada dormitorio antes de acostarse y dedicarles unos minutos a cada uno. De esta manera los conoció mejor e hizo que confiaran más en él. Cuando se dieron cuenta empezaron a esperarlo, después se dormían.

María Inés le mostraba sus cuadernos para que él firmara las notas, viera sus dibujos y a él le dedicaba sus primeras palabras escritas "...le dije a la señorita que yo no quería escribir papá, quería escribir Fernando, pero la señorita me dijo que es muy difícil esa palabra".

— Está bien, María Inés, es bueno que escribas papá.

Con Marcos entabló una relación muy especial. Compartían el dormitorio desde siempre. Era espacioso, tenía una ventana grande que daba al patio y un baño privado. El escritorio y la biblioteca quedaron para Marcos desde que Fernando no estudiaba. Siempre que su hermano estaba en la casa charlaban antes de

dormirse, tirados en sus camas, desvestidos a veces. Fernando le consultaba sus dudas, sus planes, los proyectos, todo lo conversaban en esos minutos antes de dormir. Marcos lo escuchaba y también le contaba sus cosas... a veces le hacía bromas y a veces le daba un punto de vista que Fernando no veía. Se querían mucho por esa trayectoria de haber llorado y reído juntos una vida entera en ese dormitorio compartido.

Fernando fue cuidadoso en no herir a Marcos con respecto al dinero. Evitaba que lo tuviera que pedir dejándose a mano, sobre el escritorio. Su padre le había encomendado especialmente a él en la carta. "Procura hasta lo imposible que Marcos termine la carrera. Ese fue mi sueño que no pude ver cumplido: verlo tras mis pasos, siguiendo mi obra y concretando la Fundación".

Ninguno de ellos era consciente del impacto que los Monterrey causaban en Quinteros. Cuando esperaban el derrumbe y la dispersión de la familia, ésta se mostraba más sólida que nunca, y notaron que el eje de esa solidez era precisamente aquel a quien más duramente se lo había juzgado. Asombraba la forma en que el muchacho conducía toda su casa: se lo veía acompañando a Pablo en el club algunos domingos en que éste tenía partidos, en las fiestas escolares de María Inés, llevaba y traía a Valeria en sus primeras salidas, los acompañaba a comprarse ropa, controlaba los horarios, los amigos, las notas... nada escapaba a sus ojos atentos y a su corazón preocupado. A través de los compañeros de la escuela llegaba a los hogares el respeto y la obediencia que los hermanos Monterrey tenían hacia Fernando... y comenzaron a rodar los comentarios y el director de la escuela, el mismo que lo había expulsado cuatro años antes, les contaba en el club en una ronda de concurrentes que habitualmente se juntaban "la firmeza y preocupación con que este muchacho controla a sus hermanos... si todos los padres fueran como él no andarían los chicos descarrilados por ahí... los chicos Monterrey se cuidan mucho de que se les llame la atención... hay que ver las vueltas de la vida..."

Fernando comenzó a ser respetado en los círculos relaciona-
dos con la actividad comercial porque su negocio había cambia-
do modalidades tradicionales de venta y aunque en la ciudad
había ferreterías mucho más importantes que la suya, ésta em-
pezó a hacerse notar. Algunos de los que lo habían denigrado en
sus negros días de prisión, de los que habían murmurado acer-
ca de su immoralidad en los oídos de su padre, hoy eran clientes
suyos y hubieran estado orgullosos de que Fernando volviera
los ojos hacia una de sus hijas, porque él conservaba la dulzura
de joven sentimental en su mirada pero había adquirido gallar-
da, altivez y resolución en sus modales, capaz de tener los más
tiernos gestos de comprensión y de imponer al mismo tiempo
con determinación sus convicciones, junto a la belleza que le da-
ban sus veinte años.

Por ese tiempo recibió por primera vez una invitación de la
Asociación de Comerciantes para tratar una propuesta al go-
bierno por asuntos de impuestos.

A veces salía con Marcos después de que dejaba a los más chi-
cos controlados "...estoy aburrido... armate algo para el sábado,
vos que sos el fiestero..." y compartían alguna diversión en las
que Fernando comprobaba una vez más hasta qué punto Cristi-
na era intocable en sus sueños. Cuando Marcos tenía fiestas en la
facultad o con sus amigos lo llevaba a su hermano. A Fernando
le gustaban esas chicas estudiantiles tan informales y decididas...
le gustaba frecuentar las salidas con los amigos de Marcos...

VIII

Silvia conoció a Jorge Miguel en el club América. Fue a inscripciones de Marcos que Fernando le regaló la inscripción para que saliera un poco de su trabajo y se despejara... "y acompaña a Valeria, jueguen juntas". Marcos lo sugirió cuando Fernando, en una de sus conversaciones en el dormitorio, antes de que el sueño los ganara, le contó que otra vez Silvia estaba saliendo con "un tipo casado... lo peor es que a ella la emboba... la envuelve... no me gusta Marcos... la va a destrozar a ella y a nosotros porque involucra el trabajo con esto". Marcos: "¿y qué hiciste?" Fernando: "Me puse firme y le dije que no fuera" Fernando: "si ella quiere irse no se lo vas a poder impedir" Fernando: "ya sé... pero por lo menos la dejó pensando... hoy no fue".

Fernando: "estoy preocupado por ella... tiene necesidad de pareja, de que la quieran... vos entendés... pero ese tipo es una porquería... no va a dejar a su familia por Silvia..." Marcos: "Silvia necesita salir un poco... siempre está ahí metida en el consultorio... Diversión le hace falta. Eso".

Silencio. Pausa.
Fernando: "¿como qué?" Marcos: "hacer algo distinto... un deporte... conocer otra gente..." Fernando: "eso, tenes razón, le haría bien un deporte... tenis por ejemplo". Cristina liviana y ágil de una punta a la otra como una paloma, Cristina liviana y ágil que casi no tocaba el piso al correr... Cristina en el "América" conmigo... Marcos: "...se lo regalamos para el cumpleaños? Me estás escuchando o te dormiste?" Fernando: "...te escuchó, vamos a hacer eso".

Fue el regalo más extraño que recibí jamás. Estaba acostumbrada a obsequios como remeras, pulloveres, adornos, lapiceras finas, perfumes, pero un carnet de un club y una raqueta no lo esperaba ni por broma. Tuvo que venir de vos Fernando, con una tarjeta tan extraña como el regalo mismo:

*Desde el próximo domingo
vas al club con Valeria.
Es una orden
Cariñosamente
Fernando.*

No sabía cómo tomar tu regalo. Si enojarme o aceptarlo, pero me dijiste que confiara en vos y yo confíe. Te agradeceré toda mi vida esa orden tuya. Fue como tirarme un salvavidas para que no me ahogara en mi propia tormenta.
Me daba un poco de vergüenza al principio... desde la seguridad que no sabía lo que era correr. Pero ante tu insistencia no tuve más remedio... "si no vas al club, no te sentás a comer..." y no sentarse a la mesa del domingo es un castigo muy duro para un Monterrey. De modo que fui... y empecé a descubrir un mundo desconocido para mí... y también un cuerpo mio diferente. Te lo voy a agradecer toda mi vida, Fernando... como todos en esta casa... vos y tu mirada atenta... vos y tu ternura infinita... vos y tu mesa del domingo con esa alegría en tus ojos de vernos a todos juntos alrededor de ella... y ninguno de nosotros se daba

cuenta entonces cuánto nos fortalecía, era como si con la comida del cuerpo tomáramos la comida del alma en esa mesa con vos a la cabecera... no nos dábamos cuenta entonces, Fernando, pero al poco tiempo ninguno de nosotros hubiera podido prescindir de ella... y sabíamos todos que el peor castigo tuyo era no permitírnos que nos sentáramos allí, a tu mesa del domingo. Te lo agradezco, Fernando porque salvaste mi corazón en esos días en que te paraste en la puerta de mi dormitorio para decirme con toda tu autoridad: "...y cuidado con ir a esa cita, Silvia" y yo, que temblaba con una mezcla de emociones contrarias entre el deseo de enloquecerme en los brazos de ese hombre que me resultaba irresistible y mi seguridad de que vos tenías razón, te contesté que yo no era una nena y hacía lo que quería. "Vos no podés evistar que yo vaya si quiero". Me dijiste entonces: "...es cierto... pero igual no vas a ir. Esta noche te quedas en casa". Y me quedé. Pude haberme ido, pero me quedé porque vos estabas allí con tu mirada serena y tu postura firme. El club me hizo bien, Fernando. Me hizo bien empezar a correr, a moverme, a batirme con una pelotita que picaba y volvía a mí. Me hizo bien descubrirme en otras cosas que no fueran los libros... y sentir mis arterias y mis venas latir fuerte en vez de estudiar las pulsaciones.

Y Valeria con su risa por mis torpezas con la raqueta, con su soltura para hablar con todo el mundo en el club, con su adolescencia palpitante... ella me dijo primero... "no sabés cómo te mira...". Allí, en el club estaba Jorge. Y hoy puedo mirarlo a los ojos sin tener que bajar la mirada, puedo ofrecerle mi corazón entero porque vos impediste que lo destrozara en una pasión insensata, puedo amarlo con mi cuerpo y con mi alma y con mi corazón como sólo vos pudiste enseñarnos, Fernando, con todo el sufrimiento tuyo... con esa nostalgia profunda que noto en tus ojos cuando la recuerdas a Cristina, con esa manera incomparable que tuviste para entregarnos tu juventud... ahora que puedo amar como vos me enseñaste, vivir con la plenitud que vos me marcaste, quisiera hacer un milagro y salvar a Cristina para vos...

Jorge Miguel era hijo de sirios. No era más alto que Silvia, ni muy delgado, más bien de contextura ancha, de tez morena, se destacaban sus lindos ojos árabes. Vio a Silvia muchas veces en el club jugar con Valeria y puso sus ojos en ella. Le extrañó que ese domingo fuera sola y que, por no tener con quien jugar practicó un rato en la pared del frontón, después se afirmó contra la reja y silenciosa miraba a los demás jugadores... estaba como aburrída. Jorge aprovechó la ocasión para acercarse a ella:

— ¿Su hermanita no vino hoy?

Silvia le sonrió. En cierta manera esperaba esta conversación.

— ¿Cómo sabe que es mi hermana?

— Ella me lo dijo.

Una pausa...

— ¿Puedo invitarte a tomar algo fresco?

Silvia aceptó... y charlaron... salieron... Jorge era bioquímico y hacía poco se había recibido. Buscaba cómo iniciarse. Ella le dijo que presentara sus antecedentes en el centro médico donde ella ejercía "...estamos pensando en incorporar bioquímicos y radiólogos de manera que trabajemos integralmente". Trabajaron juntos, salieron juntos, jugaron tenis, se enamoraron.

Ese domingo Jorge vendría a comer a la casa de los Monterey. Cuando llegó, Fernando lo recibió con afecto y en seguida se tuvieron gran cariño. Jorge era simpático, bullicioso, ingenioso para pensar bromas y ocurrencias todo el tiempo. Era esa clase de personas que diez minutos después de entrar a una casa ya está en la cocina preparando el café, que conquistista la confianza de los demás porque se hace parte de todos. De manera que en poco tiempo Jorge era tratado como si siempre hubiera sido de la familia... y a partir de ese domingo lo fue para siempre.

A Jorge le encantaba estar entre los Monterey porque allí eran todos jóvenes y la diversión era fácil. Él siempre ponía la nota de sonrisa en las situaciones enojosas. También le gustaba la mesa de los domingos que para esa familia era tan importante, porque Jorge Miguel no tenía familia. Había perdido a sus padres en un accidente automovilístico que Quinteros todavía

recuerda, cuando él tenía diecisiete años. Vivió con un tío suyo, hermano de su madre, hasta los veinte en que se fue a vivir solo a la casa que sus padres le dejaron, asistido por doña Josefa que lo había servido desde niño. También Jorge tenía un campo que había heredado de su padre y que estaba abandonado, pero que él estaba dispuesto a retomar ahora que había terminado sus estudios. De modo que la casa de los Monterrey le parecía divertida y cálida, contrastaba grandemente con el silencio ordenado y limpio de su caserón vacío. "Cuando vivamos acá, Silvia, lo llenaremos de niños", le decía a su novia.

Fue él quien le puso a Fernando el mote de "jefe", éste no tuvo más remedio que aguantar la broma... empezó Jorge y siguieron los demás.

En uno de esos domingos, durante el almuerzo en que se había de todo un poco, Elena lanzó la pregunta:

— Fernando, dentro de dos meses Valeria cumple quince años. ¿Qué vamos a hacer para agasajarla?

La verdad es que Fernando no había tenido en cuenta la fecha, de modo que no contestó en forma inmediata. Lo pensó un poco y después dijo:

— Lo que ella quiera. — Y dirigiéndose a la muchacha le preguntó: ¿Qué te gustaría para tus quince, Valeria?

La niña se mordió los labios, se sonrojó un poco. Jorge le dijo: — Vamos, pide, mira que no siempre el jefe concede. Aprovecha, niña.

— Quiero una fiesta con mis amigos.
Fernando la miró con una sonrisa:

— Habrá fiesta, entonces.

Los dos meses siguientes fueron de discusiones permanentes acerca de lo que se debía o no hacer... todos opinaban y todos querían decidir. Fernando pidió los presupuestos y ajustó las cosas a lo posible... y dijo contentadamente y para poner fin a un gran debate familiar: "la fiesta se hará en casa". Las dos últimas semanas fueron febriles: todos tenían cosas que arreglar, que comprar, que corregir... invitaciones de último momento, mil

detalles que tener en cuenta. Jorge se puso a disposición con au-
to y todo.

Valeria cumplió sus años el día jueves, la fiesta se haría el sábado siguiente. Pero ese día Elena preparó una torta para brindar con la familia. Fernando le dio un beso en la rozagante mejilla de la quinceañera y le colgó de su cuello una cadena con una medalla que tenía una virgen y una inscripción mientras le decía: "era de tu madre, de Marita, a quien nosotros recordamos con mucho cariño porque fue muy buena... papá me la confió antes de morir. Levála con vos para que seas una mujer espléndida como fue ella". Valeria lo abrazó y no dijo nada.

— Don José —le había dicho Marcos— festejamos los quince de Valeria, si usted quiere tomar una copa con nosotros, lo esperamos...

— Con gusto, hijo, gracias por tenerme en cuenta... caramba estos chicos, los conozco desde que nacieron...

La casa se llenó de chicos y chicas vestidos de mil formas distintas. La música atonaba en el patio y en el comedor... las lúces de colores prendían, apagaban, giraban... Había una mesa con tío Agustín y su esposa, Germán y su familia, don José, tía Ángela que vino con Enrique y su novia. Los demás eran muchachitos y jovencitas que se agrupaban, se desagrupaban, se movían, se reían, cantaban al ritmo de los intérpretes que tan bien conocían... era todo alegría y Valeria estaba feliz en su vestido verde-agua de gasa que se movía al compás de ella. Había una gran torta... flashes.

— Fernando, —le dijo Silvia— tenés que bailar el vals con Valeria. — Andá vos, Marcos, sos el mayor.

Intervino Jorge:

— ¡Ah no! Esa es función del jefe. Así que tenés que ir.

— No me digás así delante de la gente.

— Fernando —otra vez Silvia— Valeria te está esperando. No la avergüences.

En el centro del patio se había formado un círculo mientras

los sonidos de Strauss salían de los amplificadores. Fernando lo
de la mano, la condujo al centro y comenzó a girar con ella en
sus brazos. Parecía un príncipe sacado de los cuentos que toda-
vía lattan en los rostros de los jóvenes donde los rasgos infanti-
les persistían.

Después bailó con Marcos, con Pablo, con Jorge también.

Valeria no olvidaría jamás su fiesta. Sus amigas tampoco.

Hasta el amanecer hubo música, jóvenes, risas, besos, regocijo.
Valeria se había descalzado, se sentó en una silla y puso los

pies en otra.

— ¿Estás contenta? — la voz dulce de Fernando.

Ella le sonrió con cariño.

— Gracias, sos lo más grande del mundo... gracias por la
fiesta, por la cadenita... por bailar el vals conmigo... por exis-

tir, Fernando.

— Si vos estás feliz, yo también lo estoy.

Se quedaron en silencio. Luego él dijo:

— Tendríamos que dormir un rato.

— Yo no tengo sueño, pero me voy a cambiar el vestido.

El patio de los Monterrey y los recuerdos imborrables.

Las elecciones trajeron discusiones políticas a la mesa. En la televisión menudearon los discursos, las entrevistas y las propagandas de partidos. La lluvia de carteles en las calles. La inestabilidad de precios obligó a Fernando a aprender cómo conducir su negocio en medio de cambios constantes. Tuvo que ser muy cauto en las compras y sumamente previsor en las ventas. Eran tiempos difíciles y obligó a reducir gastos en su casa. Asistió a un par de conferencias a la Asociación de Comerciantes donde ya era conocido y respetado, intentando entender el enredo en que la sociedad se sumergía. En esas reuniones se relacionaba con otros comerciantes, intermediarios, funcionarios y representantes de firmas diversas. En general eran bastante mayores que él, aunque aparecían rostros nuevos y jóvenes. También escuchó a algunos políticos que analizaban, fustigaban, defendían. Alguno le propuso integrar listas para las siguientes elecciones: "usted es muy capaz, y Monterrey es un apellidado que tiene prestigio". Fernando agradeció pero rechazó el ofrecimiento: "tengo una familia que cuidar". El otro se quedó mirándolo...

"pense que era soltero". Fernando sonrió y no dijo nada.

Se quedó helado cuando el gerente del banco lo llamó al negocio para decirle que le había girado en descubierta dos cheques por un monto abultado. "¡Qué cheques, yo no he librado cheques por esa suma!" Fue al banco y averiguó. No podía imaginarse de dónde había salido esa deuda. Alfreddito le informó: "...te has olvidado. Tu hermano los cobró". "¿Quién, Pablo?", "no, el mayor... ¿cómo se llama?" "Marcos", "sí, él los cobró, yo se los autorizé", "de veras... gracias".

No lo puedo creer. Ahora recuerdo que yo me dejé la cheque-ra en casa. Pero no puede ser que Marcos... por qué Marcos haría una cosa así... es que no me cabe en la cabeza... él... ¡justo él... no, tiene que haber un error... o yo me voy a morir de angustia...

Fernando entró a la casa justo cuando Marcos estaba por salir. Se le plantó delante y le habló con brusquedad:

— ¿Adónde vas?

Marcos trató de ignorarlo. Le contestó con un gesto de fastidio:

— Tengo que salir, me esperan.

— ¡Vos no vas a ningún lado, porque vos y yo tenemos que hablar!

Estaban por cenar, de manera que los demás se encontraban en el comedor. Al ver la escena se quedaron en suspenso. Marcos intentó seguir ignorándolo. Después quiso imponerse:

— A mí no me des órdenes.

Fernando le aplicó tal cachetazo que sonó en todo el comedor. Marcos trastabilló y casi se cae. Después lo tomó por las solapas y le dijo con furor:

— ¡Entrá al escritorio! ¡Me vas a explicar esta deuda o te voy a reventar... mientras comas de lo que yo gano, te voy a dar las órdenes que quiera!

Todos quedaron petrificados. Era la primera vez en todas sus vidas que sus hermanos tenían semejante encuentro. Siempre habían sido más bien compinches.

Fernando empujó a Marcos al escritorio. Después se volvió y dijo con el mismo tono violento que trata:

— Silvia, veni. Quiero que veas esto.

Ya en el escritorio, Fernando se paró frente a Marcos:

— Sentate.

— No volvas a pegarme, Fernando, yo no quiero pelear con vos.

— Decime Marcos, ¿vos me sacaste cheques y los firmaste?

Silencio.

— ¿! Vos firmaste esa suma?! —insistió—

Silencio.

— ¡Pero vos tenés idea de lo que has hecho! ¡Cómo te pensás que yo puedo responder a semejante cosa!

Intervino Silvia:

— Marcos, no lo puedo creer. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué le hiciste una cosa así a Fernando?

Marcos no respondía. Quedó mirando un punto en la nada. Estaba abstraído. Al fin dijo con voz lenta, casi sin entonación: — Era deuda de juego... me amenazaron...

Fernando volvió a propinarle una cachetada al tiempo que gritaba:

— ¡No sabés que tus hermanos comen de allí!

Silvia se puso entre ellos:

— Basta de golpes, Fernando.

Marcos intentó responder, era como si le costara hablar:

— Está bien... te voy a explicar lo que quieres saber... pero no volvas a pegarme... yo no quiero levantarte la mano...

La indignación y la rabia de Fernando iban cediendo para dar paso a la decepción, al dolor... a la angustia.

— No me expliqués nada Marcos, yo no puedo entender por qué me has traicionado así. — Su voz volvió a manifestar rabia, pero quebrada por la pesadumbre— ¡Cuándo te negué algo... cuando te faltó algo para que me hagás esto! Justo vos... Marcos... andate a la pieza... no quiero verte...

— Esperá, Fernando, yo quisiera...

— Andate. Ya no quiero escucharte.

Marcos se fue. Algo extraño había en él.

Silvia trató de suavizar.

— Fernando, si necesitás dinero yo tengo. Te lo puedo facilitar para que paguemos esta deuda.

El se había sentado en el sillón y tenía la cara entre las manos. Le corrían lágrimas incontenibles.

— Gracias, Silvia. Lo voy a necesitar. Pero no sé cuándo ni cómo te lo voy a devolver.

— Eso déjalo. Este es un problema de la familia, no tuyo. Después vemos.

— ¿Podés entender esto, Silvia?— Luego de una pausa— Dejame solo, por favor, no voy a la mesa esta noche... hacete cargo. Ahora no lo entiendo, pero seguramente alguna explicación tiene.

Después de dos días en que la familia Monterrey zozobrababa por la situación de enojo de los dos hermanos, Elena decidió que tenía que poner las cosas en su lugar. "Este asunto de que Fernando duerma en el escritorio me tiene a maltraer... está muy resentido... tiene razón, pero esos dos se tienen que sentar y aclarar sus cosas... o esto va a terminar en un enojo para siempre... yo no estoy convencida de que Marcos haya sacado así nomás los cheques... pero no hablan, si no hablan ahora no lo harán más. Yo conozco casos en que por orgullo se han peleado para siempre. Y en esta casa estamos todos sin alma ya..."

— Pablo, no vendás esa mercadería.

— ¿Qué le decimos a los clientes?

— No tengo precio. Acabo de hablar por teléfono y no me

dan precios.

— Hagamos lo mismo... dáselas sin precio.

— Después no la vamos a poder cobrar... mejor esperemos.

— Así no podemos trabajar... tenemos que vender.

Fernando en el escritorio miraba la foto de Cristina. Pablo le

sugirió:

— Deberíamos presentarnos a las licitaciones. ¿No has pensado en eso?

— Cuando este llo pase...? Revisaste el patio?

— Sí.

— ¿Se fueron todos?

— Menos don Luis.
Una pausa silenciosa.
— Dale, Fernando... aflojale con Marcos... estamos todos muy mal con eso de que ustedes están peleados.
Fernando lo miró. Un suspiro hondo:
— Yo también estoy mal.
— Y por eso, deberían conversar las cosas. Marcos no pudo haberlo hecho tan así.
— Ahora se hace el resentido... él... Andá a casa, Pablito. Me voy a quedar a terminar unos costos, después cierto y me voy.

Elena entró al dormitorio. Marcos estaba tirado en la cama. Llevaba allí dos días. Elena empezó a guardar y ordenar la ropa que trata planchada.
— Marcos, tengo que limpiar el dormitorio. No alcance a hacerlo esta mañana.
Lo encaró decididamente:

— Ya basta de eso, muchacho. No me des explicaciones a mí, pero vos te vas con tu hermano y no vuelva ninguno de los dos hasta que se hayan entendido entre ustedes.
Marcos se levantó. Se tomó la cabeza entre las manos porque le dolía horribilmente. Sentía un pesar que lo aplastaba.
— Ni siquiera vas a la facultad. ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí todo el día?
— No sé qué hacer. Creo que debería irme de casa.
Elena giró en redondo.

— ¡Te has vuelto loco! Ya bastante tenemos con los dos hechos una sombra.
Suavizó el tono:

— Vení —le tomó la cara entre sus manos y puso en ellas una caricia tierna— escuchame Marcos: has cometido un error... muy grave... no sé qué te pasó, eso lo sabrás vos... pero no es eso lo que nos preocupa sino tu actitud de quedarte ahí sin hacer nada. Fernando te está esperando para abrazarte porque él tampoco puede más con esta situación. Esta familia, Marcos, es más fuerte que todos los cheques juntos.

— Fernando no quiere verme—un hondo suspiro— y tiene razón. Lo peor es que no sé cuándo hice eso de los cheques—habla pausado, pensando cada frase—estoy reaccionando recién. No tengo valor para verlo!

— Te equivocás. El no desea otra cosa que verte. Pedile perdón. Explicale lo que te ocurrió... él va a saber escucharte. Marcos pensó unos minutos mientras apoyaba la cabeza contra el vano de la puerta.

— No sé... si él me rechaza yo me voy.

Elena destendió la cama.

— Voy a cambiar estas sábanas. Hijo, pensalo así: Vos rechazarias a Fernando? Qué hartas vos en su lugar?

Elena ordenaba ropa, tendía la cama, limpiaba los muebles:

— Ustedes dos se quieren mucho, así que basta de sufrir. No sólo por vos... no tenés derecho a tenernos a todos con el estomago apretado.

Se irguió delante del muchacho y le habló sin rodeos:

— Ahora mismo te vas al negocio. Después de cerrar siempre se queda solo arreglando sus papeles... vamos, corre... y dejate de estar encerrado aquí. Esta noche duermen los dos en este dormitorio como debe ser... ¡Caramba! —Y dándole un beso en la mejilla amagó tirarle de la oreja. Marcos sonrió aliviado. Elena... siempre allí, justo donde hace falta!

Don Luis salía y Marcos entraba...

— Buenas noches, señor Marcos.

— Buenas noches, don Luis, ¿está mi hermano?

— Sí, en el escritorio. Hasta luego.

A través del vidrio de su estudio lo vio entrar. Suspiro aliviado, pero no dejó de trabajar en los papeles... tenía que liquidar los sueldos al día siguiente.

Marcos se afirmó en la puerta, no sabía que decir... Fernando levantó la vista "Hola, Marcos". El primero suspiro, su hermana no facilitaba las cosas. Giro mirando al salón y después nueva-mente al escritorio:

— ¿Podemos hablar?

— Esperame un minuto que termine esto.
Marcos miró la foto de Cristina que sonreía feliz... recordó cuando ella fue a su casa a avisar que Fernando... lloró en su pecho desesperada. Fernando terminó, se levantó y guardó unas carpetas en las repisas "...mañana tengo que pagar los sueldos". Se sentó nuevamente y miró directo a su hermano. Este bajó los ojos.
— Sentate, Marcos... ¿queres? —Le pasó un paquete de cigarrillos.

— No sabía que fumabas.
— Aquí suelo fumar un cigarrillo antes de irme... o lo tengo para convidar. En casa jamás, ni vos tampoco.
— Seguro, —hizo una pausa— no sé cómo decirte... no entiendo lo que me pasó, Fernando, porque yo no me acuerdo cuando saqué los cheques... es decir lo recuerdo como si lo hubiera soñado, no como si lo hubiera hecho.
Fernando no dijo nada.

— Conoci a una mina impresionante en la facultad, me invitó... qué sé yo... me enredé con ella... me volvió loco.
— Por eso te ibas todas las noches.
— Por eso. Pero me seducía como diciéndome... después. Me llevó a un sitio donde había unos tipos... me senté a la mesa de juego. Yo me decía "una mano y me voy con la mina". Me metieron de a poco y cuando quise ver había jugado bastante... pero de forma rara Fernando, porque era como si yo no fuera yo... como si no tuviera reacciones mías...

Calló un momento.
— Me siento como si despertara de una pesadilla. No recuerdo bien lo que hice. Era como si yo no manejara mis actos... ¿entendés?
— Más o menos, Marcos. Vos te metiste en una deuda de juego...
— Y los tipos amenazaron... yo no estaba muy conciente de la suma.

— ¿Te acostaste con la mina?
— No llegamos a mucho.
— Era el anzuelo... y vos picaste. —Fernando sonrió— Sos un

mujeriego incorregible, todo lo que lleva polleras te hace perder la cabeza.

— Perdoname, Fernando... si vos querés que me vaya de casa... tenés razón. Me porté como un gusano... justo con vos... pero te juro que algo raro me pasaba... era como si hubiera estado sonámbulo todo el tiempo... igual no me justificaba...

Ambos fumaban en silencio. Pensaban. Después Fernando dijo:

— Es raro, ¿no habrás estado drogado, no te habrán dado algo así?

A Marcos esa idea no se le había ocurrido. Así que se quedó pensando en lo que le había sucedido esos días:

— Es posible, porque a cada rato servían bebidas y cosas, por lo menos borracho. Estos dos días que he estado en la pieza... durmiendo casi... claro... puede ser porque me siento como si saliera de la anestesia... no sé, Fernando... no sé.

— Con razón no reaccionabas... en el escritorio... yo te sacudía fuerte pero vos no reaccionabas, me mirabas nada más.

— No me acuerdo bien. Sé que me golpeaste.

— Te hubiera matado si Silvia no se pone por delante... estaba furioso con vos, más que furioso... estaba dolido.

Una pausa. Ambos se miran, Marcos desvía sus ojos hacia el salón, se afirma en la puerta y sin mirar a su hermano dijo:

— Me perdonás?

Fernando se levantó de su asiento y caminó hasta ponerse a la par, lo hizo lentamente, tomándose su tiempo. Después le habló con esa dulzura especial que él solía usar cuando hablaba a sus hermanos desde su corazón:

— Marcos... no volvés a decir que te vas de casa... es nuestra casa, no mía. Tenés que dejarte de pavaditas porque sos un Monterrey y eso significa que tenés que sacar lo más noble y bueno que hay dentro tuyo para volcarlo afuera. —Puso nostalgia en su voz—? Por qué creés que papá fue honrado por tanta gente? No sólo porque sabía mucho para salvar a los demás. Hacía sentir hasta el más miserable como un ser valioso por el que valía la pe-

na pelear... se quedaba luchando por una vida hasta la hora que fuera—prendió otro cigarrillo—vos y yo lo sufrimos Marcos, porque también entregaba el tiempo de sus hijos para explicarle a sus alumnos que era ser un médico... nos entregó a nosotros que sufríamos su ausencia. No sabíamos lo que era un descanso porque los domingos estudiaba, escribía para que otros también pudieran usar lo que él sabía... peleaba por una vida sin preguntar.

Marcos escuchaba en silencio, pero su rostro mostraba asombro. Fernando continuó.

— El quiso ser un gran médico, no para que lo homenajearan sino para ayudar, para entregarse... hay mucho que hacer por la gente, hermano, y no te olvidés nunca... nunca más, que vos sos el hijo del doctor Francisco Monterrey.

Ambos se habían emocionado. Fernando logró serenidad en sus palabras:

— Yo no tengo tu talento para dedicarme a los demás... yo sólo puedo preocuparme por ustedes... pero vos Marcos tenés que seguir la obra de papá, no para orgullo personal tuyo, sino porque los demás te necesitan... y él me lo pidió en una carta. Hizo una pausa y continuó:

— Mirá el desastre que es todo ahora...? sabés por qué? Porque nos gobiernan cuatro sinvergüenzas llenos de mezquindades... por sobre eso hay que elevarse Marcos.

Le puso una mano sobre el hombro a su hermano:

— Y dejate de polleras y juegos... porque la próxima vez ni Silvia te salva—se lo dijo sonriendo—.

Marcos se sintió sacudido por ese ser maravilloso que volcaba en ellos su inagotable nobleza sin que se le notara... él los estaba salvando a todos. Lo miró estremecido por un amor profundo porque descubrió en su hermano un tesoro oculto que les llenaba la vida de bondad.

— Fernando, ¿puedo darte un abrazo?

— No, Marcos. Esta noche voy a dormir en nuestra pieza, como siempre. Y estoy feliz de que hayas venido porque yo no puedo estar enojado con ustedes, y porque esperaba una expli-

cación... la que fuera. Pero ese abrazo de perdón definitivo te lo voy a dar el día en que me traigas el título... cuando te recbas y decides por fin encontrar las huellas de nuestro padre... entonces sí te voy a abrazar fuerte porque sabré que mi misión estará cumplida.

— Sos duro. Falta mucho para eso.

— Y vos te lo vas a ganar cada día. Es duro para vos y también para mí. Mis brazos te van a estar esperando...

Se quedaron unos minutos en silencio. Al encontrarse sus miradas se sonrieron y sintieron que estaban unidos nuevamente. — Y ahora vamos a casa que ya es tarde.

Cerraron el negocio y salieron... ¿y el auto?... no lo tengo, está en el taller... hay que cambiarlo... ya no da más... ahora va a tener que esperar... caminemos, es lindo caminar... a vos siempre te gustó caminar... se aprende a conocer la ciudad... Iban juntos. La gente los saludaba y se quedaba mirándolos. Siempre estaban juntos. Los miraban y comentaban: "...son los Monterey... los hijos del doctor Monterey", la gente comenta cuando los ven juntos: "...ese que arrestaron..." y vuelven sus rostros al verlos pasar "...y dicen que todavía la espera..."

Llegaron a la casa y toda la familia suspiró aliviada. Los demás se levantaban de la mesa porque ya habían cenado.

Fernando: —?Silvia no llegó?
Elena: —No. Tampoco llamó.

Marcos: —Ya irá a llegar... puede haberle caído una urgencia.
Fernando: —Es tarde, nosotros nos demoramos.

(Se sientan a la mesa. Elena la ordena para servirles).

Fernando: —Pablito, andá a don José y traete dos cervezas.

Elena: —Tengo cerveza en la heladera.

(Se abre la puerta. Entra Silvia con un maletín y su chaqueta blanca desprendida).

Silvia: —!Uf, qué día! (Mira la mesa y sonríe). Al fin se va a poder comer en esta casa...

Fernando: —?Por qué?

Silvia: —No te hagas el tonto (se quita la chaqueta y se sienta

a la mesa con un papel en la mano). Tengo novedades, vengo del escritorio de Germán.

Marcos: -No me sirva tanto, Elena...

Silvia (pasándole el papel a Fernando): -Ha llegado un dinero de los libros publicados que escribió papá. Son bibliografía en varias universidades.

Fernando (leyendo el papel): -Es una buena suma... (le pasa el papel a Marcos).

Silvia: -Lo justo es dividirlo en partes iguales.

(Fernando se queda pensativo).

Marcos: -¡Bajen ese televisor, no se puede conversar!

Silvia: -¿Qué estás tramando, Fernando? Yo conozco esa expresión.

Fernando: -Estaba pensando que tenemos dos posibilidades con este dinero:

Silvia: -Ya me parecía.

(Elena va y viene con platos y bandejas).

Marcos: -¿Qué posibilidades?

Fernando: -Podemos repartirlo en partes iguales...

Silvia: -¿O?

Fernando: -O podemos cambiar el auto. Quedaría en la familia de todas maneras.

Marcos: -Esta última posibilidad me gusta. Saltamos como cuatro modelos, nos vendría barato...

Siguieron conversando. Volvió la paz a la casa de los Monterey, pero no todo era igual. Uno de ellos encontraba una luz distinta en su espíritu.

Fernando solía encontrarse con sus compañeros del normal. Esos encuentros se hacían cada vez más frecuentes en los últimos meses porque uno a uno se iban casando, acontecimiento que era festejado por el resto. Algunos ya asisten con sus parejas. Fernando iba casi siempre, pero no se quedaba mucho. Esas reuniones en realidad lo ponían triste y no le gustaba ser blanco de bromas. Prefería las salidas que Marcos le proponía.

Era domingo. Marcos bajó y encontró a Fernando sentado a la mesa del comedor leyendo un libro en el que marcaba algunos párrafos. Lo miró con sorpresa:

— ¿Estás estudiando... o yo veo mal?

— Estoy estudiando.

— ¿Estás enfermo? —le dijo poniéndole la mano en la frente—.

— Salí... no molestes.

— ¿De qué se trata ese libro?

— Estoy leyendo sobre marketing, técnicas comerciales, ventas...

— ¿Para qué?

— Para que el negocio no se funda, hermanito, y podamos seguir comiendo. Se vienen cambios fuertes...

— ¿De dónde lo sacaste?

— De dónde va a ser... de la librería. Deja de molestar ahora, quieres...

Valeria terminaba ese año la secundaria. cursaba su quinto año salpicado de fiestas, salidas, proyectos... matizado con libros y amorfos. Fernando la observaba de cerca... como al resto de sus hermanos. Procuraba que fueran felices y que encontraran un camino seguro para sus vidas. Pablo estaba en tercero y se había convertido en su mano derecha en el negocio. Trabajaba con él todas las mañanas desde que lo castigó por faltar a la escuela... lo sacó de un sitio medio escondido donde iban chicos de la secundaria... él se enteró cuando el director lo llamó para decirle que Pablo no estaba en la escuela... lo buscó, lo trajo a casa y le dio la única paliza que Pablo sufrió de manos de Fernando. Cuando pasó el enojo, le acarició la cabeza mientras le decía "...te portaste como un hombre", Pablo sonrió. Al igual que le sucedió a él muchos años antes, a su hermano el trabajo en el negocio le gustó. Fernando le fue enseñando: Pablo iba al banco, a rentas, a impuestos. Pablo controlaba los pedidos. Le enseñó a sacar costos, a manejar la maraña de impuestos. Pero la función específica de Pablo era controlar el patio y la carga y descargar de mercadería, así como el trabajo de los empleados

de atrás... "quiero que mantengan limpio y ordenado... no permitas el desorden, Pablo, porque no vas a poder controlar", Ferrando le enseñaba.

Era un muchacho silencioso, de buen carácter y tranquilo. Aparte de jugar al básquet le gustaba mucho salir y a veces Ferrando le llamaba la atención porque volvía muy tarde "...no te hagas el vivo, Pablito, cuando yo te digo una hora me haces caso, o te corto las salidas...". "Esta bien, Ferrando". Pablo quería mucho a su hermano porque lo había sentido cerca suyo desde siempre. Le obedecía con naturalidad porque para él la imagen de su padre estaba como estumada. Mientras crecía fue siempre Ferrando esa realidad viva y segura que lo fue llevando de su mano. Distinta era Valeria. Ella había sentido a su papá dentro de su corazón y cuando realmente necesitaba un apoyo firme para crecer se quedó sin él. A Valeria le costó aceptar la autoridad de Ferrando.

Siempre la atormentó inconcientemente la idea de quedarse sola, ella no confiaba del todo porque estaba convencida de que algún día él los dejaría también. Contrario a Pablo, Valeria era bulliciosa, discutidora, polémica, cambiante.

A veces obedecía a Ferrando contenta y le daba un beso, a veces se ponía rebelde. Por semanas estaba en la casa todo el día: se volvía ordenada, colabadora, le daba por hacer postres y tortas, limpiaba y adornaba con flores; otras semanas vivía en la calle, su cuarto era un revoltijo y apenas si pasaba por la casa. Ferrando la llamaba al orden con severidad... eran días en que Valeria se ponía irritable, pero su hermano le tenía mucha paciencia porque entendía su drama. Jamás le levantó la mano, es- peraba que a ella se le pasara el mal humor y después imponía sus reglas... Valeria terminaba obedeciendo.

Venían a buscarla sus amigas y con la excusa de estudiar llenaban el comedor de papeles, carpetas, bolsos, libros, campetas... A Ferrando le gustaba verlas como un puñado de pájaros que impregnaban el aire de su casa con la música de sus voces, del grabador, de sus canciones... de su escaso estudio y era todo el tiempo un constante hablar. Valeria se ponía orgullosa

cuando las chicas miraban a sus hermanos y le hacían comentarios "...está fuertísimo", "...dale, Vale, llámalo para algo", "no, a mí me copa el otro...", "bueno... veré cómo lo hago venir...", "llámalo a Pablo...", "con esa timidez ruborizada de las adolescentes. Ella se reía. Lo comentaba en la mesa "...y yo les dije a las chicas, no se metan con los Monterrey porque son muy difíciles de conquistar". La carcajada fue general, Jorge le refutó "no creas, a mí no me costó tanto":

Valeria era esbelta y tenía el cabello castaño y ondulado. Era moderna para vestirse y se arreglaba con informalidad. Solía tener momentos de ternura con Fernando cuando lo veía nostálgico: ella le regaló un cassette cuyas canciones solía escuchar él a veces, cuando tenía ganas de estar solo y recordar. Muchas veces Valeria se sentaba en el sillón con su hermano y escuchaban música juntos, hasta que lo sacaba de su melancolía. Era bonita y a veces muy simpática... otras no tanto, por eso cuando aparecieran los novietos, Elena tranquilizaba a Fernando: "no le van a durar gran cosa. Valeria es brava". En efecto, nunca duraban demasiado porque el conflicto emocional de la muchacha la hacía muy cambiante en su carácter y en sus sentimientos. Su hermano solía hablar largamente con ella y Valeria le abría su corazón "...no ¡juegues con eso, te vas a hacer daño". Otras veces bruscamente le decía "no tenés por qué meterte en mis cosas".

En la mesa del domingo lo anunció:

— Voy a seguir medicina.

Todos la miraron.

— ¿Estás segura?—comentó Silvia— nunca lo dijiste antes.

Fabio dijo con solemnidad:

— En esta casa la medicina es una verdadera epidemia. Me nos mal que estamos nosotros, Fernando. Mantenemos la familia sana.

El comentario causó risa general.

Maria Inés era una niña dulce y apacible. Para ella nunca hubo otro papá que Fernando, ni otra mamá que Elena. Ella los sentía en su corazón de manera que las explicaciones no hacían

falta. Terminaba la escuela primaria y era la única que le hacía regalos a Fernando para el día del padre y a Elena para el día de la madre. Les brindaba dibujos y canciones. Tenía grandes aptitudes para la música y para su cumpleaños obtuvo un órgano musical donde pasaba horas con sus sonidos armoniosos... como armonioso era su espíritu.

Cuando Fernando tenía alguna rabieta ella esperaba que se calmara y entonces lo buscaba y se sentaba junto a él para contarle cosas, le daba un beso en la mejilla "...es para que se te pase el mal rato". Él la acariciaba y se lo agradecía. No podía negarle nada cuando la niña pedía algo porque lo desarmaba con su bondad.

Fernando tenía paz en su corazón y se sentía feliz. Por eso su casa tenía felicidad también. "Solo me falta Cristina" y cuidaba con esmero el jazmín.

También tenía paz Elena. Conocía de una mirada el corazón de cada uno y cada uno sentía por ella un cariño profundo e indefinible porque Elena siempre estaba en el sitio justo para adinar una lágrima "...a ver, contame", para controlar un desajuste "...y te pones a estudiar ya mismo, antes de que se entere tu hermano", para ordenar con ese tono tan suyo "...llévate campera". Ella era el orden silencioso, la conversación alegre, la indicación precisa. Ella ocupaba el sitio de la madre, pensaban, porque no sabían bien cómo eran las madres... "seguramente como Elena". Elena en las grandes pequeñas que hacen andar la rueda de la vida con una manera exacta y sublime de poner la mano en la frente para decir "...vos no estás bien... sí... tenés fiebre...". Elena que jamás pedía, que nunca se mostró malhumorada, que tenía palabras justas, palabras tiernas, palabras graciosas, palabras difíciles, palabras de amor, palabras sabedoras. Ella sabía todo: "Elena, ¿no vio mi libro que no encuentro?" "Sí... soy libre el modular" "Elena... ¿mi buzo azul?", "Elena... ¿cómo haré para acortar esta pollera?" "Elena... sea buena, van a venir unos amigos..." "¿Qué bueno este postre, Elena!"... Fernando la

busca cuando está sola para preguntar "No sé qué hacer, Elena". "Mira, a mí me parece que lo mejor es..." "¿Qué haría sin usted?" y le da un beso en el rostro pequeño... Si alguna vez lloró nadie se dio cuenta. La cebolla seguramente. "Hablemos de usted". Los leños ardiendo, el living tibio y todos con flojera alrededor. "¿Dónde nació?" "Aquí, el día en que llegue". Pablo dice "como si cayera del cielo" "Así es...? no has visto cómo caen las estrellas fugaces? Bueno... alguien en esta casa pidió un deseo... y yo vine". Sonrisas. "Usted y sus historias...? de dónde las saca?" Elena, es cierto. Usted cayó del cielo, como decía papá: el milagro de esta casa...

El día en que Marcos rendía la última materia, Fernando no se podía concentrar en ninguna cosa. Tenía una ansiedad casi incontrolable que lo hacía ir y venir de un lado a otro diciendo una cosa y contradiciéndola al rato. Pablo se lo hizo notar:

— Pará, Fernando, ¿qué te pasa? Calmate... Marcos va a rendir bien. Ha estudiado muchísimo.

— Tenés razón. No sé por qué estoy tan impaciente.

— Quería hablarte de esta licitación. Pero vos no tenés la cabeza para esto ahora.

— Está bien, hablemos.

A las doce Pablo se fue, como de costumbre, para llegar a tiempo a la escuela. A las doce y veinte Fernando llamó a su casa y Elena le comunicó que no tenían noticias de Marcos.

— Yo me voy a la facultad. Después llego a casa, Elena. Que los chicos hagan lo que tienen que hacer.

Llegó a la facultad y preguntó... le dijeron en el cuarto piso. Subió por unas anchas escaleras que daban a una gran galería

con columnas de mármol. A un costado, las puertas de las aulas. Vio en el extremo opuesto de la galería un grupo de jóvenes que conversaban animadamente. Otros se separaban y leían libros o apuntes. En medio de ese grupo vio a su hermano, pero Fernando se quedó afirmado contra la columna junto a la escalera. La puerta de una de las aulas se abrió y se escuchó una voz grave: "Monterrey, Marcos Monterrey". Fernando lo vio adelantarse.

— Sí, doctor.

— Ha dado un buen examen. Lo felicito.

— Gracias.

— Espero que siga usted los pasos de su padre a quien recordamos con mucho cariño en esta facultad.

— Eso voy a tratar—Marcos hablaba con voz temblorosa—.

Después el profesor llamó a otro alumno que entró al aula y la puerta se cerró.

El grupo estalló en una algarabía bullíciosa de felicitaciones y gritos. Tomaron a Marcos por los brazos, le cortaron la corbata, le arrojaron papeletos, lo querían levantar... él se defendía y se dejaba hacer... Alguien dijo:

— ¿No es tu hermano aquel?

En ese momento Marcos lo vio. Fernando había permanecido de pie, junto a la escalera, apoyado en la columna de mármol. Lo vio y se deshizo de los que lo tenían de los brazos...

Camino hacía su hermano y cuando estuvo junto a él se abrazaron con todas sus fuerzas... un aire cargado de emoción inundó la galería, los demás fueron callando y se quedaron silenciosos porque hasta ellos llegaba un sentimiento de amor profundo que partía de aquel abrazo.

Muy bajo... sólo para que su hermano lo escuchara, Marcos dijo "perdón, Fernando".

Se separaron y entonces ya más alto: "Gracias, hermano". Fernando le sonrió:

— "Divertite con tus amigos. Yo te espero en casa". Y se marchó por las escaleras. La algarabía estalló otra vez.

Fernando llegó a su casa con una emoción que no podía dominar. Estaba exaltado. Para calmarse un poco fue al patio y se sentó en un sillón, cerró los ojos un momento. Cuando los abrió se quedó mirando el jasmín: estaba más grande... lustroso... estallaban capullos blancos... perfumaba el entorno. Quedó maravillado porque le pareció que estaba casi luminoso... y una esperanza escondida le susurró: "Cristina" ...dijo en secreto... "Cristina".

Era sábado y la casa se llenó de gente que vino a saludar a Marcos: tío Agustín, Germán, hasta don José se acercó a darle un abrazo: "yo te he visto desde que ibas en brazos de tu madre al almacén... y ya médico... cómo pasan los años..." Venían todos sus compañeros de la facultad que acostumbraban a festejar cuando alguno se recibía.

Todos en la casa atendían la puerta, el teléfono, servían bebidas y dulces. Valeria estaba sumamente divertida, de paso invitó un par de amigas "...para ver esos tipos divinos que van con tu hermano..." Pablo silencioso ayudaba a Elena en la cocina y por el contrario Jorge hablaba todo el tiempo...

La fiesta estaba animada y Fernando disfrutaba porque le gustaba el trato con los estudiantes. Las chicas eran desenventadas y divertidas. "Marcos... tu hermano está más fuerte que vos... presentalo", "A ver quién se lo lleva... se lo regalo...", la camaradería era fácil y las ocurrencias ingeniosas. Después bajaron el volumen de la música y hablaban, discutían... tenían datos, sabían cosas, proponían... algunas a Fernando se le ocurrían imposibles, pero no decía nada... sólo escuchaba, él no sabía tanto como esos amigos de Marcos. Hablaban de cine, de artistas... de política... de la facultad.

Fernando miraba discretamente el jasmín: le pareció que brillaba.

El teléfono sonó. Atendió Valeria que justo iba pasando. Una muchacha rubia, con ojos claros y cabello semi corto pidió la guía de teléfono... era joven, sin duda, pero un algo de gasta-

da en su mirada, o algún *ricitus* indefinible hacían que su edad fuera imprecisa. El hombre que la atendió se quedó mirándola. Buscó temblorosamente en la guía: Monterrey, Francisco... tomó el número y marcó... sus dedos apenas podían encontrar las teclas y en su pecho el corazón le galopaba... era su última chance de vivir.

— Hola.

— Sí (pausa interminable), ¿con la familia Monterrey?

La voz temblaba del otro lado de la línea.

— Sí. ¿Con quién desea hablar? ¿Con Marcos?

Otra pausa y la voz femenina entrecortada...

— No. Con Marcos no. Con Fernando, por favor. ¿Está Fer-

nando?

A Valeria le extraño. Era raro que lo llamaran... pero esa

voz...

— Espere un momento... ¿Quién le habla?

— Llámelo, por favor.

Fernando estaba en medio del grupo conversando. Cuando

Valeria le dijo que lo llamaban se sorprendió. "¿Quién?", "No

se... una voz sugestiva".

Atendió el teléfono:

— Sí, ¿quién habla?

La voz del otro lado de la línea se hizo cristalina, pero tem-

blaba...

— Fernando... ¿puedo verte?... necesito verte ahora... nece-

sito verte Fernando...

Una emoción violenta lo dejó paralizado. Quedó en silencio

unos instantes largos como la eternidad... al fin pudo hablar:

— ¡Cristina!... Cristina, Dios mío, ¡sos vos Cristina!

— ¡Me reconociste—ahora era llanto—a pesar de los años me

reconociste!

Fernando trató de aflojarse... su rostro adquiría una dulzura

olvidada.

— Yo te reconocería aunque me llamaras de otro planeta...

La voz se hizo más segura.

— Estoy en Quinteros. Quisiera verte ahora...

— Sí, claro... ¿dónde?
— En el mismo sitio donde cinco años atrás nos separaron...
— Estaré allí dentro de quince minutos... el tiempo de mi casa a la plaza... ¿vos estás allí?
— Cerca... no puedo olvidar este lugar...

Fernando colgó. Tenía estrellas en los ojos y el corazón le cantaba en el pecho.
— ¿Qué te pasa? Parece que estuvieras volando.
— Tengo que salir, Elena. A lo mejor me demoro... atiendan esto ustedes. Elena se sorprendió.

— ¡Cómo vas a dejar la fiesta en tu casa! Esto no está bien. ¿Adónde vas?
— Cuando vuelva le digo... —salí— no se preocupen si me demoro...

Las cuadras de su casa a la plaza fueron el camino más largo del mundo. Fernando no sabía si iba detrás de un sueño o de una realidad. "Debo estar volviéndome loco", conducía rápido sin tener muy en cuenta las leyes de tránsito... "pero no... allí está... es ella ¡santo Dios! ¡es ella... inconfundible, única... es ella!

Detuvo el auto y se bajó. Ella se levantó del banco en que lo esperaba. Lo vio acercarse decidido, más alto, seguro. Lo vio acercarse emergiendo de sus recuerdos... absoluto. Había dejado un muchachito, el que se acercaba era un hombre. Ella tembló. Un hombre... otro hombre... ella no estuvo segura. Había vuelto por el amor primero... tuvo miedo, esa figura tranquila y casi desconocida le hizo saber que no es posible vivir el pasado y do... ella necesitaba con desesperación encontrar su pasado y partir de nuevo... él se acercaba altivo, resuelto.

Fernando se detuvo un instante frente a ella... la estrechó suavemente atrayéndola hacia su pecho... Cristina lo sintió honrado, poderoso. Después levantó su mentón hacia la luz y la miró a los ojos como si fueran dos ventanas a través de las cuales auscultar el alma. Ella lo reencontró en ese momento... ¡la misma

mirada mansa y profunda que había dejado! Ella lo reconoció en el abrazo tierno... tranquilo... perfecto. Fernando confirmó lo que había sabido desde siempre. Con voz serena, como un roce de paz le dijo las palabras exactas que ella necesitaba escuchar: — ¡Cuánto has sufrido, Cristina! Yo voy a borrar de tu rostro esas huellas de dolor... y voy a hacer que tu mirada brille otra vez. El reencuentro era como un milagro. Un milagro esperado. Pero a Fernando no lo sorprendió del todo, desde la noche de bodas en que la vio envuelta en tulles y encajes, en que vio la mirada apagada de Cristina, él supo que debía esperarla. Los demás podían no entender, quizás ella misma habría renunciado a su dicha, pero no Fernando. El nunca renunció a quererla, tuvo la voluntad de quererla, se hizo a la firme convicción de que ella volvería... volvería no sólo a buscarlo, volvería a buscar lo que de ella se quedó en Quinteros, volvería hacia su corazón simple y transparente... él lo había sabido siempre. Por eso pudo abrazarla como la última vez para decirle: "...ya nadie nos va a separar, Cristina". Cuando pasó la primera emoción pudieron conversar. Retomaron la fluidez con que siempre se habían comunicado... con palabras o sin ellas. Era como si esos cinco años no hubieran sido más que una noche larga, ahora estaban juntos en la plaza. Sin embargo un cúmulo inmenso de vida y experiencias pesaban sobre sus corazones, cicatrices que obligaron a crecer. Ya no eran dos adolescentes que recorrían las calles escapados, pero supieron que el amor primero estaba intacto... tal como se lo prometieron públicamente y delante del juez.

— Vamos a mi casa.

Fernando rió.

— ¿A tu casa? ¿Y que tu mamá me eche?

— Mi madre murió. Esta enterrada muy lejos de aquí. Estoy sola, he vuelto sola.

— ¿Cuándo llegaste?

— Esta mañana... estuve ordenando un poco. Cinco años la casa cerrada, casi me pierdo en ella.

Fernando se puso de pie, le tomó una mano y ella hizo lo mismo.

— Vamos adonde quieras.

Subieron al auto. Fernando condujo hasta la casa de Cristina. Los vecinos miraban extrañados... había movimiento en el hermoso chalet de los Smith. Cuando el auto se detuvo se escuchó un tecléo de celosías que se movieron... ellos bajaron.

— Te prevengo, Fernando. Cinco años la casa cerrada... así que no tengo luz, ni agua, ni gas. Es todo muy primitivo. El retra. Ella lo detuvo en la puerta, se puso seria.

— Quiero saberlo ahora: ¿Te has casado? ¿Tienes otra mujer? Tengo que saberlo ahora... y entretarlo.

Recién entonces, en la puerta de su casa, Fernando la besó con una pasión contenida para murmurarle: "sólo vos, Cristina".

La noche pasó como una brisa. Se contaron algunas cosas, se buscaron en el pasado y en el presente, ambos confirmaron que se pertenecían desde algún punto de la eternidad... porque cuando por fin se confundieron en esa penetración profunda y gloriosa, Cristina supo que Fernando no quería poseerla, quería unirse a ella con el palpitar ardiente de sus cuerpos, el sentir apasionado de sus corazones y la elevación incommensurable de sus almas... más allá de lo sensible: se unieron por fin... y palparon sus seres guardados intactos para entregarse... para abarcar lo absoluto partiendo de las caricias en sus cuerpos. Por eso vivieron un éxtasis maravilloso. Ellos eran carne y espíritu juntos, completo total ganado con lágrimas, mantenido con voluntad, callado con resignación... se habían pertenecido desde siempre.

Después... mucho después, hablaron abrazados en la cama, en medio de la oscuridad silenciosa:

— ...vengo de un dolor muy grande, Fernando... y apenas si puedo juntar los pedazos de mí ser para seguir viviendo. Estoy a punto de... matarme... y fue cuando tu nombre se cruzó inesperadamente... algún día te voy a contar todo... de a poco... porque todo ese pasado es una llaga en mi vida.

— No te pregunto nada, Cristina. —el la acariciaba con ternura— Estas aquí, para mí, como siempre.

— Eras mi última esperanza. Si tan sólo el teléfono hubiera dado ocupado...
— No te angusties ahora. Ya habrá tiempo para contarnos... yo también he vivido cosas que te van a sorprender.
Dormitaron... descansaron en silencio sintiéndose en la piel.
— ¿Cómo está tu padre?
— Murio hace cuatro años... nunca se repuso del ataque... que yo le cause.
— ¡Qué pena... todo aquello fue una pena injusta! ¿Qué pasó con ustedes? Tus hermanos eran chicos...
— Yo me hice cargo de todos ellos... mirá -le mostró el anillo - desde entonces tengo la responsabilidad de mi casa... debo pagar la deuda.

Ella suspiró y apoyó su cabeza en el pecho de él. Murmuró "hemos sido inocentes, Fernando... pero siempre debemos pagar... seguiremos pagando". Amanecía.
— Cristina, tengo que irme... van a estar preocupados en casa. Después vuelvo por vos. Quedate tranquila, todo va a ser distinto y maravilloso para nosotros.

Fernando llegó a su casa. Elena y Marcos estaban en la cocina inquietos. Entró... su rostro no era el mismo, algo había cambiado en su mirada... algo que irradiaba y que lo hacía sonreír. — ¡Bueno, aquí llegó! ¿Dónde te habías metido? Pensamos que te habías accidentado... o que te pasó algo. Ya salía a buscarte.
— Calmate, Marcos.
— ¡No me calmo nada! Te vas sin decir adónde, llegás a las seis y media de la mañana... dejaste la gente y la fiesta... ¿Qué te pasa? Marcos siguió retándolo, Fernando lo escuchó sin contestarle, callado...

— ¿Dónde te metiste?
— Estuve con Cristina, en su casa.
Elena comenzó a reír. Marcos pintó tal sorpresa que también Fernando reía de buena gana.
— Te dije, Marcos -terció Elena- hay una sola persona en to-

do el universo capaz de poner a Fernando en ese estado de...
abstracción.

— ¿Cristina volvió?

— Sí. Me llamó anoche.

Se quedaron callados como para asimilar la noticia. Después:

— ¿Y qué vas a hacer?

— Voy a traerla, para que comparta nuestra casa... nuestra

mesa... para que sea parte de nosotros.

Ese domingo fue como las cosas que bendicen la vida, porque
la llegada de Cristina hizo que la casa se vistiera de un paisaje
diferente, de colores alegres.

Fernando la fue a buscar. Se besaron con pasión... se besaron
dulcemente. Después salieron:

— ¿Trajiste el auto?

— No. Vamos caminando. La mañana está hermosa.

— Hace frío.

— ¿Ya no te gusta caminar?

Fernando la tomó de la cintura y la estrechó contra su cuer-
po... los vecinos se quedaron mirando.

Caminao de espacio, "...los domingos se levantan tarde".

Cruzaron nuevamente la plaza y se besaron bajo el árbol donde

los habían separado, "no nos venció". Caminaron sin apuro a lo

largo de las cuerdas, él la estrechaba contra su cuerpo... más de

uno se dio vuelta para mirar otra vez... "este es mi negocio",

"Fernando, qué bárbaro... ", "tengo una sorpresa para vos

aquí". Recorrían las calles y las galerías... lentamente... la apre-

taba contra sí con su brazo cruzando la cintura de ella. Su rostro

era luz de amor... en los ojos de Cristina aparecía alguna estre-

lla... caminaban y el cielo abría sus nubes para que el sol ilumina-

nara sus pasos... caminaban para redescubrir su pasado en el

presente... caminaban y la plaza mostraba sus flores para que

ellos se reconocieran... caminaban por las calles de Quinteros

hacia la eternidad... caminaban estrechados y riendo... y la gen-

te se volvía para verlos... verlos y comentar que a veces... en los

pueblos... suceden los milagros...

Llegaron. Cristina recordó los días de felicidad. Elena fue la primera en abrazarla. Después fue Pablito que volvía de un partido. Fernando la tomó de la mano:

— Vení, Cristina, vamos a verlo.

La llevó al patio y los dos se pararon frente al jazmín que estaba radiante. Una emoción causada por esa ráfaga de misterio los inundó y ambos se quedaron callados.

— Es como un milagro, Fernando.

— No es un milagro. Yo lo cuidé, lo protegí, lo mantuve vivo con mi decisión para que nuestro amor se mantuviera vivo y volvieras a mí.

— Esa fuerza tuya... es la fuerza que hace los milagros.

Apareció Marcos y la saludó efusivamente: "Estás hermosa, con razón mi hermano se vuelve loco por vos..."

El domingo prometía ser imborrable. A Fernando le parecía tocar el cielo con las manos: Cristina en su casa, en su mesa, junto a sus hermanos. Sus ojos brillaban, su risa era espontánea, su voz era dulce. Cuando la miraba quería brindarle el mundo en una caricia. A Cristina la vida volvía a latirle: estaba otra vez en Quinteros, en la casa de los Monterrey, junto a Fernando y él estaba con ella... sólo con ella.

La había esperado, había creído en la promesa. Era tan suyo como lo había sido siempre. Cristina tuvo miedo de estar soñando y tener que despertar porque todo en esa casa la hacía feliz: desde el amor profundo de Fernando hasta las cosas más simples que pasaban por su lado: el olor a café, a tostadas, la música que salía de alguna parte, los comentarios de cada uno que iba y venía, el diario que hojaban al pasar, alguna discusión... y los abrazos con que la recibieron: era parte de ellos. Recordó... ella siempre vivió horas felices en esa casa... y ese sentimiento guardado reflejaba para identificarse con ese sentimiento nuevo... recordó porque Pablito estaba ordenando el patio... recordó porque Elena iba y venía con sus quehaceres, indicaciones, opinando... como antes ahora... ella había vuelto para buscarse en las cosas significativas

de su vida y las encontraba precisamente allí, en esa casa, en el amor generoso de Fernando, en esos lazos invisibles de familia que respiraba. La abrazaron con cariño y la integraron sin pleite-
stias porque Cristina les pertenecía desde siempre... desde la nos-
talgia de Fernando... desde el amor inacabable de Fernando por
ella... Cristina había estado siempre entre ellos y ese domingo se
materializó su presencia. Por eso no necesitaron más que un abra-
zo y la alegría de saberla eterna amante de su hermano.

Ella redescubría a cada uno. Redescubría el ritmo de la casa: siempre había risas en el hogar de los Monterrey. Ella tenía re-
cuerdos que se agolparon cuando se detuvo unos minutos sola
en el comedor frente a la fotografía del doctor. Le inspiró un
sentimiento de bondad y pena. El siempre la había tratado con
cariño... recordó los domingos estudiando... jugando en el pa-
tio... ella lo hacía reír... la adusta cara de don Francisco reía
cuando ella estaba... siempre lo quiso al doctor porque no tenía
dobletes, no ocultaba cosas...! Era tan distinto a su padre! Re-
cordaba... las palabras del doctor tenían un solo significado...
era simple... era bueno. Miraba la fotografía y honró su memo-
ria. Una puerta que se golpeó la sacó de su ensimismamiento.
Escuchó la voz de Fernando pero no reconoció el tono: nunca lo
había oído cuando llamaba la atención a los demás. Se sorpren-
dió y salió al living: él retaba a María Inés, los otros guardaban
silencio.

— No vuelvas a golpear las puertas así porque te vas a que-
dar el día encerrada en tu cuarto. Esos no son modales...

María Inés estaba llorosa y enojada, Fernando pintaba severi-
dad en su rostro. Cristina miraba asombrada.

— Es que esas alas no sirven... no me gustan.

—! Eso no te da motivo para golpear puertas!

— Bueno, pero yo necesito las alas para esta tarde... yo soy la
bailarina principal y mi traje tiene que ser el más bonito... de
mariposa. Esas alas son feas.

Jorge puso la nota.

— Pues díles que son alas de sapo y ya está.

Los demás rieron.

— No te burlés, Jorge —dijo Fernando— María Inés tiene un problema.

— No me mires a mí —dijo Valeria— yo no sé hacer esas cosas. La niña lloraba despacio. Nadie sabía cómo solucionarlo.

— Hice lo mejor que pude —se justificó Elena— pero no soy muy hábil.

Un momento de silencio. María Inés comenzó a volverse hacia su cuarto para no llorar delante de los demás "...no voy a salir en la fiesta". Entonces intervino Cristina:

— Yo puedo hacer las alas que necesitas.

Fernando la miró:

— ¿De veras? Sí, claro, tus manos de artista...

Cristina se dirigió a María Inés:

— Yo te voy a inventar el par de alas más hermoso que te imaginas... de mariposa ¿no? ¿A qué hora es la fiesta?

— A las seis y media.

— No hay mucho tiempo.

Cristina se animó. Puso en marcha el proyecto con energía...

— Fernando, necesito alambres finos... ¿tenés?

— No le preguntes eso a un ferretero —dijo Jorge riendo—.

— Y algunas telas...

Se consiguieron los alambres, gasas, mostacillas, hilos, brillantina...

Cristina comenzó su labor. María Inés, como hipnotizada, no se movía de su lado.

Interrumpió el trabajo para almorzar.

— Vení, Cristina —dijo Fernando y la tomó de la mano, la condujo a la mesa —sentate aquí.

Cristina miró a todos... qué sagrada bondad se respira en tu

mesa Fernando... qué hombre maravilloso te ves en este momento en que te sientas a la cabecera y me miras con tanto

amor... gracias... no sabes, no tienes idea precisa del tesoro que

has formado a tu alrededor... sólo basta mirarlos Fernando...

tus hermanos ríen... te respetan, te aman... sólo basta respirar

este aire de tu aliento y escucharlos... se sienten seguros porque

te ven allí, tranquilo, perfecto... no creo que te hayas dado cuenta del todo... eres como el mástil de un barco: te yergues sobre

las borrascas y señalas el camino... y yo te amo aún más desde mi admiración. No te has dado cuenta de tu valía, Fernando... pero este bullucioso parlotear de tu mesa alegre es el fruto de tu entrega sin medida... no sabes, mi cielo, no has conocido lo que son las mesas en soledad...! Mejor que no lo sepas nunca! Igualmente lo que son las mesas lujosas y frías, de conversaciones interresadas, absurdas, afectadas. No sabes lo que se sufre en ellas! Eres, Fernando, como la estrella de un pesebre que una vez tuve. Sólo basta mirar sus rostros tranquilos y una comprende tu obra... Marcos te admira, Silvia te ama, Pablo se enreda en tu mirada, Elena te protege, Jorge es tu amigo, Valeria te teme... que quisiera atarte a su miedo, María Inés te siente poderoso... y yo... yo que he llegado a esta tu mesa para adorarle el resto de mi vida... para traerte mi corazón intacto y entregarte lo que soy y lo que seré... para amarte más allá de la vida. Gracias, Fernando, por las horas que nos esperan... por darme esta inolvidable bienvenida.

— Bienvenida a mi mesa, Cristina, y ojalá te quedes para siempre.
Cómo no habría de quedarme para siempre, mi cielo, si no entendi jamás mis días lejos... yo también me miraré en tus ojos para ser parte de tu mismo aire... es egoísta decir que te amo, Fernando. Hoy, en esta mesa, más bien debo decir que te amamos...

A las cinco de la tarde las alas estaban terminadas. Cuando María Inés se probó el traje de mariposa con sus alas, los demás quedaron admirados. Jorge le dijo que cuando las mariposas vieran sus alas se iban a morir de envidia. María Inés estaba emocionada... abrazó fuerte a Cristina... y la metió en su corazon para toda la vida... y bailé esa tarde y para siempre movida por esas alas que me diste Cristina, aquel domingo glorioso en que llegaste a casa. Y yo sabía que mis alas brillaban... y yo sabía que vos estabas en un asiento allí abajo con Fernando, y parecía que vos estabais dentro de mi cuerpo y la transforme en movimientos que fueron como alas armoniosas y me-

lódicas que brillaron para siempre... como el amor que ustedes se tenían... y bailé mucho mejor de lo que sabía... inventé fort-mas nuevas para vos porque mis alas brillaban como empezó a brillar la mirada de Fernando ahora que vos estás a su lado... y bailé para siempre... me tomaste de tu mano y me llevaste a las academias... a los profesores... me fuiste elevando hasta convertirme en una artista porque aquel domingo le dijiste a Fernando que yo había nacido para bailar... y no te equivocaste porque desde entonces la danza mueve las fibras más profundas de mi corazón cuando cierto los ojos y dejó que la música me penetre... y desde ese domingo veo tus alas que brillaban y entonces mis pasos se hacen más parecidos al vuelo de las mariposas y mis manos acariciaban las brillantes y me nuevo pensando en la luz de la mirada de Fernando cuando vos estabas con él... y bailé desde entonces y yo sabía que siempre... siempre ustedes dos estaban en alguna hilera de los teatros que fui recorriendo desde ese domingo en que partí del tablado de la escuela. Me diste las alas Cristina, y volé para siempre con ellas... y hoy que hago mi presentación consagratoria con el Ballet Principal, hoy que el teatro está colmado y mi nombre aparece en la cartelera... hoy, que se que la butaca contigo a la de Fernando está vacía para siempre... voy a penetrar de música mi corazón y moverme con tus alas brillosas más liviana que nunca... porque hoy quisiera que mi danza llegue hasta donde están los ángeles...

A partir de aquel domingo la casa de los Monterrey supo lo que era ese misterioso sentimiento que hace que los hombres rían. La dicha de Fernando se transmitía a todos como si fueran ondas invisibles que pasan por el aire y se meten en la piel. En su mirada se borró ese punto de tristeza que había tenido desde siempre y dio paso al brillo que la alegría de un hombre enamorado estampó en su risa. Vivieron todos el ritmo intenso de la felicidad de Fernando y Cristina... traspasó las puertas de la casa y se metió en el aire de la ciudad... y sin que ellos se dieran cuenta, contaminó los corazones más sensibles que los vieron como una imagen de las cosas bellas... Los vieron juntos otra vez caminando los domingos cuando Fernando iba a buscarla para llevarla a su casa... los vieron juntos cuando concurrían a las presentaciones de María Inés, los vieron juntos cuando recorrían los parques abrazados para sentarse afirmados al tronco de un árbol, los vieron juntos cuando Valeria y después Pablo recibieron sus diplomas, los vieron juntos en el negocio, en las reuniones del grupo de egresados que

ese año hizo un festejo especial en honor a la vuelta de Cristina, murmuraron cuando el auto de Fernando permanecía hasta el amanecer en la puerta del chalet de los Smith... y siempre estaban dichosos... y a Cristina se le borró el rictus de tristeza y reparó el brillo en la intensidad de su mirada, y Fernando se convirtió en el hombre más feliz de Quinteros... y la ciudad los incorporó a su paisaje, a esa categoría de cosas sagradas que tiene una ciudad para que su nombre no se olvide en el tiempo...

Valeria acusó el golpe. La presencia de Cristina en la vida de su hermano reabrió su eterno e inconciente temor... ella no sabía por qué una fuerza interior indetenible la empujaba al rechazo, a los celos. Sentía irritación y angustia cuando Cristina estaba en su casa, cuando su hermano desaparecía. Ella sufría esos sentimientos que la dominaban, pero no podía controlarlos. Esa semana, después de que Cristina apareció, vivió el infierno de saber si Fernando se iría con ella. La obsesionaba la idea de la soledad, el temor del abandono. Pensaba todo el día en ellos, y deseaba contradictoriamente estar junto a Fernando y a la vez odiarlo. Por eso se levantó de su lugar en la clase y se fue. Quería encontrarlo... pero tuvo miedo de buscarlo. Deambuló por allí y no volvió a su casa hasta muy tarde. Ella no era muy conciente, pero buscaba que la atención de su hermano se concentrara en su persona.

Elena le informó que Valeria no había ido a la escuela. No estaba en casa a la hora de la cena. Fernando vio venir la tormenta. Habían terminado la comida y conversaban en el living como siempre. No fue por Cristina ese día. Prefirió estar en su casa para evitar que sus hermanos sufrieran su ausencia. Esperó a Valeria. Ella entró como una sombra y casi sin saludar quiso ir a su pieza. Fernando la detuvo. Los demás miraban sin intervenir.

— ¿De dónde venís tan tarde?

— Cosas mías.

— No me contestés así. ¿Por qué no fuiste a la escuela, Valeria? Ella titubeó. No sabía cómo encarar el problema. Sus celos no tenían explicación. Finalmente dijo:

— Tenés que ir conmigo... no me dejan entrar si vos no vas.

— No me dijiste nada.

Valeria habló con altanería: era la oportunidad que buscaba. — Como te voy a decir... vos no estabas acá. Estabas en un lugar que te importa más. ¿O no te fuiste anoche?

Fernando confirmó su sospecha. Mantuvo la calma y trató de ser suave en el trato.

— ¿Y por qué tengo que ir a la escuela?

— Porque tenés que firmar las amonestaciones. — dijo desafiante—

Realmente lo sorprendió. Logró que él se sintiera mal.

— ¿Qué hiciste? Nunca has traído esa novedad.

— No sé si te pueda interesar —había ironía y dolor en sus palabras— me fui de la escuela. ¡Me harté de todos y me fui!

Fernando la miró reprendiéndola.

— No sos una nena, Valeria... no tenés por qué comportarte así... llamando la atención tontamente... ¿Qué buscás? ¿Que realmente me enoje? ¿Que te castigue por esto?

Ella trató de herirlo.

— No creo que te importe mucho... pronto te vas a ir como yo sospechaba, porque supongo que no la vas a traer a vivir acá.

— ¡Qué tiene que ver Cristina con tus amonestaciones!

Valeria gritaba cuando dijo:

— ¿Acaso no tengo razón? ¿Cuanto vas a tardar en hacer tus valijas... un mes para que nos acostumbremos? Estás todo el tiempo pensando en ella. ¡Qué te pueden importar mis amonestaciones! — Después bajó el tono para decir con tristeza: — Mejor que te vayas, voy a ser libre y nadie me va a pedir explicaciones.

Los demás contemplaban el diálogo callados. Se preguntaban hasta dónde llegaría la paciencia de Fernando. Ellos no comparaban el drama de Valeria, ni lo entendían. Para los demás las cosas estaban mejor porque la felicidad de su hermano era contagiosa. En cambio Fernando sabía calar hondo en el corazón de la

muchacha. La tranquilizó:

— Valeria —le dijo con dulzura, con suavidad— yo no me voy de acá. No me iré, ¿me entendés? No los voy a dejar nunca... ya

te lo dije antes... muchas veces te lo dije. Nada te va a faltar, tampoco mi cariño. Cristina no va a vivir acá, ella tiene su casa. ¡Hasta cuando vas a seguir con esta historia!

— No entiendo, Fernando, si vos no te vas y ella no va a vivir acá...? Como se van a unir ustedes dos?
— Eso lo resolveremos nosotros... vos quedate tranquila. Mi misión está aquí con ustedes... y así será.

— Y con ella... —lo dijo con rabia—

Fernando perdió la paciencia. la tomó violentamente de los hombros y la sacudió:

— Mirame bien, Valeria —la obligó a darle la cara, le hablaba con dureza— mirame... tengo veinticuatro años, ¿sabés?, apenas unos años más que vos. Tengo derecho al amor...! He amado a esa mujer toda mi vida! —no la soltaba, la tenía asida de los hombros y la obligaba a mirarlo— no sé si te has dado cuenta... pero también soy hombre y mi sangre late con fuerzas —su voz subía de tono, estaba enojado— les he dado todo lo que poseo... he vivido para ustedes y seguiré sosteniendo esta casa...! Pueden tomarme de mí lo que quieran!...! Lo único que pido... lo único que quiero para mí... es Cristina a mi lado!

La soltó y aún le gritó:

—! Y no vuelvas a reprocharme nada!

Se quedaron en silencio. Fernando trató de contener su furor. Admiraron su generosidad y dirigieron miradas de reproche hacia su hermana. Valeria quedó enmudecida. Se sintió mal consigo misma, se sintió injusta. Vacilaba de una actitud a otra... Fernando le dio la espalda y se afirmó contra la puerta que daba al patio. Ella habló bajo:

— Perdoname, Fernando... nunca me detuve a pensar que sólo tenés veinticuatro años. Para mí vos siempre fuiste alguien que estaba allí, seguro... como si no tuvieras edad... —Hizo una pausa— Te necesito mucho, Fernando... nada es posible si vos no estás y yo tuve miedo.

Valeria se sentó en un sillón. Estaba abatida. El se volvió hacia ella, pero seguía enojado.

— No quiero que repitas este asunto de que me voy...? estamos?

— Sí, ya entendí.

— En cuanto a la escuela, mañana vamos a firmar esas anonestaciones. Pero vas a superarte, Valeria, vas a aprender que lo que haces o decís tiene sus consecuencias... así que no te voy a dejar salir por un buen tiempo... ¡Y no te atrevas a desafiarme!

Ella asintió con un gesto.

— Ahora te vas a tu cuarto.

Valeria subió. También lo hizo Fernando. Deseaba estar solo y pensar. Estaba cansado.

En la mesa del domingo siguiente Jorge lanzó a viva voz la invitación:

— El próximo domingo nos vamos todos al campo... algunos arreglos están terminados... yo invito. ¿Qué dice, jefe?

— Una invitación así no se puede rechazar.

Intervino Pablo:

— Por fin, Jorge. Mira que te haces rogar... vamos a ver si existe el campo.

Pasaron el día en el campo de Jorge: era un puñado de jóvenes que veían la vida con esperanzas. Hubo partido de fútbol, corrieron por la improvisada cancha donde el sol pintaba los rostros sudorosos y alegres... pateaban la pelota con fuerzas... corrían... gritaban... la juventud les latía en las venas agitadas y eran un canto a la vida... cuando aclamaban un gol... cuando discutían su validez... Jorge con sus lindos ojos árabes y su vitalidad concentrada en la carrera... y eran esperanza latente... Marcos encontrándose con sus energías al atajar... al atacar... era un puñado de felicidad Fernando cuando descargaba su fuerza en el golpe cetero al balón que los reunía... los desplegaba... los concentraba... los proyectaba... Pablito con sus sueños incipientes como su barba que despuntaba... Eran el sol hecho piel... Hubo también largas caminatas y besos intensos bajo los árboles, hubo una gran mesa con comensales que parlotearon... que reían... que cantaban... que amaban...

Jorge presentó a los Monterrey su única familia: sus tíos y su primo con la esposa. Se sentaron a la mesa... Jorge en la cabeza-

ra homenajeaba a sus invitados, llamó a Fernando que se había sentado hacia la mitad... Tomó el lugar a la izquierda de Jorge y conversó con su tío. Había sido paciente del doctor Monterrey... Fernando miraba a Cristina desde su sitio, no recordaba haberla visto reírse con tanta alegría... como gotas de agua era su risa... no la recordaba con tanto ingenio alegre junto a Silvia, Valeria, Esther, Elena... "para revertir esta mesa machista" nunca la había visto tan conversadora capitaneando el desafío "el que pierde sirve" que terminó con un partido de tenis en el que Cristina volvió a ser paloma con la raqueta en la mano... él la miraba en silencio. Jorge y Silvia se casaron ese mismo año con una gran fiesta como era del gusto del novio. Quinteros se volcó a las puertas de la iglesia para ver el casamiento de "la doctora Silvia Monterey con el doctor Jorge Miguel". Los invitados eran muchisimos. Pero también para ver esa extraña pareja que de manera inexplicable estaban juntos "porque ella se casó... qué habrá sido del marido... vaya a saber... pero ella vino sola..."

Fernando volvió a ser un príncipe cuando llevó a su hermana al altar, emocionado y feliz, pensaba muy adentro... muy adentro... "cumplí, papá".

Cristina estaba espléndida esa noche vestida de blanco con una solera al talle. Fernando la tomó de la cintura contra él... mucha gente los saludaba... la presentaba... la miraban con curiosidad. También estaba espléndida Elena, a quien Fernando tomó de los hombros y dándole un beso en la mejilla, la sentó a la mesa principal junto a Silvia. La gente murmuraba. Una mesa con los compañeros del normal. Vinieron con sus esposas, maridos y hasta con sus niños. Cristina se sentó entre ellos y Fernando fue blanco de las eternas bromas de Osvaldo que les tomó una fotografía mientras bailaban: se miraban y reían por algo, sus miradas y sus risas eran la felicidad, y tan bien los reflejaba que Cristina hizo un cuadro con ella y lo colgó en el escritorio suyo en el negocio.

Marcos se acercó al grupo cuando la melodía se hizo más lenta. — Susana... ¿quieres bailar? Marcos tomó a Susana en sus brazos... y no la dejó nunca más.

La fiesta llegó a su fin. Silvia abrazó fuerte a sus hermanos. "Vamos a extrañar". Fernando no durmió en su casa esa noche.

Cristina entró al negocio por primera vez tres días después de su llegada a Quinteros: "no puedo ir a tu casa, vení vos a verme". Ella fue. A Fernando le pareció que el sol de la calle se metió al salón. Cuando entró al escritorio se encontró con su retrato... se quedó mirándolo sorprendida... casi extasiada y valoró una vez más todo lo inmenso del amor de Fernando por ella.

— ¿Desde cuándo tenés esa fotografía?

— Desde que papá me compró el negocio, vos lo has presidi-

do siempre.

Lo miró agradaecida con una ternura profunda, orgullosa.

— Yo nunca te di una foto mía.

— Pero yo igual la encontré, como igual vos estás acá.

Se quedó en silencio, no podía dejar de contemplarla... tan fe-

liz, tan inocente desde su sonrisa simple.

— He venido a buscar esa jovencita que perdí hace mucho

tiempo.

— Ya sé, Cristina. Yo la encontré y la guardé.

Ella sonrió.

Volvio muchas veces a visitar a Fernando en el negocio. Pero

su verdadera entrada se produjo unos meses más tarde, cuando

después de cenar Pablo le dijo a su hermano:

— No puedo ir esta semana al negocio. Tengo que estudiar

mucho y también presentar un trabajo de historia. Dame unos

días, Fernando.

— Hay mucho trabajo, Pablitto. Te necesito en el patio...

— ¿Y si salgo mal en la escuela? Estamos en los exámenes fina-

les y me juego el año, enténdeme, Fernando. Necesito esta semana.

— Bueno, si es así quedate. — Después de unos minutos — No

sé cómo me voy a arreglar solo...

Elena lanzó la idea concreta, acertada:

— Pedile a Cristina que te ayude. Va a estar encantada.

Fernando nunca la había imaginado a Cristina en los trabajos

del negocio. Dijo pensando:

— ¿A Cristina?
— Seguro. Ella es muy capaz, sólo que nadie le da la oportunidad de hacer algo. —Hizo una pausa— Esa chica está harta de que se la trate como a un adorno.
Valeria dijo:

— Fábrito, me parece que te vas a quedar sin trabajo.
Elena mirándonos desde su sabiduría. Elena... el milagro que llegó un día para salvarnos.

Elena no se equivocó. Cristina no sólo estuvo encantada, sino que desplegó toda su creatividad, puso allí un montón de energía y capacidad que emergía desde ella como chispas de un volcán. Aprendió rápido e inventó mil posibilidades. Todo el tiempo venía a Fernando a preguntarle que le parecía si... "claro, si vos estás de acuerdo". El le sonreía y la dejaba hacer, así como permitió que se encargara del aprendizaje de danza de María Inés. La amaba más que nunca cuando la veía moverse ordenando a los empleados cambios que ella proponía...

La gente de Quinteros iba al negocio y los veía juntos... algún nos iban para verlos juntos... era Cristina como un jilguero en mi negocio, le pusiste canciones a las oscuras estanterías del salón, pusiste flores al marroñ del mostrador, pusiste alma allí donde había hierros, era Cristina, el sol entrando en los cajones, la risa invadiendo los anaqueles, era una mariposa que tocaba con sus alas las durezas de los alambres y le ponías color... era como esas hadas de los libros de María Inés que vuelan por sobre lo gris y lo transforman en un arcoíris.

Un año más tarde Cristina le hizo una propuesta a Fernando. — No quiero dinero de tu esposo en mi negocio —le dijo él con gravedad—.

— No es de él. Es mío. Soy la única heredera de mi padre y ese dinero me pertenece. —Agregó desviando su mirada— Fague con mi juventud por eso...

A Fernando no le gustaba la idea. Ella agregó:
— De todas formas ese dinero lo tengo en el banco. Está allí

— No me interesa el dinero de tu padre, ni tampoco me interesa las ganancias que podamos obtener. Lo que me importa es que vos tenés necesidad de hacer algo, de lograr cosas, de sentirte capaz... yo te entiendo.

Cristina dulcificó la voz:

— Exacto... yo decidí volverme no sólo por vos, tenía que vivir por mí misma, apostar y correr el riesgo, para saber qué puedo y qué no puedo hacer. Desde niña me trataron como una muñeca cara, a la que se adorna bonito pero que no se le permite hacer nada... primero mi madre... después... después fue peor... por eso me gustaba ir a tu casa: Allí yo era libre... vos me hiciste libre, Fernando.

Hizo una pausa.

— Pero yo entiendo que no quieras que participe del negocio tuyo. De todas maneras yo voy a hacer algo. Yo tomé la decisión de volver a Quinteros en una noche de desesperación... y fue la primera decisión que tomé en mi vida.

Estaban en el escritorio del negocio. Fernando se puso de pie y le acarició la cabeza suavemente. Le dijo entonces:

— No quiero que sea sociedad porque no voy a aceptar ese dinero. Además están mis hermanos... pero podríamos ver la forma de que vos manejes tu parte en una caja separada, disminuir tus cuentas de alguna manera. Vamos a hablar con el contador y vos tendrás tu sector... ¿estás contenta así?

El rostro de Cristina se iluminó. Le brindó su mejor sonrisa:

— Entonces vas a querer... ¡sos una maravilla, Fernando! Vamos a estar juntos y yo voy a trabajar... ¡-Pensó unos momentos- ¿Sabés que necesitamos?

— ¿Qué?

— Una computadora que separe las cuentas. Eso sería la solución.

Cristina invirtió sus ahorros en incorporar una línea completa de materiales de construcción. Se construyeron por fin los galpones en el terreno que seguía siendo de Silvia, compró un camión para repartir, tomó más empleados, pero a su cargo. Hizo

construir otro escritorio a continuación del de Fernando y con cristales también: allí atendía sus cuentas y clientes... hacía sus propios tratos. Ideó una campaña publicitaria que abarcaba desde tarjetas a las empresas hasta avisos en el diario. Demostró una capacidad desconocida para ella misma cuando se volvió de lleno a desarrollar sus ideas. Todo lo conversaban, se consultaban permanentemente... y lo más frecuente era encontrarlos a los dos en uno de los escritorios que a cada uno en el suyo. Ella colgó de una de las paredes el cuadro con la fotografía que les había tomado Osvaldo en el casamiento: Fernando la abrazaba porque estaban bailando y tenían una risa feliz y espontánea, con el amor en la mirada. Toda vez que alguien entraba a su gabinete por primera vez se quedaba unos instantes contemplándola como se contempla un símbolo.

Ese cumpleaños de Fernando fue especial. La idea de Cristina fue tomada por toda la familia y le dieron una sorpresa cuando volvió de trabajar. También vinieron Silvia y Jorge que de todas maneras comían juntos los domingos "...no sabría almorzar en otro lado -decía Jorge- ya pertenezco a la mesa de los Montesrey". Fernando recibió varios regalos y hasta apagó las velitas. Marcos llegó bastante más tarde. Después llevó a Cristina a su casa. Cuando entraron se sentó en un sillón y observó una fotografía sobre la mesita ratona en la que aparecían dos pequeños niños juntos, uno mayor que el otro, pero ambos casi bebés... Antes de que él pudiera preguntar, ella dijo:

— Ahora cierra los ojos, te voy a dar mi regalo.
— Ya me regalaste el pullover.
— Fue para disimular. No mires.

Ella lo acarició y prendió algo de su cuello. Cuando Fernando abrió los ojos tenía la cadencia que había sido de su madre... Se quedó contemplándola sorprendido, agradecido. Le besó las manos mientras le decía "creí que la había perdido para siempre..." — Yo la rescate. Pensé en dártela, pero preferí guardarla para tener algo tuyo conmigo. Me quedé al pie del árbol hasta que

se fueron... entonces busqué la cadenita y la guardé. Fue como guardar tu amor conmigo.

Se besaron largamente. Después el preguntó:

— ¿Quiénes son esos niños? — Señaló la fotografía.

— Mis hijos.

— ¡Tuviste hijos Cristina! — Hablaba asombrado — ¿Cuántos hijos tuviste?

— Estos dos... como dos pedazos de cielo que llegaron a mi vida para que yo pudiera querer a alguien... llenar mis brazos vacíos.

— ¿Dónde están? Por qué los dejaste?

— Murieron.

Fernando iba de sorpresa en sorpresa.

— ¿Cómo murieron? Los dos?

— En el mismo accidente. Y si estoy viva y aquí es gracias a esa cadenita. Se podría decir que tu madre me salvó la vida... y me trajo hasta vos. Esa cadenita evitó que me suicidara...

— Cristina, ¡Por Dios! ¡Suicidarte! ¡Tanta desesperación te-nias...!

— Sentate y abrazame... te voy a contar ahora y por única vez. Pero quiero sentir que tus brazos me sostienen...

En el sillón el la atrajo hacia sí y la tuvo estrecha contra su pecho. Escuchó:

— Esos niños fueron lo único bueno para mí en esos cinco años pasados, fueron lo único que yo amé de verdad y con todo mi ser... viví para ellos... los amamente, lo que me valía grandes discusiones y reproches "las damas no hacen eso... que van a pensar de mí si se enteran... o bien... van a creer que sos una campe-sina" pero yo igual les di de mi pecho, yo los cuidaba, los bañaba, los cambiaba y besaba sus pies pequeños... nunca quise institu-triz, mi esposo las tomaba y yo las echaba, fue en lo único que no hice su voluntad. Jugaba con ellos, miraba sus sueños parada al lado de sus cunitas... creí que la vida era posible y hasta fui feliz. Tuve que viajar a Viena porque era importante que yo estuviera en una recepción donde mi esposo haría negocios con unos árabes... yo era otro de sus trofeos... una rara adquisición su da-

americana. Le indiqué al chofer que al día siguiente llevara a los niños a Viena para que se reunieran conmigo. En el camino el auto se desbarrancó... tal vez el chofer haya estado borracho...

Ella hizo una pausa. El la estrechó con más fuerza mientras acariciaba sus cabellos.

— Caí en la más profunda desesperación. Volví a mi casa en París... la habitación de los niños estaba vacía... sus cunitas—Cristina tenía lágrimas—sin nadie... y el silencio... el silencio de sus voces, de sus llantos... el silencio de sus risas... resistí algunos días, no sé cuántos... y me sumergí en la oscuridad... entonces decidí esa noche que pondría fin a mi vida... a esa sucesión de amarguras que fue mi vida desde que me arrancaron de aquí...

— ¿Dónde estaba tu esposo? No te ayudaba a superar tu dolor? — No sé dónde estaba... él me dejaba mensajes y viajaba. Siempre tenía negocios que atender... en esos días no pregunté dónde estaba.

— Siempre te dejaba sola?

— Casi siempre. Salvo que el estuviera en París, aunque a veces no volvía a casa hasta el otro día. Dejame terminar... esa noche estaba segura que pondría fin a mi vida. Cerré las puertas de mi dormitorio y cuando fui al cajón de la mesa de luz a buscar los somníferos para dormir definitivamente... allí, encima del tubo de pastillas... estaba la cadentita. Yo sabía que la tenía conmigo, pero no recuerdo cuando la dejé en ese cajón... no sé si existen los milagros... pero la cadentita cubría el tubo de pastillas y me aterra a ella... lloré toda la noche tirada en la cama, sola... cuando desperté la tenía en la mano. Así tomé la decisión de venir a vos... porque eras vos, Fernando... era un mensaje tuyo... era tu madre desde alguna parte...

El, conmovido, besó suavemente sus mejillas húmedas:

— Ya no vas a sufrir más. Tu destino estuvo siempre a mi lado. Desde ese día Fernando llevó con él ese recuerdo de su madre que había adquirido un significado definitivo. Descifró su mensaje: su madre le había devuelto la mujer que él amaba.

P

ablo, está bien que quieras seguir en el negocio, pero si vos estudiás, por ejemplo, economía, vas a tener las dos cosas.

— No sé qué hacer, Fernando.

— Pensalo. Si vas a trabajar en el negocio, lo justo es que participes de las ganancias, ya no va a ser por un sueldo... veremos la forma de arreglarlo con el contador... pero a mí me gustaría que estudiaras.

Marcos trabajaba en el consultorio con Silvia. También Jorge tenía allí su laboratorio. Además atendía en el hospital y era adscrito en la facultad. Buscaba especializarse y tenía proyectado formar la fundación que su padre no pudo concretar. Se dedicaba intensamente a su profesión y años más tarde sería tan reconocido como lo fue su padre.

Aunque la vida fue cambiando en algunas cosas para ellos, mantenían siempre esa especial amistad fraternal y sus conversaciones antes de dormir, cuando ambos estaban en la casa. Se-

guía siendo como un alimento de apoyo para ambos.
Fernando: "...y tengo ganas de que participe en el negocio"
Marcos: "?no te va a traer problemas? No conviene mezclar las cosas"
Fernando: "...ella lo necesita"
Marcos: "la semana que viene me voy a la capital a un congreso"
Fernando: "?Qué se hace en un congreso?"
Marcos: "se aprende... y otras cosas..."
Una pausa.
Marcos: "...y quisiera traer a Susana a casa"
Fernando: "?Estás seguro de ella?"
Marcos: "...me voy a casar con ella".

Susana vino ese domingo traída por Marcos. La mesa con Fernando a la cabecera crecía en felicidad. Nadie pensaba en dejar ese hábito impuestto hacía muchos años, ahora Fernando no obligaba a nadie a comer en su casa, pero de todos modos los domingos almorzaban juntos.

En los días de calor iban al campo de Jorge, quien lo fue acondicionando y haciendo producir. El árbol familiar, cuya raíz había regado con el amor de muchos años, estaba dando los frutos de paz que Fernando quiso que diera.

Valeria estaba en tercer año de la facultad de medicina y parecía más tranquila. Sin embargo Fernando no veía con buenos ojos a Horacio. No le gustaban ciertas actitudes de desamor hacia su hermana porque él no concebía las cosas a medias. "...si la quiere no tiene por qué comportarse así"
le dijo a Marcos en una de sus charlas. Pero no intervino más allá de lo necesario. Cuando Valeria le dijo que quería invitarlo, él le contestó que lo trajera a su mesa sólo cuando estuviera segura de que sería para siempre. Valeria decidió esperar...

Pablo finalmente optó por quedarse en el negocio. Cuando Cristina agregó el rubro materiales de construcción, las actividades se multiplicaron y los tres trabajaban mucho para llevar adelante esa empresa que pasó a ser la más importante de Quinteros en su área. Pablo era un verdadero motor que hacía marchar los engranajes de la ferreteria. Suplía a Fernando o a Cristina fácilmente en sus funciones... hacía su propia tarea: controlaba, pedía,

pagaba, depositaba. Su fuerte eran las licitaciones. Pero era un motor silencioso, suave, amable. Nadie se daba cuenta hasta que punto apoyaba todo el trabajo y manejaba los negocios con eficiencia.

María Inés alternaba su secundaria con la carrera artística. Era miembro del ballet de la Dirección de Cultura y en las presentaciones se destacaba como bailarina principal en algunas danzas. Había recorrido varios escenarios locales y estaba segura de que "había nacido para bailar... jamás podría hacer otra cosa que bailar..." Fernando siempre iba a verla con Cristina, quien tomó la educación artística de la niña como cosa personal. Ella se emocionaba cuando la veía bailar. A veces iban con Elena, quien le pidió a Fernando que tomara una muchacha que le ayudara en las tareas más pesadas porque ya no tenía las fuerzas de antes... Elena envejecía y nadie se daba cuenta... la pena de Elena se agrandaba... "¿Por qué no me cuenta?" "No, no hay nada que contar..." y seguía enterrando su pasado que, como si hubiera echado raíces, empujara por salir.

Marcos decidió casarse a finales de año. Fernando abrazó a Susana y le dijo que se sentía feliz de que ella formara parte de la familia.

Prepararon una boda sencilla con una fiesta a la que invitaron sólo allegados. Alquilaron una casa en un lindo barrio. Marcos estaba trabajando mucho porque los Monterrey eran especialistas muy prestigiados. También Susana desarrollaba su especialidad desde hacía unos meses.

Sentados en los sillones del patio conversaban los múltiples detalles que se presentaban en un casamiento. Valería preguntó: — ¿Quién va a ser tu padrino? ¿Ya lo has decidido?

— Sí — dijo Susana mirando al sillón opuesto — Fernando.

El aludido la miró y sonrió. Pensó un momento... después dijo:

— Te agradezco que me elijas, pero quizás haya alguien de tu familia que quiera ese honor... ¿No vas a presentarnos a tus — Fernan-

do — tú — padres o hermanos? ¿Nadie va a estar con vos ese día?

Susana se puso seria, hasta sombría:

— Me extraña que me preguntes eso. Me conoces desde siempre y sabes que yo nunca tuve más familia que ustedes, mis compañeros... y mi trabajo.

— No quise molestarte, pero como es algo especial el casamiento, pensé que...

Marcos intervino:

— Cortala, Fernando. Ya te dijo Susi que no tiene más familia que nosotros. Ella quiere que vos seás su padrino. Pero si no quieres, no importa.

— Esta bien, no te enojés. Voy a ser su padrino, y lo haré con gusto.

Dos días antes de la ceremonia, Fernando entró a su pieza y encontró a Marcos empacando todas sus cosas. Debía trasladarse a su casa que Susi quería dejar ordenada antes de partir a la luna de miel. Cuando vio las valijas y bolsos, recién se dio cuenta de que se estaba quedando solo... permaneció en la puerta mirando... y se sintió hondamente triste. Marcos se dio vuelta: — Estos libros los voy a llevar después. No me hacen falta por el momento... el despertador lo dejo. Y la radio...? Qué hacemos con el grabador? Era de los dos... bah, dejalo. Mira que ocurren-cia preguntarte eso... es que tengo tantos asuntos que ver... Fernando se quedó callado... su hermano se iba para siempre de la habitación compartida... abandonaba su cuarto.

Marcos continuó:

— No voy a llevar toda esa ropa. Tomá la que te venga bien... o hacé lo que quieras... me queda chica. Además...? Qué te pasa? — Te voy a extrañar. Desde que me acuerdo hemos dormido los dos en esta pieza... soy un sentimental incurrible... pero creo que voy a hablar con las paredes antes de dormir.

Marcos dejó lo que tenía entre las manos. Se acercó a Fernando y lo palmó:

— No tenés que pensar en mi compañía. Vos tenés a alguien mejor que yo para compartir las noches.

Fernando terminó de entrar a la habitación y se afirmó en el escritorio.

— ¿Qué quieres decir?
— Que ya es hora de que penséis en vos, hermano. ¡Hiciste tanto por nosotros! Ahora es tu turno.

— ¿Con Cristina?

— ¿Con quién más? Ya no hay niños en la casa, Fernando. Vos no te has dado cuenta de que... las cosas han cambiado. Pablo está de novio, también él se va a ir más adelante. Valeria ya es una mujer, María Inés, si rinde bien, deberá irse a la capital para seguir su carrera, seguro que la aceptan... en cualquier momento la vemos en la televisión desde allá. —Hizo una pausa y miró directo a su hermano— ¿Qué esperas, Fernando? No te quedes solo.

Fernando se quedó pensativo.

— Es cierto... me estoy quedando sin ustedes.

— Traela a Cristina, déjle que decore esta habitación para ustedes dos. Ella la va a cambiar de tal manera que no la vas a reconocer... cuando tengás esa hermosura con vos todas las noches... ni te vas a acordar de mí. Vivan juntos, Fernando... ¡Nadie tiene más derecho que ustedes de vivir juntos! No esperes más.

Fernando miró agradedecido a Marcos. Dijo como para sí:

— No sé si ella querrá dejar su casa... la ha armado a su medida...

— ¡Claro que va a querer! Va a querer estar con vos... a lo mejor está esperando que se lo digás.

Hicieron una pausa silenciosa. Marcos terminaba de guardar sus pertenencias en un bolso. Después Fernando dijo con dulzura:

— ¿Puedo pedirte un favor?

— ¿Qué favor?

— ¿Vendrás a comer con nosotros los domingos?

Marcos se detuvo frente a Fernando y puso sus dos manos sobre los brazos de éste:

— Sos tan extraordinario, Fernando. ¡Sos puro corazón, hermano! ¡Dónde podría comer yo si no es en tu mesa!

— Gracias, Marcos. Yo dudaba... pero voy a hacer eso que me dijiste y seré el hombre más feliz del mundo.

Se estrecharon en un fuerte abrazo de amor y agradedecimiento.

La noche con la iglesia iluminada. Susana dichosa, agradecida a la vida, amante enamorada, entró del brazo de Fernando... él la conducía hacia la felicidad, Fernando, siempre Fernando... Acababan de hacer el amor. Una sensación de placidez y gozoso bienestar recorría sus cuerpos y los adormecía, aún enredados y palpitanes. Fernando tenía a Cristina en sus brazos desnuda, confundiendo con él, sintiéndola en su piel, en su corazón... su cabeza en el hombro...

— ¿Estás dormida?

— Un poco.

— ¿Quieres preguntarte algo -susurro-

Los ojos cerrados, una sonrisa apenas dibujada de satisfacción, semidormida...

— ¿Ahora?

— Sí.

— ¿Qué es tan urgente? -Sacó la cabeza de su hombro y la apoyó en la almohada...

— Algo que siento muy adentro... algo nuevo.

Cristina se despertó. Fernando fue suave al decir:

— ¿Por qué no te has quedado embarazada en todos estos años? Has hecho algo para evitarlo?

Ahora lo miró sorprendida. El agregó:

— No te molestes. Solo quiero saberlo.

— Tenés derecho a saberlo. No, Fernando, no hice nada por evitarlo. Sencillamente no embarazo.

— Pero vos tuviste dos hijos antes.

— Sí. Pero yo no sé por qué ahora no los tengo. De todos modos... es mejor así. Un hijo nuestro te hubiera complicado todo.

Vos tenías que cuidar a tus hermanos.

El la besó. Quiso endulzar la conversación.

— Pero ahora quiero mis propios hijos. Soy padrino de todos... quiero ser papa.

Cristina se enderezó un poco sobre la almohada.

— ¿Qué me estás pidiendo?

— Si vos queres, por supuesto. Nada que vos no quieras se hara...

Hizo una pausa y ambos se quedaron callados. Ella estaba desconcertada.

— Podrias ir a Silvia... quizas pueda decirnos por que no tenemos hijos...

— Silvia es cardiologa. -dijo molesta- Yo necesito un ginecólogo.

Fernando la tomó en sus brazos y la atrajo estrechándola contra su cuerpo. La besó en el cuello, en los senos, en sus mejillas...
— Solo si vos queres... no te sientas obligada... vos, sólo vos sos la felicidad de mi vida...

La semana en el negocio había sido de intenso trabajo. Volían tarde y cansados. La nueva línea de créditos que sugirió Pablo dio resultados importantes. Se ganaron dos licitaciones para proveer materiales de construcción para obras públicas. Los tres se reunían en uno de los escritorios para discutir las propuestas y la marcha de todas las innovaciones. Las decisiones se tomaban en común acuerdo... aunque nada se hacía sin el consentimiento de Fernando.

El negocio de los Monterrey crecía en éxitos. La familia Monterrey crecía en felicidad. Fernando sentía su corazón en paz, y un tirón muy adentro le creaba deseos distintos... nuevos sueños.

El amor de ellos dos era ese misterio bello y perfecto que conmovía a los corazones jóvenes y asombraba a los corazones viejos. Cristina con su risa fácil, con su mirada de eterna enamorada, con su seguridad frente a los asuntos comerciales. Bonita y tranquila, despararramaba esa simpatía que nace de los corazones sencillos cuando se la veía en el banco, cuando acompañaba a María Inés, elegía... negociaba... proponía... cuando se la veía recorrer las calles de Quinteros despacio... despacio... tomada de la cintura por Fernando que la besaba sorpresivamente en algún rincón discreto. Ambos tenían autos, pero ellos seguían regalándose esas largas caminatas por las plazas y los parques, por las ca-

lles, por los barrios... en zapatillas, conversando... Así los veía la gente de Quinteros y no terminaban de explicarse esa unión increíble. Fernando la apretaba contra sí, sonreía, saludaba, se detenta con algún conocido que se cruzaba, se sentaban en algún banco... estaba satisfecho consigo mismo: había tomado una romponsabilidad difícil a los diecinueve años, había puesto sus mejores energías en llevarla adelante... ahora valoraba su obra. También los moradores de su ciudad lo valoraban, él evitó la dispersión de los Monterrey. Todos sus hermanos parecían haber encontrado el camino adecuado y nadie ignoraba quien había estado siempre alerta para que así fuera. Ahora quería premiarlo... ahora y para siempre con Cristina a su lado. Marcos lo dijo y tiene razón, es mi turno... porque yo los quiero tanto a cada uno de ellos... pero los veo ahora... me hacen feliz cuando vienen los domingos a rodear la mesa de casa... ahora quiero un hijo mio... ahora quiero abrazar a Cristina todas las noches... cada hora... al fin Pablito también está de novio...! Qué ternura inmensa me despierta ese muchacho!... tan callado junto a mí en el negocio... y Marta Inés se irá a la capital... eso me preocupa, es muy joven-cita todavía... no sé si la voy a dejar... es muy lejos y ella va a estar sola allí... pero claro, está su carrera, dice que en Quinteros llegó al máximo...! Qué emoción me transmite cuando la veo moverse... suavemente elevar sus brazos... quebrar su cintura... alzar sus piernas... elevarse sostenida por su pareja como si no tuviera peso! Incorpora... bella... sí, seguramente tendrá que seguir en la capital... no me gusta que se vaya. Sólo me queda Valeria, con su corazón que no se sosiega, con sus esfuerzos por ser feliz sin lograrlo del todo. Valeria me necesita, me va a necesitar siempre, ella no termina de encontrar su equilibrio... aun-que en la facultad se destaca, va a ser una gran doctora seguramente, como Marcos y Silvia. Yo la necesito también porque ya somos muy pocos en casa... Elena, Pablo que a veces no está, Valeria... me gusta que me cuente cuando conversamos después de cenar y nos fumamos un cigarrillo... me abre el corazón... a veces, otras me pelea... siempre me pelea Valeria, porque me necesita lo hace. Elena, siempre silenciosa, dulce. Ahora está más si-

lenciosa que de costumbre. Está como nostálgica... ella sufre por algo que calla, pienso. ¿Qué será? ¿Qué hubiera sido de nosotros sin Elena! Pero ahora voy a traer a Cristina y la casa se va a llenar otra vez como los domingos, como cuando los domingos vienen todos, vienen igual... a mí me hace feliz verlos llegar... a Silvia y Jorge con su pequeño que es mi debilidad... cuánto deseo yo un niño como Jorge... ojalá puedas Cristina... Silvia es feliz, lo veo en su expresión tranquila, y Marcos... estoy orgulloso de vos Marcos, papá lo estaría también... tenés razón hermano: es mi turno.

Antes del almuerzo Fernando le pidió a Cristina que lo siguiera. Entraron a la pieza de dos camas, una de las cuales ya no se destendía, una ventana al patio y baño privado. Cristina se asombró porque nunca había estado en la habitación de Fernando. En realidad casi nunca subía. El la tomó de la mano y la hizo entrar. Ella barrió con la mirada cada detalle del dormitorio.

— ¿Y bien? ¿Querías mostrarme tu cama? Es ésta, ¿verdad?

— ¿Como adivinaste?

— Tiene tu cuerpo marcado.

Fernando rió. Después dijo:

— ¿Qué te parece la habitación? ¿Te gusta?

Cristina lo miró seria. Intentaba adivinar la intención.

— Le falta pintura al techo. ¡Vamos, Fernando! No me has

traído aquí para preguntarme eso. ¿Qué tenés en la mente?

Ahora él se puso serio. Le habló resueltamente.

— Cristina, vos y yo no tenemos una vida como cualquier

otra persona de nuestra edad. Hemos sufrido mucho los dos, he-

mos recorrido caminos difíciles, hemos vendido nuestros suñri-

mientos... ya es tiempo de regalarnos la felicidad de estar jun-

tos... quiero encontrarte conmigo todas las noches, todos los

días, todas las horas...

Ella tenía el rostro sombrío.

— ¿Me estás pidiendo que me venga a vivir con vos, a esta

casa?

— No te hace feliz la idea, ¿verdad?

— No la esperaba... me toma por sorpresa. Creí que estaba-
mos bien así.

—? No quieres compartir tu soledad conmigo?
Ella se acercó y lo besó.

— No me hagas esa pregunta... me resulta difícil dejar mi casa.
— Tómala esta habitación en tus manos... transformala como
quieras... compraremos los muebles que vos elijas... y estare-
mos juntos... es todo lo que deseo.

Miraba pensativa.

— Desde que se fue Marcos, la soledad me rodea, me envuel-
ve cada noche, ya no puedo ser feliz así... y pienso que vos es-
tás sola también, en tu casa... no tiene mucho sentido, ¿verdad?
Finalmente ella dijo:

— Está bien. Haremos eso... pero dame unas semanas... ten-
go que hacerme a la idea.

Fernando no quiso preguntarle nada acerca de los resultados
de los estudios que los médicos ordenaron a Cristina. Esperó pa-
cientemente que ella se los comunicara. Él sabía que debían ser
repetidos porque no satisficieron al doctor Quiroga, un ginecó-
logo recomendado por Silvia.

Fernando no sabía cómo había visto aparecer en las
miradas de Cristina esa... sombra... que le recordaba las angus-
tias pasadas en su adolescencia... Los ojos de ella no centellea-
ban igual... algo casi imperceptible los opacaba. Quizás no lo
notaban los demás, pero a Fernando se le oprimía el corazón
cuando confirmaba su persistencia. Su corazón dolía porque
presentía... Cristina reía, trataba, estaba junto a él y eso la ha-
cía feliz. Ahora sería completamente feliz porque ella le conver-
saba sobre los detalles para el dormitorio. Era su turno... él se
había entregado sin reservas, sin guardarse nada para sí, él se
había dado por entero para compensar a sus hermanos... para
salidar la deuda destinada desde siempre... luchó por todos y le
imprimió a los Monterrey su propia forma... la única forma que
sus manos son capaces de inventar... no importa lo que toque,
no importa lo que haga o lo que mire... la forma de Fernando

era siempre la forma del amor. Por eso la mesa de los Monterrey crecía en felicidad. Cada uno de sus hermanos lo respetaba porque lo amaba... él los había modelado con su presencia permanente, con su generosidad sin reticencias. Por eso concurrían sin que se los llamara, por eso se proyectaban a la comunidad sin que se lo pidieran, por eso eran capaces de esfuerzos sin mezquindades: de su mano habían aprendido a brindarse. También Cristina lo amaba casi con adoración: él le dio la mano para que ella encontrara su propio camino, ese destino suyo al que le pusieron candados para hacerla andar por sendas ajenas. Sólo Ferrando pudo enseñarle a ser plena, a sacar su persona hacia la luz en forma absoluta, sin esconder, sin disimular, la amó sin condiciones, la amó sin preguntas, por encima de su pasado, la amó más allá de las marcas que en su cuerpo y en su alma habían dejado los años de sufrimiento. Él pudo ver su corazón intacto... y eso fue lo que ella le entregó...

Silvia acababa de revisar el último paciente esa tarde. Estaba nerviosa, angustiada. Cuando se quedó sola se sentó en la silla junto al escritorio y se cubrió la cara con las manos, permaneció unos minutos así. Manifiestaba una fuerte preocupación. Después por el computador le pidió a Marcos, que trabajaba en el consultorio siguiente, que al terminar se acercara. Tardó como media hora, en ese tiempo Silvia volvió a revisar las ecografías, informes y tomografías que estaban sobre el escritorio. Cuando Marcos entró, ella trató de relajarse y disimular.

— ¿Qué necesitas?

— Quiero que revises estos estudios, todos, y me digas qué se puede hacer.

Marcos la miró extrañado. Silvia sabía lo suficiente y por lo general las consultas eran a la inversa.

— ¿Ahora?

— Sí, ahora... necesito conversar con vos de esto ahora.

Más extrañado todavía...

— Eso no es cardiología, Silvia. Son estudios ginecológicos...

— Ya sé, pero necesito tu opinión.
Marcos estuvo unos minutos mirando, revisando...
— Es grave. No creo que tenga chance...
— ? Y si tuvieras que salvarla a cualquier precio, qué harías?
El inquirió con la mirada.
— Vos sabés mejor que yo, Silvia... está muy avanzado...
? Por qué te preocupa tanto? Te ves angustiada... ? Quién es la
paciente?

— Cristina.
Marcos se puso pálido, perdió su aplomo. Sintió como un
golpe en el estómago que le cortó la respiración... en un instan-
te pasó por su mente toda la tragedia, todo el dolor y la deses-
peración de Fernando. Se puso de pie y se pasó la mano por la
cabeza. Un sentimiento nuevo de impotencia lo invadió:
— !Cómo puede ser Cristina... cómo puede ser ella...!
— Vino a mí porque quieren un hijo y ella no sabía por qué
ese hijo no llegaba... la mandé al doctor Quiroga y esto es lo que
me informa.
Marcos suspiró hondo y volvió a mirar los estudios. No ha-
bía dudas.
— Les repitieron...
— Estos son los terceros que se le hacen... no hay dudas.
Cristina va a empezar con los síntomas... Marcos ? Qué vamos
a hacer?

— Fernando no va a resistir esto. — Fue hacia la ventana y le
dio la espalda a su hermana — ? Por qué a ellos, por qué ahora que
por fin decidieron tener paz?
A Silvia le corrían lágrimas por sus mejillas. Trató de serenarse:
— Vos y yo vamos la tener que ayudarlos mucho, Marcos, va-
mos a tener que estar junto a ellos. Cristina es más fuerte... el
que se va a derrumbar es Fernando.

— ? Ella lo sabe?
— Lo sospecha. Ha leído sus estudios y se ha dado cuenta.
— ? Habló con vos?
— Todavía no... pero ya lo hará seguramente. El doctor Qui-
roga no quiso decirle nada hasta hablar conmigo primero.

— Tendremos que enfrentar esta agonía... no sé de dónde voy a sacar valor.

— De lo mucho que los amamos.

Se quedaron en silencio. Después Silvia dijo:

— ¿Sabés una cosa? Estoy embarazada otra vez.

— Entonces cuidate... evita las tensiones. Dejame a mí con esto...

— ¿Quisiera que este hijo pudiera ser de ellos... a algunos se nos regala tanta dicha... a otros se les niega todo...

Cuando hubo que internarla por segunda vez, Fernando no creyó una palabra de lo que dijeron los médicos con quienes habló. Esas fiebres... esa palidez de Cristina... su mirada sombria... no creyó en esa supuesta "descompensación".

Llamó a Marcos por teléfono. Cuando éste llegó a su casa, lo estaba esperando con impaciencia. El temor le apretaba el estómago y el presentimiento no le permitía ninguna tranquilidad.

— Vení, Marcos, sentate. — Fernando se sentó también, lo miró directo y le preguntó sin rodeos— ¿Qué pasa con Cristina? — Fernando temblaba, un estremecimiento que no podía controlar no le daba quietud. — Decime la verdad... ¿Por qué otra vez inter-

na nada?... Te llame para que me digas la verdad. Marcos se mostró calmado, pero él también estaba estremecido. — Fernando, lo de Cristina es irremediable. El temblor se le convirtió en un sacudón fuerte que lo hizo pararse. Le gritó cuando dijo:

— ¿Qué quiere decir irremediable?

Marcos se puso de pie también. Se acercó a Fernando que le daba la espalda, su voz fue suave:

— No podemos salvarla.

Fernando sintió un dolor violento que se transformó en rabia, gritó con desesperación:

— ¡Como no podés salvarla! ¡He trabajado toda mi vida para ustedes, es lo único que he querido para mí... y ahora me decís que no podés salvarla! ¡Por qué me hacen esto, Marcos... por qué! — Fernando gritaba— ¡Tenés que curarla... sos el mejor médico de Quinteros!

Marcos esperó el desahogo... dejó que gritara su dolor... de-
jó que golpeara... él conocía el temperamento apasionado de su
hermano. Después el dolor rompió en llanto. Lloraba al abra-
zarlo mientras le decía:

— Salvata, Marcos... salvata para mí, por favor, aunque no
teníamos hijos... no importa. Fernando se ahogaba en lágrima-
mas— salvata... te lo ruego... no dejes que se vaya... no otra
vez...

Marcos lo apoyó en su hombro y le dijo con dulzura:
— Llorá, Fernando... para salvarla necesito un milagro... y
yo sólo sé lo que los hombres pueden hacer...

Otra vez, como sucedió diez años atrás, Fernando lloró sobre
el hombro de su hermano la partida de Cristina.

Cuando entró a la habitación del sanatorio, Fernando se de-
tuvo a contemplarla. Estaba pálida... blanca... en una pieza de
paredes blancas... cubierta con blancas sábanas... el único toque
distinto era su cabello dorado despararramado sobre la almohada.
Se sentó a su lado y le tomó la mano. Tenía el rostro transido
de angustia... hinchado de llanto...

Cristina estaba serena, su mirada era tranquila.
— Ya lo sabes— le dijo— tenés el mismo aspecto quebrado de
aquella mañana en el juicio, cuando te vi en el banquillo de acu-
sado... esa expresión tuya... como si te hubieran golpeado...

— Me habían golpeado.
— Nunca me contaste eso.
Fernando le besó la mano. No podía hablar.

— Estoy bien, Fernando. Calmate, por favor... tenés que pro-
meteme que te vas a sobreponer... que vas a poder seguir...

— No te voy a prometer nada. No puedo aceptar esto, Cristina.
Se quedaron en silencio. Él le acarició el cabello suavemente,
ella parecía dormida. Veía su rostro perfecto, virginal... sus ojos
cerrados, sombríos... la nivea textura de su cutis, veía sus sienas
hundidas... sentía su aliento casi imperceptible... sus manos
guardaban la memoria de la suavidad de su piel... del camino de

su cuerpo que tantas veces había recorrido con pasión, con felicidad, con ternura, con deleite... sus brazos conocían el sitio justo para contenerla... la medida exacta de su belleza... vio su alma adormecida... sin mirada casi! No encontraba resignación! Cristina pareció despertar. Dijo con la voz apacible, pero baja: — Fernando, quiero irme a casa, no quiero estar más aquí. Llévame a casa y quedate conmigo... hasta el final. Aquí no... si muero en tus brazos habrá sido hermoso vivir.

— Hablaré con Marcos para que te dé el alta.

Fernando no se movió de su lado los últimos días de Cristina. Permaneció en su casa con ella... la cuidó... la acarició... conversaron de mil cosas como cuando eran adolescentes y caminaban sin rumbo. Pusieron música, vieron películas, rieron. Jamás mencionaron el dolor. Hablaron de la felicidad de haberse amado toda la vida... se contaron cosas que habían quedado sin contar... detalles de sus vidas mientras estuvieron separados... fueron felices... les pareció que eran felices.

— Le dejé a Pablo mi parte... él sabrá cuidarla mejor que vos... a vos te van a faltar fuerzas... te conozco.

— No confiás en mí?

— No.

Fernando sonrió.

— Tenés razón.

— Germán tiene mis instrucciones... él te va a decir...

— Cristina, por favor...

— Le dije a Pablo que cambie totalmente el escritorio, pero que el cuadro lo deje allí.

— De acuerdo, no te canses.

— Hay algo que no te dije: llámame a mi padre, no sé si él llegue a tiempo... creo que no me creyó... no quería creer...

— ¡Llamaste a tu padre!

— Tiene que hacerse cargo de la casa.

— Sí, claro... la casa es muy importante...

Ella iba a hablar nuevamente... Fernando puso sus labios sobre los de ella y se lo impidió:

— Sólo hablemos de amor.
Recordaron cuando ella en el "América" jugaba tenis y se des-
concentraba cuando lo sabía cerca... se rieron... recordaron
cuando él rompió la pata de la silla, el golpe del profesor... se
rieron, el grito de la profesora de historia con la rata... "nadie
podía parar de reír en la clase... fue colosal".

— Me costó la expulsión... y una gran paliza.

— No me contacte lo de la paliza.

— Los hombres no cuentan esas cosas.

Rememoraron sus caminatas por toda la ciudad, despacio,
tratando de entender el mundo, tratando de entenderse en el
mundo...

Después Cristina cayó en un estado de inconciencia profun-
da... Fernando sentía las horas interminables, trató de desper-
tarse pero comprendió que era el sueño final... la noche fue ti-
nieblas... la noche fue desconsuelo... ella tenía fiebre... él invo-
caba un milagro. Al amanecer apenas un instante, una luz pasó
por su mirada:

— Abrazame, Fernando, abrazame fuerte contra tu corazón...
La tomó con todas sus fuerzas como para retenerle la vida...
la abrazó en su pecho para guardarle el último aliento... la con-
tuvo... hasta que en sus brazos Cristina expiró.

Permaneció con ella abrazado mientras el cuerpo amado
alentó calor. Ya no tenía llanto... tampoco resignación.

— Ya basta, Fernando... vamos a casa. — la voz de Marcos—
Tenes que dejarla partir.

Se dejó conducir. Vio a sus hermanos pero no podía reaccio-
nar. Marcos hablaba con ellos... se lo llevó.

Marcos lo llevó a su casa y trató de animarlo. Fernando se de-
jaba conducir, se movía como un fantasma. El dolor le había tras-
pasado el alma misma... o ese pedazo de él que tenía muy den-
tro y que Cristina siempre tocó con la mirada, desde su casi in-
fancia cuando la conoció. Allí estaba su herida... y ya no lloraba
porque sabía que esa herida no cerraría jamás. Por eso él ya no
lloraba, ni gritaba, ni esperaba, ni caía en un estado de postración.

Volvió después de unas horas, cubiertos sus ojos con lentes oscuros y aceptó impávido las palabras de cientos de personas que desfilaban por ese comedor transformado que había sido testigo de sus más dulces y apasionadas horas de amor. Palabras cuyo significado no entendía. El rostro de Fernando era inexpresivo. Hacía el mediodía el ingeniero Smith se hizo presente. Entró a su casa con premura y molesto. Una cantidad de personas de todas las edades y apariencias estaba allí, afuera, adentro, en las escaleras...

— ¿Qué significa esto en mi casa?

Entró y se encontró con el féretro. Se quedó callado un momento, después habló a los gritos...

— ¡Fuera de mi casa... no tienen por qué meterse aquí!

Entonces Fernando lo enfrentó, erguido delante de él contostó con calma.

— Baje la voz... tenga en la muerte el respeto que no tuvo por su hija en la vida.

El ingeniero quedó confundido. Recién empezaba a aceptar el hecho del deceso de su hija.

— ¿Usted quién es?

— Soy Fernando Monterrey... y los que estamos aquí somos la única familia de Cristina.

— ¡Ah, usted es el famoso... amante de mi hija!

Sin esperar respuesta se dirigió donde Cristina yacía... ahora sí, como de cera. Estuvo unos minutos contemplándola "..." en Europa no te hubiera pasado esto... por qué te olvidiste... dejandodo todo..." Fernando no quiso escuchar más.

Todos se sorprendieron de la cantidad de gente que quiso acompañar a Cristina formando un cortejo especial. Se diría que nadie en Quinteros dejó de ser parte de esa procesión encabezada por una princesa muerta y un príncipe amante de atrás... pedaró lo que Fernando percibió casi como imágenes irreales, como si fueran incorpóreos... esos cientos y cientos de adolescentes que se volcaron al pasar el ataúd alombrando las calles con flores y cubriéndolo a él de pétalos... estaban allí, por todos los

rincones... jóvenes... transparentes... de miradas simples... con las corbatas mal colocadas, con las camisas desprolijas y los delantales con los cinturones al revés... estaban todos... con uniformes desarreglados y los sueños intactos... cientos de púberes que llegaban con huellas infantiles en sus rostros, tomados de la mano, abrazados, angelicales... revuelto los cabellos... se volcaban más y más cubriendo su paso con flores, radiantes... llenándolo a él de colores... besándole las mejillas... lo cubrían de besos... las flores parecían mariposas que volaban... que trazaban la calle... eran casi niños abriéndose al amor... eran como de cristal... y cuando fueron a colocar el fétro en el auto carroza, decenas de manos pequeñas lo impidieron, lo tomaron y lo condujeron en andas entonando canciones de amor que llenaron el aire de la ciudad de una emoción dulce y melódica... una sensación como un ideal que llegaba al cielo y la entonaban los ángeles... cubrieron de esperanzas multicolor el quebrantado... y el sol se abrió paso y tío de anaranjado el éter y las mejillas... y el acompañamiento a la muerte se convirtió en un canto a la vida...

Quinteros ya tenía su leyenda.

Por eso los hijos de los nietos del doctor Marcos Monterrey... o los hijos de los nietos de cualquier habitante de la ciudad, regalaban medallitas, o cuadritos, o anillos donde aparecía una pareja sonriente y enamorada... tomada de una fotografía "que dicen que ha existido..." y "...si lo usás siempre te van a querer profundamente..." y la historia de Fernando y Cristina sería contada por los abuelos a los nietos cuando éstos tenían penas de amor... sería contada por las madres a las niñas cuando ellas florecían a las ilusiones... sería contada en las reuniones de comadres cuando alguna pareja se besaba sin pudor contra el tronco de un árbol... la historia de amor... con agregado de jazmines... sería contada por los chicos cuando se sentaban en ronda al sol... en las plazas como pájaros bulliciosos... o cuando se besaban jurándose amor eterno... y como pasa con todas

las leyendas, nadie sabía bien si las cosas habían sucedido o no... pero no hacía falta saber porque era justamente el sueño lo que los jóvenes regalaban en esa imagen como prenda de amor...

Era domingo. Fernando estaba sentado en el patio preguntándose cómo era posible que el jasmín estuviera verde, lustroso, cuando él esperaba que muriera en pocos días... se sentía tan profundamente herido que no tenía consuelo, no encontraba resignación y no sabía cómo enfrentar sus días sin Cristina.

Elena se acercó con una taza de café. Le acarició la cabeza... sólo de sus manos él había conocido esa clase de caricias:

— No te desesperes más, hijo. Todavía tienes mucha vida por vivir... mucho para dar... ya encontrarás un motivo que te impulse.
— ¡Si al menos me hubiera dejado un hijo para quererlo...!

— Llegará el día en que tengas ese hijo.
Fernando suspiró:

— No será de Cristina.

— Cristina era un ángel... no pertenecía a este mundo.

Sorbía lentamente el café.

— Es injusto, Elena. Le dio dos hijos a un hombre que no amaba ni la merecía? Por qué a mí no me pudo dar esa alegría...

que sólo he vivido para adorarla?
Elena hizo una pausa. Se acercó al jazmín. Ordenaba sus ideas para que fueran comprensibles.

— Mira, las cosas suceden sin que las entendamos... pero tienen un sentido. Somos como piezas de un gran rompecabezas, tomadas de a una no tienen forma ni imagen... pero cuando encajan todas juntas aparece la figura total y perfecta... hay una razón para este dolor tuyo, hay una razón para que Cristina se haya ido. Toda tu vida tiene una razón más allá de lo que podamos conocer... pero eso mismo es el misterio insondable para los humanos... —hizo una gran pausa— Lo puede entender yo cuando llegué a esta casa con mi corazón hecho pedazos, sin comprender mi destino injusto... y aquí estaban ustedes... sedientos de cariño... esperando...

Fernando escuchaba en silencio. El pasado de Elena otra vez rondando, ese pasado del que nunca se hablaba pero que siempre estaba presente.

— ¿Por qué tenía el corazón hecho pedazos?
— Algún día te lo voy a contar... cuando sienta el final de mi vida y golpee mis brazos el deseo de abrazar la otra mitad de mi corazón... y vos, Fernando... vas a buscar y traerme los que me quedaron...

— ¿Quiénes quedaron... dónde...?
— Será tu misión encontrarlos... pero no ahora. Yo te diré cuando lo sienta en mis sueños. —Cambió el tono de voz, la hizo festiva— Les dije a tus hermanos que vinieran a comer hoy. Vamos a recomenzar nuestra mesa... ellos te necesitan... necesitan verte allí, Fernando, sentado como siempre a la cabecera.

— No es cierto, Elena, ellos ya no me necesitan. Cada uno ha encontrado su camino, cada uno tiene su propia mesa... sólo quieren consolarme.

Elena tomó la mano de Fernando y le mostró el anillo.
— La fuerza de los Monterrey estuvo siempre en vos... y todavía tienes este anillo.

Entró María Inés, delgada, pequeña, armoniosa en su voz, con su sonrisa joven.

— Aquí estabas, Fernando.
Le dio un beso. Elena se levantó "...voy a preparar las cosas...
van a llegar todos a comer..." María Inés se sentó junto a él.
— ¿Me vas a acompañar cuando me vaya?
El la miró sorprendido.

— ¿Adónde te vas, pequeña?
— A la capital... ahora voy a integrar el ballet nacional. Me
aceptaron. Vos no te acordás... pero me aceptaron.
— Sos muy jovençita para irte a la capital sola... no estoy se-
guro si debo permitirlo...

— Por favor, Fernando... ya no tengo más que aprender
acá... si no me voy no podré avanzar en mi carrera... junto a
otros artistas importantes. Tenés que entenderlo...

— Es tan lejos...
— ¡Pero tengo que hacerlo! —endulzó la voz— voy a estar
bien... lo que necesito es que me acompañés hasta que encuen-
tre dónde vivir... eso sí. Sola me da un poco de miedo... con vos
es distinto.

Fernando la abrazó.
— No sé... no sé si debes irte... si algo te pasara no me lo voy
a perdonar.

Ella puso su cabeza sobre el pecho de Fernando.
— Si no me voy, es como si rompiera las alas brillantes que
me hizo Cristina el día en que llegó a nosotros... es como si las
quebrara. Tengo aquí, dentro mío, un impulso de hacer que esas
alas brillen y brillen... no puedo dejar de volar con ellas.
Fernando la besó en la mejilla:

— No me partas el corazón, María Inés. Si es así como me lo
cuentas... te voy a acompañar y no me volveré hasta dejarte se-
gura. Y te voy a visitar seguido... ¿contenta?
María Inés le regaló la mejor de sus sonrisas:

— Sos maravilloso, Fernando. Te quiero mucho.
Pablo había bajado y se sentó en otro de los sillones. Escucha-
ba la conversación. Intervino:

— Deberías terminar la escuela antes de irte.
— Ellos fijan la fecha en que me debo presentar, no yo. Pue-

do terminar allá, hay muchas escuelas.

— ?Ya te dijeron cuando debes estar en la capital?

— Todavía no. Estoy esperando que me citen.

Fernando dijo:

— Va a ser difícil para mí dejarte ir. Te voy a extrañar mucho.

Pero entiendo que es importante para vos. ?Quién va a llenar es-

ta casa?

Fabio cambió la conversación:

— Yo sé que te cuesta esto, Fernando, pero necesito que va-

yás al negocio, las cosas se están complicando porque hay asun-

tos que tenés que verlos vos... es demasiado para mí solo. Aun-

que sea un par de horas al día... ?vas a ir mañana?

Llegaban los demás. Jorge y Silvia con su niño al que Fernan-

do acarició la cabeza.

— Sí, voy a ir. Tenés razón, te he dejado con todo solo... ca-

da paso me la recuerda, es lo mismo acá o en el negocio... ?Có-

mo estás, Silvia?

— Estoy bien.

— Cuidate. Has pasado malos momentos...

Llegaban los demás. Marcos con Susana, cuyo vientre se no-

taba debajo de sus ropas sueltas. Besó a Fernando. La charla se

generalizó.

— Elena—preguntó Fernando— ?Dónde está Valeria? ?Salio?

No la he visto anoche, tampoco esta mañana.

— No ha querido bajar. No está bien Valeria.

Fernando se preocupó.

— ?Esta enferma?

Silvia intervino:

— Fernando, Valeria tiene un problema serio, sólo vos podés

ayudarla. No está enferma... yo diría todo lo contrario. Pero es-

tá muy angustiada.

— ?Angustitada... por Cristina? ?Qué problema tiene?

— Ella debe decirte. Yo sé que vos la vas a entender. Te ne-

cesita mucho ahora—y más suave agregó— como todos nosotros.

— Si que estás misteriosa.

— Mejor subí a verla. Ella te va a contar.

Fernando entró sin llamar, aunque abrió la puerta muy despacio como para avisarle. Valeria no lo escuchó porque lloraba con desesperación sobre la cama. Él se sentó a su lado y le acarició el cabello revuelto y largo, recién ella notó la presencia de su hermano. Ocultó la cara con la almohada.

— No más lágrimas, Valeria. Ya hemos llorado bastante.

— Andate... yo no te llame.

— ¿Y dejarte así? —buscó el rostro de ella— Mirame... vamos... mirame. ¿Alguna vez te he dado la espalda cuando me has necesitado?

Ella trató de controlar su desesperación, pero esquivó su mirada.

— Esta vez es distinto —los ojos hinchados— yo no merezco que me ayudes. Debería morirme...

Fernando la acarició nuevamente.

— No hables más de morir, por favor. Ya no más, Valeria. De-

cime qué te pasa... yo te voy a ayudar... a lo mejor no es tan grave como a vos te parece.

Ella puso sus brazos contra el pecho de él para separarlo.

— Si es grave, Fernando. Lo único que me queda es irme de esta casa. Ya no puedo comer en tu mesa.

El se puso de pie y habló enojado.

— ¡Por qué tenés que lastimarme así? No tengo suficiente dolor con no ver a Cristina en la mesa para que ahora vos también te quieras ir? ¡Esta es tu casa, Valeria, dejate de pavadas!

—endulzó algo la voz— Decime cuál es tu problema... es cuando más vamos a estar juntos.

Ella se calmó. Siempre le había ocurrido que no podía entren-

tar a su hermano cuando éste le hablaba severamente. La última oración la convenció porque sabía que le era imposible entren-

tar sola esta situación en la que estaba envuelta.

— Te lo voy a decir, Fernando. Pero no voy a bajar porque me muero de vergüenza.

— ¿Vergüenza? ¿Has cometido algún delito?

— Algo así.

— Terminemos con las adivinanzas.

— Mi delito fue haberle creído—dijo sin mirarlo—haberme de-
jado llevar por mis impulsos de amar, porque yo deseaba amar
como nada en el mundo, ese fue mi delito: desear el amor, crear
que yo también podía vivir el amor. Deseaba que me quisiera
como vos querías a Cristina.

— Eso no es un delito. Es un sentimiento maravilloso. A mí
no tienes que explicarme ni el dolor ni la alegría de entregarse.
?Acaso estás llorando por lo mismo que yo? El se fue,? verdad?
— Sí, se fue... pero no del todo.

— Entiendo. Tratemos de no desesperarnos. Cristina jamás se
va a ir de mi vida, pero tendremos que aprender a vivir en sole-
dad. Aunque no es lo mismo porque vos vas a encontrar quien
te ame de verdad... él nunca te quiso bien.

Valeria se irguió irritada:

— !No entendes, Fernando!—levantó mas la voz—!Estoy em-
barazada!

Se quedó sorprendido como si de repente se hubiera desata-
do un temblor. Se hizo un silencio lleno de significado cual si es-
peraran que ocurriera una aparición. Cuando por fin pudo ha-
blar, preguntó con voz pausada:

— ?Me estas diciendo que vas a tener un hijo?

— Si.

— ?Estas segura?

— Estoy segura—Valeria no abandonaba su enfado— y tam-
bien estoy segura de que no tendrá a su padre.

Profundamente algo se encendía en el corazón de Fernando,
una esperanza sorprendente, impenzada, se filtró en su dolor para
adormecerlo, un deseo olvidado removió alguna chispa y sus
ojos se reanimaron.

— Valeria—le dijo abrazándola—?Porque tienes tanta vida en
tus venas pides la muerte? No, hermana, la vida es un cristal
precioso que debes cuidar. Estas sana, estas fuerte... y no sólo
palpita con energías tu propio corazón, sino que dentro de vos
hay otra vida creciendo. !Estas llena de vida, Valeria, no hables
más de muerte, por favor!

— ?Es que no te das cuenta Fernando? Este hijo mío será la

humillación de los Monterrey. ¡No tiene padre! —de nuevo la angustia—! Como podré sentarme a comer frente a Marcos, que humillación va a sentir en la facultad si yo voy por los mismos pasillos! Como puedo mirar a Jorge... me muero de vergüenza frente a Pablo... y a la novia de él! Ellos jamás me van a perdonar esta... atrenta. Por eso te digo que me voy.

—? Y qué culpa tiene tu hijo de que ellos sean unos cobardes? —Volvió a hablar con fuerza— En primer lugar, nadie te ha juzgado aquí. Si el padre de ese niño lo abandonó... peor para él. Además... yo soy el que manda en esta familia, y yo sé dónde radica su fuerza.

— No te entiendo.

— No importa. Lo único que vas a entender es que mis brazos van a acunar a tu hijo, y que será la bendición de esta casa su llanto y su risa... porque esta casa se estaba quedando vacía... Lo único que vas a entender es que esa criatura será bienvenida al hogar de los Monterrey... porque es un Monterrey... y nada le va a faltar, ¡tampoco un padre!

Valeria se quedó en silencio. Estaba conmovida. Su hermano había calado hondamente en su angustia y le había tendido su mano generosa. Pero no era lástima... no era conmiseración. Era una mirada desde un punto trascendente que abarcaba a su hijo y a toda la familia, con un amor desesperado al que él también se afeerraba. Fernando continuó:

— Basta de llantos, hermana. Lavate la cara y bajemos. Vamos a decirles a los demás la noticia.

El la tomó de la mano para alentarla. Abajo los estaban esperando para almorzar. Cuando los vieron se quedaron expectantes como si se corriera por fin un telón... algo fuera de lo esperado estaba sucediendo. Silvia se adelantó a Valeria y la abrazó mientras le decía "te dije que podías confiar en Fernando..." El sonrió para decir sin darle mayor importancia:

—? Saben una cosa? Esta familia es floreciente porque todas sus mujeres están gestando hijos... vamos a tener que agrandar nuestra mesa.

Marcos lo miró sin entender, pero con el ceño fruncido:

— Dejate de teatro, Fernando. ¿Qué les está pasando? — Valeria va a tener un hijo al igual que Susana y que Silvia. La noticia despararramó algo así como un ahogo, como si de golpe faltara el aire. Se miraron con los rostros duros.

Marcos se acercó a Valeria y le habló en tono de reproche: — ¡Como es posible, Valeria! Como es posible que te hayas portado como una chiquilina! ¿Es que no sabes conducir como una mujer!? — Ella bajó los ojos. — ¿Qué crees que es tener un hijo? Lo que hiciste no se arregla con lágrimas. — Marcos sentía una indignación creciente — Nunca supiste medir las consecuencias de lo que haces... ¿Sabes lo que ese chico significa para todos? Fernando enfrentó a Marcos y se hizo escuchar por todos cuando se paró delante de Valeria:

— Significa que yo no voy a morir de dolor. Significa que aun podré contemplar la vida hacia adelante...! No digás más nada, Marcos! No digás más nada porque vos no tenés idea de lo que es buscar un hijo en el vientre de la mujer que amás y encontrar un tumor... no tenés idea de lo que es desesperarte para dar vida y encontrar la muerte. — Hizo una pausa y su voz cobró más fuerza! — Te aclaro, Marcos, a vos y a los demás, que ese niño es un Monterrey y ocupará en esta casa el mismo sitio que tu hijo! Marcos y Fernando quedaron enfrentados y tensos. El primero mostraba el rostro endurecido por el enojo y sus puños se crispaban. Entonces Fernando le habló con suavidad y endulzó su voz llenándola de ternura:

— Abrazala, Marcos... porque sólo en eso consiste nuestra fuerza. Mientras los demás alentaban a Valeria, Fernando entendió que la vida es un río que fluye constantemente, que es indetenible, misteriosa... que destruye y recrea su propia armonía. Entendió que cada acción tiene un sentido. Mientras palpaba el anillo que marcaba su destino, sintió que lo invadía una paz infinita, que ya nunca más tendría la felicidad sublime y perfecta que vivió junto a Cristina, pero que al fin se reencontraría con su destino de renuncia para velar por la dicha de los Monterrey.

Se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de
ZETA EDITORES
Ituzaingo 1422, Mendoza,
en febrero de 2008.